RUDYARD KIPLING

El hombre que pudo reinar

y otros cuentos



Lectulandia

El hombre que pudo reinar y otros cuentos reúne cuatro de las mejores historias de Rudyard Kipling pertenecientes a diferentes etapas de su vida creativa: *El hombre que pudo reinar* (1888), obra maestra del relato de aventuras —publicada originalmente en el volumen *The Phantom Rickshaw*— que dio pie a otra obra maestra, en este caso cinematográfica, con la película de igual título del director norteamericano John Huston; *La historia más bella del mundo* (1891), perteneciente a *Many Inventions*; *Ellos* (1904), extraída de *Traffics and Discoveries*; y *El toro que pensaba* (1924), de su última etapa, aparecida en *Debts and Credits*.

La edición se completa con una semblanza de Kipling realizada por el escritor Henry James y publicada como introducción a la colección de cuentos *El hándicap de la vida* (1891), en la que el consagrado autor norteamericano alababa «la prodigiosa facilidad, el temperamento desenvuelto, el talento versátil, el amor por la perspectiva interior» de un jovencísimo Kipling. «Nuestro autor —continuaba James— siempre nos hace acordarnos de que la India es ante todo la tierra del misterio, de la magia irresistible de soles abrasadores, imperios sojuzgados, religiones enigmáticas, guarniciones inseguras y mujeres cubiertas; del calor y el colorido y el peligro y el polvo».

Rudyard Kipling

El hombre que pudo reinar y otros cuentos

ePub r1.0
Titivillus 09-11-2018

Título original: *Tha Man Who Would Be King* (1890); *The Finest Story in the World* (1893); *They* (1904); *The Bull that Thought* (1926)
Rudyard Kipling, 2003
Traducción: Fernando Jadraque

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

Índice de contenido

RUDYARD KIPKING por HENRY JAMES

Sería difícil contestar a la interrogante general de si los libros del mundo, conforme se multiplican, mejoran tanto en calidad como cabría esperar gracias a la lección de tal derroche de experimentos proliferando perpetuamente a sus espaldas. En un sentido, empero, no hay duda de que nos beneficiamos de esa pedagogía: nos hayamos vuelto o no más sabios a la hora de crear, lo que sí nos hemos vuelto es más penetrantes a la hora de disfrutar. Hemos tomado conciencia de que hay una cualidad concreta más preciosa que todas las demás: tan preciosa que nos hace preguntarnos dónde, a este ritmo, podrá encontrarla nuestra posteridad y cuánto habrá de pagar por ella. Tras haber degustado muchísimos sabores opinamos que la lozanía es el más sabroso. La anhelamos, la aguardamos y la acechamos, y cuando la atrapamos por el ala (así de escurridiza se muestra) celebramos nuestra captura con un entusiasmo ilimitado. Nos damos cuenta de que después de tantísimas cosas como ya hemos visto es una proeza cada vez mayor y todo un *tour de force* aparecer lozano. El lado torturante de este fenómeno es que, en cualquier tono en que se manifieste, no puede tener lugar más que una vez… merced a un desdichado defecto de la ley que gobierna la repetición de las cosas buenas. Terriblemente es cuestión de espontaneidad: la emulación y la imitación tienen un efecto fatal sobre la lozanía. Es fácil entender, por consiguiente, cuantísima importancia puede atribuir el gastrónomo al breve instante de esa floración. Mientras este dura, todos somos gastrónomos.

Esto ayuda a explicar, creo, la inequívoca intensidad del extendido apetito por Rudyard Kipling. Su floración dura, un mes tras otro, de un modo casi sorprendente… con lo cual quiero decir que no ha desgastado ni siquiera con el frecuente uso la propiedad especial que logró que todos, más de un año atrás, lo abandonáramos todo tan precipitadamente para prestarle atención. Kipling tiene muchas otras propiedades que sin duda conservará siempre; pero parte del atractivo ejercido por su lozanía, lo que la vuelve tan apasionante como el desarrollo de un sorteo, es nuestra convicción instintiva de que es imposible, por la propia naturaleza de las cosas, que la conserve; conque nuestro disfrute de él, mientras el milagro no se desvanece, tiene tanto el hechizo de la revelación como el hechizo del suspense. Y luego está el hechizo adicional, en Kipling, de que su mismísima lozanía es sumamente insólita aun dentro de su especie: tan enrarecida y variopinta y cínica y, en ciertos aspectos, tan incompatible consigo misma. Tan envidiable es la frescura extrema de su inspiración como asombroso el indicio que sus producciones brindan de que se siente a sus anchas, acostumbrado e iniciado, en este mundo inicuo y fatigoso. A veces, Kipling nos parece chocantemente precoz; otras, serenamente sabio. En conjunto se presenta como un joven extrañamente hábil que ha robado la máscara terrible de la madurez y corretea de un lado para otro sobresaltando a la

gente con los sonidos hondos, las juguetonas exageraciones de tono, que hace brotar de los labios artificiales. Tiene este marchamo de una vocación acertada: que espectadores diferentes pueden apreciarlo —deben apreciarlo, casi diría yo— por motivos diferentes; así como este refinamiento de seducción: que a quienes reflexionan incluso sobre sus propios placeres tiene tanto que ofrecerles como a quienes jamás reflexionan sobre nada. A decir verdad, hay cierta dosis de legítima sorpresa en que, siendo Kipling hasta tal punto la clase de figura que al crítico experimentado le gusta encontrar, asimismo sea la clase de figura que inspira confianza a la multitud… pues una apariencia compleja es, por regla general, la última cosa que logra esto.

Con lo del crítico al cual le gusta encontrar un aventurero tan brioso como Kipling me refiero naturalmente al crítico para quien el feliz hallazgo de un carácter, cualquiera que sea la forma que este adopte, es un mayor soborno para el interés que la promisión de algún carácter teóricamente potencial, las trazas de justificar algún juicio aventurado sobre lo que cierto escritor o cierto libro puede, en el sentido ruskiniano, «llegar a ser»; me refiero, en suma, al crítico que no tiene, *a priori*, ninguna regla sobre las producciones literarias excepto que deben poseer vida genuina. Un tal crítico (que se beneficia de sus oportunidades, opino, mucho más que cualquier crítico de otra laya) aprecia a un escritor en la medida en que constituya un reto, un desafío a la interpretación, a la inteligencia, al ingenio, a lo que hay de amoldable en la mente crítica… ciertamente en la medida en que constituya una contradicción a las cosas consabidas y dadas por supuestas. En un caso así, el crítico advierte cuánto mayor placer y diversión lo aguardan.

Kipling, pues, tiene el carácter que proporciona gran cantidad de placer y de experiencia vicaria, y que hace que cualquier lector perspicaz prevea un lujo infrecuente. Tiene el gran mérito de ser una ilustración firme y útil de cuál es la más segura fuente de interés en cualquier pintor de la vida: la de tener una personalidad tan definida como el marco de una ventana. Kipling es una de las ilustraciones, y de primera mano, que ayudan a despejar el debatido problema, en la novelística o la cuentística, de los estilos, los preceptos, las escuelas, los géneros, lo correcto y lo incorrecto: contribuye resueltísimamente a demostrar que hay igual número de estilos, de procedimientos, de formas y grados de lo «correcto», que de temples personales. La ventaja del arte que él practica consiste en que está hecho de experiencia condicionada, infinitamente, de este modo personal, que es el montante del sentimiento de la vida tal como se refleja en reacciones innumerables, unas reacciones que perciben gracias a todas sus variabilidades, informan gracias a todas sus disparidades. Dichas variabilidades, que integran la personalidad, son del individuo; forman el canal por el cual la vida circula a través de él, y la cantidad de vida que él es capaz de proporcionarnos —en otras palabras, su capacidad de conmovernos— depende de que lo formen de manera sólida.

Esta robustez del conducto, cimentado con seguridad inaudita, es quizá el rasgo más impresionante de Kipling; y lo que lo hace más notable es esa característica de su juventud extrema que, puestos a hablar realmente de él, no podemos fingir ignorar. No estoy en condiciones de pretender ofrecer una biografía o una cronología del autor de *Tres soldados*, mas no puedo soslayar el notorio hecho global de que, por muy confiadamente que le haya cogido el truco y calado la intención a este mundo engañoso, no lleva mucho tiempo habitándolo. A decir verdad, su juventud extrema es lo que puedo calificar como la barandilla de su ventana: el soporte sobre el cual nuestro autor se apoya con alguna insolencia mientras contempla con la pipa en la boca el escenario humano. Asimismo, otras de sus características (por mencionar solo algunas de ellas) son: su prodigiosa facilidad, que solo es superada por su severa exigencia; su temperamento desenvuelto; su talento versátil; su desparpajo propio del salón de fumar; su amistad íntima con la India, tan rápidamente trabada y tan completamente bajo su control; su afición a la violencia; su «desvergüenza» respecto de las mujeres… así como respecto de los hombres y de toda cosa; su resolución de no ser ingenuo; su madera «imperial»; su amor por la perspectiva interior, el soldado raso y el hombre primitivo. Aún he de agregar a esta lista de alicientes la manera notable en que nos hace percatarnos de que ha sido puesto al corriente de todo directamente por la vida (milagrosamente, antes de cumplir los veinte años) y no por informaciones de otros. Estos elementos, y muchos más, configuran un pequeño carácter literario singularmente sólido (nuestro uso del diminutivo es exclusivamente un signo de afecto y de gozo), que, aunque exhiba el ímpetu desmedido de la jovialidad y de ningún modo sea circunspecto o modesto, ofrece una justificación copiosísima en su buena fe y su fertilidad inmediata. La fertilidad de Kipling se manifiesta antes de que los más prudentes hayan tenido tiempo de decidir si lo aprecian o no, y si uno ha presenciado el espectáculo una vez es seguro que deseará volver a él de nuevo. Nos hace aguzar los oídos ante la estupenda noticia de que también en el salón de fumar puede haber artistas; así como ante una insinuación todavía más grata: que, además, el último grito en modernidad puede consistir, de la manera más exitosa, en que el artista astuto haga bajar la guardia a su víctima mediante la añagaza de afectar ser (superficialmente, claro está) el vivo retrato de un *amateur*.

Estas, pues, son algunas de las razones por las que Kipling puede hacerse querer de los analíticos lo mismo que, como dice *Monsieur* Renan, de los simples. Los simples pueden apreciarlo porque es maravilloso al tratar sobre la India, y la India aún no había sido «plasmada»; en tanto que para el lector patológico hay mucho agrado en las sorpresas de su destreza y la *fioriture* de su estilo, que en él extrañamente no tienen nada que ver con ninguna ostentación campanudamente literaria, ninguna resonancia libresca. En calidad de lector patológico es como quien esto escribe (que sin duda delata vergonzosamente su propia condición) confiesa haber sucumbido anuentemente a la fascinación. Si bien se mira, la lozanía propia de

un tema que —por suerte, mi propósito no es infravalorar— aún no había sido «plasmado» es menor motivo de albricias que la lozanía inherente a la aptitud de un artista. De veras bienaventurado es Kipling, que dispone de tantísima lozanía de ambos tipos. Todavía en calidad de lector patológico, sin duda —es decir, en calidad de uno de esos que son capaces de permanecer levantados toda la noche para recibir una impresión novedosa de talento, de batir un campo hollado en busca de una brizna de hierba—, es como se me antoja que nuestro joven autor resulta sumamente curioso debido a su apariencia (y no solo debido a su apariencia sino también a su capacidad obviamente muy auténtica) de conocer a fondo la vida. Curioso en grado sumo y merecedor de gran atención es un tal rasgo en un joven anglosajón. Lo hallamos con harta frecuencia en los talentos incipientes de Francia, y ello nos sobrecoge y pasma durante un rato. Una vez transcurrido ese rato, empero, el misterio tiende a disiparse, pues averiguamos que tan portentosa iniciación no es global en modo alguno, más bien es extraordinariamente específica, y muy a menudo es, incluso dentro de los límites de esta restricción, bastante convencional. En una palabra, sobre las mujeres es sobre lo que el joven francés lo sabe todo, y más concretamente sobre mujeres seleccionadas expresamente para que semejante pose aparezca creíble. Cuando *ellas* lo abandonan, las vaguedades se enseñorean de él con excesiva frecuencia. Pero en Kipling no hay vaguedades por ninguna parte, y aunque, en verdad, sus mujeres son brutalmente nítidas, no constituyen sino notas intensas dentro de una sonoridad general. Esta sonoridad sacia los oídos de los admiradores de Kipling (le falta dulzura, no hay duda, en opinión de quienes no forman parte de este grupo), y lo cierto es que hay un único son que está ausente de la misma: la voz, por así decirlo, del hombre refinado… en lo cual, naturalmente, incluyo también la mujer refinada. Pero es este un componente que uno no echa de menos por ahora, tan claras y exactas son todas las demás notas.

Una consecuencia de la satisfacción que este autor nos depara es que nos mueve a especular sobre si llegará a completar hasta el final su fresco (esto es lo más lejos que osamos inmiscuirnos en la cuestión de su futuro) sin incluir en él almas complejas. El día en que se ponga a ello, si lo realiza con algo semejante a la habilidad que ha evidenciado ya, las expectativas de sus amigos avanzarán un paso de gigante. Mientras tanto, en cualquier caso, tenemos a Mulvaney, y, al fin y al cabo, Mulvaney es aceptablemente complejo. No es sino un recluta irlandés borrachín de dos metros de altura, pero representa una considerable promesa de creaciones venideras. ¿Acaso Mulvaney no tiene, por cierto, una lengua de sirena ronca, y acaso no encierra asimismo misterios e infinitudes casi carlylescos? Ya que hablo de él, bien puedo decir que, en cuanto figura, probablemente ha arrobado a aquellos lectores de Kipling que habían opuesto más resistencia. Constituye un retrato de la calidad más grandiosa y vivida, que crece cada vez más entre las manos del pintor sin nunca írsele de las mismas. No puedo evitar considerarlo, en cierto sentido, la deidad tutelar de Kipling: un hito en la dirección en que le es factible hacer incursiones más provechosas. Solo

con que nuestro autor vaya tan lejos en dicha dirección como Mulvaney es capaz de llevarlo (y este irlandés impar es, al igual que el Habacuc de Voltaire, *capable de tout*), todavía puede encontrar un tesoro y recibir una gratificación en pago de los favores que le ha hecho al conquistador de Dinah Shadd. Me apresuro a agregar que, a buen seguro, el lector genuinamente sensible no hallará nada en contra del elemento de primitivismo de las narraciones de Kipling o en contra de lo que, a falta de un nombre mejor, puedo denominar su afición a la vida sucia. ¿Qué es eso sino esencialmente parte de su lozanía? Y ¿por cuál parte de su lozanía le estamos precisamente más agradecidos que por este mismísimo golpe contundente que le asesta a la vieja superstición estúpida según la cual la simpatía de un autor es la simpatía de los personajes que pinta, y según la cual la vulgaridad de estos, o su depravación, o su cursilería, o su necedad, implican idénticos atributos en el propio pintor? Esta filosofía pueril recibe un mentís del cual no se recobrará con facilidad, patentemente, cuando William Dean Howells aborda, con la más distinguida destreza y toda la impasibilidad de un maestro, algunas de las cosas más groseras, más crudas, más humanas de la vida… confutando así indudablemente a los aficionados al teatro frecuentadores del gallinero que abuchean al actor que encarna al villano cuando saluda después de la caída del telón.

No hay nada más estimulante que esta imparcial consciencia activa de lo real; sin duda es la cualidad a causa de cuya escasez nuestra literatura de ficción inglesa y norteamericana se ha vuelto tan tristemente rancia. Estamos constreñidos por los viejos tópicos sobre la personalidad e intolerantes decoros de observancia: por las bobas recetas infantiles (para expresarlo sucintamente) referentes al cuadro y la temática. Kipling tiene pinta de estar dispuesto a sacar del jardín de infancia todo este asunto, y de estar quizá aún más capacitado que dispuesto. Desde luego, uno debe apresurarse a aclarar entre paréntesis que no hay, intrínsecamente, ni una pizca más de luminosidad en tratar sobre la vida sucia y el hombre primitivo que en tratar sobre aquellos a quienes la educación ha hecho de una pasta más fina; en ambos casos la única luminosidad depende de la inteligencia con que haya sido forjada la obra. Mas resulta que, entre nosotros, el punto de vista franco y abarcador, cuando enfoca al populacho vulgar, a los toscos bordes exteriores del panorama social, irradia encanto por lo que tiene de novedoso: un encanto que, sin ir más lejos, por culpa de la repetición ya se ha esfumado entre los franceses… los desventurados franceses que cargan con las desventajas no menos que gozan de las ventajas de vivir intelectualmente mucho más rápido que nosotros. El lado más inexorable de nuestro destino humano es que terminamos cansándonos de todo, conque a su debido tiempo, lógicamente, nosotros llegaremos a cansarnos incluso de lo que los exploradores vengan a contarnos sobre el gran país de lo mugriento o, con ejemplos y pormenores inauditos, sobre la zona grisácea que lo circunda ennegreciéndose conforme más se estrecha. Pero, seguramente, los exploradores, ¡benditos sean!, todavía tendrán que hacer mucho antes de que ello ocurra; aún es temprano para preocuparse de cambios,

así que debemos concederles el beneficio de toda suposición favorable. Nos sentimos agradecidos por cualquier intrepidez y cualquier curiosidad diligente, y esa es la razón de que nos sintamos agradecidos por el arrojo constante de Kipling y por la mayoría de sus expediciones.

Muchas de estas, cierto es, han sido a una región que a primera vista no puede calificarse como turbia, aunque, en realidad, nuestro autor siempre nos hace acordarnos de que la India es ante todo la tierra del misterio. Sin duda que una buena parte de su jovialidad, y de la nuestra, proviene del entretenimiento de un material tan vivido y heterogéneo, de la magia irresistible de soles abrasadores, imperios sojuzgados, religiones enigmáticas, guarniciones inseguras y mujeres enteramente cubiertas; del calor y el colorido y el peligro y el polvo. La India es un paisaje prodigioso, y nos sentimos debidamente temerosos ante las familiaridades del trato que le dispensa Kipling y la impunidad maravillosa, la clase de suerte que favorece a los valientes, de *su* carencia de temor. La humildad abyecta no es el punto fuerte de nuestro autor, mas este nos brinda algo a cambio: vividez y exotismo, la visión y la emoción de muchas cosas, el patetismo y la rareza de la mayoría de ellas, la sensación íntima de un centenar de extrañas relaciones y riesgos. Y además, a falta de respeto, Kipling exhibe conocimiento sobrado, y aunque el conocimiento le fallara seguiríamos teniendo inventiva sobrada. Aparte, si alguna vez le fallara la inventiva, aún nos quedaría la nota lírica y el acorde patriótico, que él sabe tocar de manera admirable; conque puede decirse que es todo un hombre de recursos. Lo que Kipling nos brinda, por encima de todo, es un reflejo de la civilización inglesa y la sangre inglesa en condiciones que dicha civilización y dicha sangre han hecho suyas a la vez en tanta y en tan poca medida… con consecuencias bastante grotescas en algunos de sus cuadros satíricos y hondamente conmovedoras en algunas de sus anécdotas sobre la responsabilidad individual.

Sus impresiones hindúes se dividen en tres grupos, uno de los cuales, opino, descuella mucho más que los otros dos. Primeramente citemos los cuentos de la vida nativa, curiosos atisbos de costumbres y supersticiones, oscuros asuntos ignotos de la mayoría, para los cuales nuestro autor posee un *flair* notable. Luego vienen los bosquejos sociales angloindios, los estudios de personajes administrativos y militares y de las extraordinarias damas enérgicas y decididas que, en Simia y demás asentamientos tediosos, van en busca de maridos y amantes… a menudo, por lo visto, los maridos y amantes ajenos. El grupo más brillante está dedicado por entero al soldado común, y se me antoja que ningún elogio sobre esta serie puede resultar excesivo. Aquí, Kipling, pese a su brusquedad, es un maestro completo; pues somos cautivados no tanto por la mayor o menor rareza de cada historieta —a veces no se trata de una historieta, sino de algo mucho menos artificial— cuanto por la actitud vigorosa del narrador, que jamás adorna o embellece o sofística, sino que se entrega sin reparos a lo ordinario y lo característico. Ya he mencionado la gran estima en que tengo a Mulvaney, indisputablemente un hombre entrañable y cualificado para más

altos menesteres. Mulvaney es una creación de la cual es lícito sentirse orgulloso, y sus dos camaradas se sostienen sobre sus respectivos pies con idéntica firmeza. A despecho de las posibilidades espirituales de Mulvaney, los tres son unos perfectos bárbaros; pero tal perfección es justamente lo que nos deleita. Cualquier cosa que Kipling narre acerca de ellos tendrá siempre lectores no menos devotos que incapaces de explicar plenamente su fe.

A fin de cuentas, ¿acaso los placeres literarios más intensos no son los más perversos y caprichosos y aun indefendibles? Tienen su lógica por alguna parte, pero a menudo está sumergida más abajo del alcance de la plomada de la crítica. Puede ser débil el hechizo de un escritor que cumpla todos los requisitos exigibles y reglamentarios, e irresistible el de otro que haga gala de un estilo comparable a un sombrero estrafalario. Un sombrero elegante es mejor que uno estrafalario, pero un mago puede ponerse indistintamente ambos. Más de un lector será siempre incapaz de especificar qué secreta fuerza humana lo subyuga cuando el soldado Ortheris, tras haber rezongado «calladamente contra el cielo azul», enloquece de nostalgia junto al río amarillo y añora frenéticamente las más infames imágenes y sonidos de Londres. Yo mismo apenas sé decir por qué considero que *La conquista de Dinah Shadd* es una obra maestra (si bien, a decir verdad, puedo conjeturar sensatamente una de las razones), ni quizá merezca la pena intentar racionalizar pareja afirmación con respecto a *Greenhow Hill*… y mucho menos importunar al paciente lector de estos comentarios con una constatación de por cuántas más realizaciones del tipo de *Al final del callejón* (aun concediendo que tal vez no constituyan el máximo nivel alcanzable por Kipling) soy consciente de sentir un fervor oculto. Servidor bien puede admitir, de paso, haber llorado abundantemente con *Los tambores del Popa y Proa*, la historia del «valor holandés»[1] de dos muchachitos terribles que, frente a afganos solo un poco más terribles, salvan la reputación de su regimiento y perecen, del modo menos sensiblero del mundo, en medio de un encarnizamiento belicoso incomparablemente expresado. No es preciso que los lectores poseedores de un carácter sumamente pacífico y que no tienen sobre su conciencia ningún derramamiento de sangre se hagan los remilgados a la hora de reconocer el atractivo que sobre ellos ejerce el intenso militarismo de Kipling y cuán sorprendente y contagioso les parece, pese a su tonalidad nada romántica, el modo como rebosa de toda especie de brutalidades y tecnicismos. Quizá por ello es por lo que aprecio incluso *Los Gadsby*… ya que los Gadsby están tan relacionados (incómodamente, cierto es) con el Ejército. Hay una violencia tremenda —o un peligro tremendo de que se desencadene— en *El hombre que pudo reinar*; ¿es esa la razón de que quedemos hondamente impresionados por este relato extraordinario? Es una de ellas, sin duda, pues Kipling tiene, al fin y al cabo, muchas razones a su favor, si bien no todas están igualmente dispuestas a dejarse formular.

He de agregar, sea como fuere, otra más en estos comentarios deslavazados: la que hablé de conjeturar sensatamente a propósito de *La conquista de Dinah Shadd*. El

talento que produce un cuento así es un talento eminentemente en sintonía con el relato breve, y el relato breve es, a este lado del Canal y del Atlántico, una mina aún casi sin explotar. Admirable es la claridad con que Kipling percibe esto: las posibilidades innumerables que hay en el cuento, posibilidades de abordar la vida en un millar de puntos disímiles, desmenuzándola en fragmentos innumerables, cada uno un ejemplo y una ilustración. En una palabra, sabe la valía de un episodio, y hay indicios que demuestran que esta pericia, en conjunto, será duradera. Comprobará que el condensable «caso» desgajado es una forma literaria admirable y elástica; el cultivo de la cual puede muy bien incrementar la desconfianza ya sentida por Kipling, si no nos engañan las apariencias, hacia lo que hay de artificioso y desangelado en la técnica tradicional de la «trama». Ello lo afianzará en la convicción de que una viñeta vivida tiene mayor poder comunicativo que un puzle chino. Hay bastante poca «trama» en una obrita tan perfecta de rigurosa figuratividad como es *Al final del callejón*, por mencionar nuevamente solo el ejemplo más destacado de entre una veintena.

Pero estoy poniéndome a hablar del futuro de nuestro autor, lo cual es la licencia que yo había hecho propósito de no tomarme… precisamente porque tal cuestión es harto seductora. En el mundo no hay nada tan delicioso (para un profeta) como profetizar, pero, ya que tampoco hay nada tan inconsistente, la propensión debe ser reprimida en razón directa a las oportunidades que se le ofrezcan. Hay cierta falta de deferencia hacia un presente especialmente actual aun en especular, con una docena de precauciones corteses, sobre la cuestión de lo que a última hora del día ocurrirá con un talento que se ha levantado tan temprano. La bibliografía actual de Kipling es como un paseo enorme antes del desayuno, que consigue que uno apetezca más las viandas, pero también que considere con cierta alarma el rato que aún queda para que sean servidas. No obstante, aunque el desayuno de Kipling todavía no ha sido servido, los indicios apuntan a que después de que lo haya tomado se mostrará más activo que nunca. Entre dichos indicios figuran el carácter infatigable de su caminar y la excelente forma en que se encuentra, como se dice en círculos atléticos, para recorrer el terreno. No lo observamos trastabillar; por el contrario, avanza a pasos tan rápidos como en el primer instante y aún más firmes. En él hay algo a la vez entusiástico y profesional que indica que siente tanto placer como responsabilidad. Un insolente lector fantasioso, obsesionado por el recuerdo de todas las buenas trayectorias que ha visto ir a menos —por la conciencia de lo miserable o, como mínimo, lo inferior de muchísimas continuaciones y finales—, es casi capaz de tergiversar la idea de justicia poética a fin de pensar que para un creador tan asombroso resultaría incluso meritorio quedar simplemente como el venturoso, sugestivo, no culminado y no coronado artífice de lo que ya ha logrado hasta ahora. Siempre podremos remitirnos a eso.

Introducción a *El hándicap de la vida*

United States Book Company, Nueva York, 1891

EL HOMBRE QUE PUDO REINAR

Hermano de un príncipe y camarada de
un mendigo, siempre que sean dignos de ello

La ley, arriba citada, prescribe una línea clara de conducta, y nada fácil de seguir. Yo he sido camarada de un mendigo una y otra vez bajo circunstancias que impedían que cada uno de los dos averiguara si el otro era digno de ello. Todavía me falta ser hermano de un príncipe, aunque en cierta ocasión estuve a punto de emparentar con quien pudo haber sido un verdadero rey: un hombre a quien tocaba un reino, con ejército, tribunales, rentas y sistema político, todo completo. Pero, hoy, mucho me temo que mi rey está muerto, y si ambiciono una corona debo procurármela yo mismo.

El comienzo de todo tuvo lugar en un tren del ferrocarril de Ajmir a Mhow. Había habido un Déficit en el Presupuesto, que exigió tomar pasaje no en segunda clase, que solo cuesta la mitad que la primera, sino en intermedia, que es espantosa de veras. En intermedia no hay asientos acojinados, y la población es o bien intermedia, formada por eurásicos o indígenas, quienes para toda una larga noche de viaje son deplorables, o bien vagabunda, que resulta muy amena aunque muy borracha. La gente de intermedia no come sobre manteles. Lleva sus alimentos en paquetes y cacharros, y compra dulces a los vendedores ambulantes indígenas, y bebe el agua que hay a la orilla de la vía. Por eso es por lo que en tiempo caluroso sacan muertos de los vagones a los pasajeros de intermedia, y en cualquier tiempo se los tiene muy merecidamente en poquísima consideración.

Mi compartimento de intermedia acertaba a hallarse completamente vacío hasta que llegué a Nasirabad, donde entró un caballero corpulento de oscuras y pobladas cejas negras que iba en mangas de camisa y que, ajustándose a las prescripciones del uso en intermedia, comenzó a expresarse. Era como yo, de la clase de los vagabundos, pero con un esmerado gusto por el *whisky*. Contó relatos de cosas que había visto y hecho, de rincones remotos del Imperio donde se había internado, y de aventuras en que había arriesgado la vida para ganarse el pan de unos escasos días.

—Si la India estuviese poblada de hombres como usted y yo, que a semejanza de los cuervos no sabemos hoy lo que habremos de comer mañana, el país no produciría una renta de setenta millones: la produciría de setecientos millones —dijo; y mientras yo le contemplaba la boca y el mentón me sentí inclinado a convenir con él.

Hablamos de política —la política del Hampa, que ve las cosas por el lado en que estas no tienen pulimentación—, y hablamos del sistema de comunicaciones porque mi amigo necesitaba enviar un telegrama de la estación próxima a la de Ajmir, recodo de la línea de Bombay a Mhow según se viaja hacia el oeste. Mi amigo tenía por todo

capital ocho anas en efectivo, que necesitaba para su cena, y yo no llevaba una sola, a causa del Déficit antes mencionado. Además, yo iba a un desierto donde, aunque retomaría contacto con Tesorería, no había oficinas telegráficas. Me hallaba, por consiguiente, en un caso de imposibilidad material para prestarle cualquier servicio.

—Queda el recurso de que amenacemos a un jefe de estación y que lo obliguemos a enviar el telegrama de fiado —dijo mi amigo—, pero esto nos sujetaría al embrollo de pesquisas, y *yo* necesito tener libertad de acción en estos días. Creo haber entendido que usted volverá por esta misma vía pasados unos días.

—Dentro de diez —dije.

—¿Podrían ser ocho? —dijo—. Mi asunto es algo urgente.

—Puedo mandar su telegrama dentro de diez días si eso le sirve de algo —dije.

—Hallo inconveniente en el empleo del telégrafo ahora que lo pienso con detenimiento. Las cosas son así. Él sale de Delhi el 23 con dirección a Bombay. Eso significa que pasará por Ajmir hacia la noche del 23.

—Pero yo voy al desierto índico —expliqué.

—Eso está *muy* bien —dijo—. Usted cambiará de tren en el empalme de Marwar para ir al territorio de Jodhpore (tiene usted que hacerlo por fuerza), y él pasará por el empalme de Marwar en la madrugada del 24 en el correo de Bombay. ¿Puede usted estar en el empalme de Marwar en ese momento? No le causará ningún trastorno porque sé bien que en estos Estados de la India central la caza es mala y rara… aun cuando uno se finja representante del *Backwoodsman*.

—¿Usted ha intentado ya esa treta? —pregunté.

—Una y otra vez, pero le caen a uno encima los corresponsales residentes, y hay que volver con escolta a la frontera antes de que se les pueda meter una hoja de navaja en las entrañas. Vamos al asunto de mi amigo. Yo *necesito* que tenga noticia verbal de mí, o de lo contrario no sabrá qué camino debe tomar. Será muy señalado el servicio que usted me preste si vuelve de la India central a tiempo para verse con él en el empalme de Marwar y decirle: «Ha ido al sur durante la semana». Él sabrá lo que eso significa. Es un hombre alto, corpulento, de barba roja. Lo encontrará usted durmiendo como un caballero rodeado de todo su equipaje en un compartimento de segunda. Pero que esto no lo intimide a usted. Baje la ventanilla y diga: «Ha ido al sur durante la semana», que él se hará cargo. Estará usted solo dos días menos en aquellos parajes. Pide este favor un extraño… que va al oeste. —Pronunció enfáticamente las últimas palabras.

—¿De dónde viene *usted*? —dije.

—Del este —dijo—, y espero que usted le dará la noticia lealmente… por la memoria de mi madre y de la de usted.

Los ingleses no son seres tiernos que se ablandan con esas invocaciones sentimentales, pero por ciertas causas, que más adelante se aclararán, creí conveniente deferir.

—Se trata de algo más que de una minucia —dijo—, y por eso le he pedido a usted el favor… y ahora sé que puedo confiar en que lo hará. Vagón de segunda clase en el empalme de Marwar, caballero pelirrojo que irá durmiendo. Asegúrese de no olvidarlo. Yo me bajo en la próxima estación y allí tendré que quedarme hasta que él venga o me envíe lo que necesito.

—Si pasa le daré el recado —dije—, y por la madre de usted y por la mía voy a permitirme darle un consejo. No vaya usted a los Estados centrales de la India, por lo menos ahora, como corresponsal del *Backwoodsman*. Hay un verdadero corresponsal que pudiera sacar las uñas.

—Gracias —dijo con llaneza—, y ¿cuándo se largará ese cochino? No es justo que yo me muera de hambre solo porque a él se le ha antojado venir a inutilizar mis esfuerzos. Yo quería afianzar al rajá de Degumber explotando el asunto de la viuda de su padre, y darle así un buen susto.

—Pues ¿qué asunto es ese de la viuda del padre?

—Le rellenó el buche de pimienta roja y le facilitó la muerte colgándola de una viga. Yo descubrí el hecho personalmente, y soy el único que se atreverá a ir para sacar dinero por mi silencio. Intentarán envenenarme, como cuando fui a Chortumna para hacer un poco de fortuna por allí. Pero ¿dará usted mi recado al hombre del empalme de Marwar?

Se apeó en una estación de ínfima clase, y yo reflexioné. Había oído, más de una vez, que ciertos individuos se dicen corresponsales de periódicos y sangran a los pequeños Estados mediante amenazas de hacer revelaciones infamantes, pero jamás hasta entonces había dado con uno de esos pájaros. Su existencia es muy penosa y, generalmente, su muerte es en extremo rápida. Los Estados nativos tienen un santo horror a los periódicos ingleses, que pueden arrojar luz sobre sus métodos peculiares de gobierno, y para acallar a los corresponsales los ahogan en champaña o los hacen ver todo de color de rosa desde la altura de un elegante birlocho. Ignoran que a nadie se le da un comino de cómo se administran los Estados nativos, en tanto que la opresión y el crimen no traspasan unos límites decentes, y en tanto que el gobernante no está enmorfinado, alcoholizado o inutilizado de punta a cabo del año. Esos Estados son los puntos negros de la tierra, saturados de una crueldad inimaginable, y por una parte tienen contacto con el telégrafo y el ferrocarril, y viven, por la otra, en los tiempos de Harun-al-Raschid. Cuando llegué a mi destino tuve que ver con algunos reyes, y a lo largo de ocho días experimenté constantes cambios de vida. A veces me veía vestido de etiqueta codeándome con príncipes y políticos, bebiendo en copas de Bohemia y comiendo en vajillas de plata. A veces dormía sobre el duro suelo y devoraba lo que podía encontrar, sirviéndome de platos hechos con hojas, y bebía el agua de los charcos, y para dormir me cubría con la misma manta que mi criado. Tal es el oficio.

Luego me dirigí al gran desierto indio en la fecha indicada, tal como había prometido, y el tren correo de la noche me dejó en el empalme de Marwar, de donde

parte la línea de Jodhpore: línea curiosa, cómica, del tres al cuarto, manejada por nativos. El correo de Delhi a Bombay efectúa una parada breve en Marwar. Llegó en el preciso momento de mi arribo, y apenas tuve tiempo de apresurarme al andén y de recorrer la línea de vagones. Había solo uno de segunda ciase. Bajé la ventanilla y vi que en el interior iba una barba roja llameante, medio cubierta por una manta de viaje. Era mi hombre, dormido profundamente, y lo toqué con suavidad en las costillas. Despertó con un gruñido y vi su rostro a la luz de las lámparas. Era un rostro ancho y radiante.

—¿Otra vez el billete? —dijo.

—No —dije—. Vengo para decirle a usted que ha ido al sur durante la semana. ¡Ha ido al sur durante la semana!

Ya el tren había comenzado a moverse. El hombre de la barba roja se frotaba los ojos.

—Ha ido al sur durante la semana —hizo de eco—. Nada iguala su desvergüenza. ¿Le dijo a usted que yo había de pagarlo? Porque no pienso hacerlo.

—Nada me dijo —contesté, y bajé y me quedé viendo las lucecitas rojas que se perdían en la noche. Hacía un frío espantoso porque el viento soplaba de los arenales. Tomé mi propio tren —esta vez ya no en intermedia— y me eché a dormir.

Si el hombre de la barba roja me hubiera dado una rupia, yo la habría guardado como recuerdo de un curioso incidente. Pero mi única recompensa fue la conciencia del deber cumplido.

Más tarde reflexioné que dos caballeros como aquellos amigos míos no podían hacer nada bueno presentándose en calidad de corresponsales de periódicos, y que podían, en el caso de que extorsionaran a los estaduchos de la India central o del Rajputana meridional, verse envueltos en serios apuros. Por consiguiente hice cuanto pude para describirles con fidelidad sus personas a quienes podían estar interesados en su deportación; y gracias a mí, según supe después, se los hizo volver de las fronteras de Degumber.

Luego me volví persona respetable, y retorné a una Oficina donde no había reyes ni incidentes extraños a la diaria redacción de un periódico. La oficina de un periódico parece atraer a toda clase imaginable de personas, en detrimento de la disciplina. Llegan señoras misioneras de la *zenana*, y quieren que el redactor jefe abandone al instante todas sus obligaciones para que se ocupe en la minuciosa descripción de una entrega de premios de las escuelas cristianas en una casa de vecindad de un villorrio perfectamente inaccesible; coroneles postergados toman asiento y esbozan el plan para una serie de diez, doce o veinticuatro artículos de fondo sobre la Antigüedad *versus* la Elección; misioneros desean saber por qué no se permite la piadosa pretensión de que el Nosotros del periódico sirva para las flechas envenenadas con que quieren asesinar a un cofrade; compañías teatrales en malas circunstancias acuden para explicar que no están en condiciones de pagarse anuncios, pero que en cuanto vuelvan de Nueva Zelanda o Tahití pagarán la deuda con los

intereses; inventores de máquinas para accionar *punkahs*, de pernos para carruajes, de espadas irrompibles, de ejes, llevan los bolsillos repletos de especificaciones y abundan en tiempo disponible; representantes de las compañías de té entran y redactan con las plumas de la oficina los prospectos del negocio; secretarios de comités coreográficos claman al cielo porque el periódico no ha descrito con suficiente detalle las excelencias del último baile de sociedad; damas muy extrañas entran haciendo frufrú de sedas y dicen: «Quiero que impriman *en el acto* un centenar de tarjetas de visita, por favor», cosa que manifiestamente forma parte de los deberes de un jefe de redacción; y no hay haragán disoluto de los que recorren la línea del gran ferrocarril Troncal para quien sea cosa desusada solicitar empleo de corrector de pruebas. Y, todo el rato, la campana del teléfono repica con locura, y los reyes mueren asesinados en el continente, y los imperios dicen: «Eso lo serás tú», y el señor Gladstone echa regueros de azufre sobre los Dominios británicos, y los negritos de la imprenta pasan gritando con movimiento de abejas fatigadas: «*kaa-pi chay-ba-yeh*», que quiere decir que se necesita original para las cajas, y el periódico está todavía tan falto de lectura como el escudo de Mordred.

Pero esa es la parte entretenida del año. Hay otros seis meses en que nadie llama a la puerta, y el termómetro sube por pulgadas hasta que el mercurio llega al tope, y en la oficina hay escasamente la luz imprescindible para leer, y las prensas están rojas por la acción de la temperatura, y nadie escribe nada salvo lo relativo a la sección necrológica y a las crónicas mundanas de las estaciones veraniegas situadas en las colinas. Entonces el teléfono se convierte en un cencerro aterrador, pues no habla sino de muertes repentinas de hombres y mujeres de vuestra intimidad, y las cálidas púas del calor rodean vuestro cuerpo y os sentáis para escribir: «Se nos comunica que ha habido un ligerísimo incremento en la curva de las enfermedades en el distrito de Khuda Janta Khan. No se trata sino de un brote de naturaleza esporádica, y gracias a los vigorosos esfuerzos de las autoridades ha tocado casi a su fin. Tenemos, no obstante, el doloroso deber de informar que ha muerto…».

Después se desata de verdad la epidemia, y cuanto menos se escriba y se informe sobre ella, tanto mejor para la paz de los suscriptores. Pero los imperios y los reyes continúan en sus eternas distracciones características de su egoísmo, y el regente de la imprenta cree que para que un periódico sea realmente un diario debe salir cada veinticuatro horas, y todos los veraneantes de las colinas dicen sin dejar un momento sus placeres: «¡Dios mío! ¡Parece mentira que este periódico no diga nada de lo que aquí pasa! Si diera noticia de nuestra vida social sería la hoja más brillante del universo».

Esa es la cara oculta de la luna y, como dice la publicidad, «hay que probarla para apreciarla».

Era en esa estación, una estación que se distinguió entre todas por los daños que trajo consigo, cuando se adoptó la costumbre de hacer el último número de la semana, el de la noche del sábado, en la madrugada del domingo, como lo practicaba

un periódico de Londres. Estas horas eran muy convenientes, pues no bien iba el periódico a las prensas, el termómetro bajaba con la aurora de 44 grados a casi 38 grados durante media hora, y a favor de aquella temperatura invernal —si decís que es insensato hablar de frío con 38 grados os objetaré que no tenéis idea de lo que son 38 grados sino cuando habéis pedido esa temperatura como un don de misericordia—, la fatiga nos traía el sueño hasta que una nueva ola de calor nos despertaba.

Un sábado por la noche desempeñaba yo el delicioso deber de llevar el periódico a la prensa, y no había otros redactores en la oficina. Un rey o un cortesano o una cortesana o una comunidad estaba a las puertas de la muerte o iba a votar una nueva Constitución, o realizar algún hecho importante en el otro extremo del mundo, y el periódico tenía que quedar abierto para aprovechar el telegrama del último minuto.

La noche era negra como la boca del lobo, todo lo bochornosa que puede ser una noche de junio, y el *loo*, viento abrasador que sopla del oeste, cantaba entre los árboles más secos que la yesca y fingía que la lluvia lo seguiría de cerca. Una que otra vez caía una gota de agua casi hirviente y se precipitaba en el polvo como una rana en el estanque, pero nuestras ánimas atribuladas sabían que aquello era un simulacro. La sala de las prensas tenía un poquitín de ventaja de temperatura respecto de la oficina de los redactores, conque yo estaba sentado allí, oyendo el golpe seco de las letras y sintiendo el cosquilleo de un arrullo con aquel ruido metálico, y las chotacabras ululaban en las ventanas, y los cajistas casi desnudos se limpiaban el sudor de la frente y solicitaban agua. La noticia que nos retenía, fuera la que fuese, no llegaba, aunque ya el *loo* había callado y ya se había compuesto el último renglón, y la entera tierra redonda estaba detenida en su eje y abrumada por el calor, con un dedo en los labios en espera del acontecimiento. Yo dormitaba, considerando el pro y el contra de la invención del telégrafo, y haciendo conjeturas sobre si el prócer agonizante o el pueblo en lucha serían conscientes de los inconvenientes de este retardo a nuestro periódico. Fuera del calor no había causa especial que me produjese un estado de tensión, pero, cuando las manecillas del reloj marcaron las tres y las máquinas movieron dos o tres veces sus volantes para que se viera si todo estaba listo para comenzar la faena, justo antes de dar yo la voz correspondiente, habría podido aullar.

Entonces el estruendo y el traqueteo de las ruedas hicieron añicos la quietud. Me levanté para salir, pero dos hombres vestidos de blanco estaban frente a mí. El primero de ellos dijo:

—¡Es él!

El segundo dijo:

—¡Sí que lo es!

Y ambos rieron tan estrepitosamente que su risa casi dominó el fragor de las máquinas, y se enjugaron la frente.

—Vimos la luz desde la acera de enfrente, y estábamos durmiendo en esa cuneta por el calor, y yo le dije a este amigo: «La oficina está abierta. Vamos a hablar con el

que nos hizo volver del Estado de Degumber» —dijo el menos alto de los dos. Era el mismo a quien yo conocí en el tren de Mhow y su compañero era el barbarroja del empalme de Marwar. Nadie podría olvidar ni confundir las cejas del uno o las barbas del otro.

A mí me complacía muy poco la visita, pues deseaba dormir, y no reñir con haraganes.

—¿Qué desean? —pregunté.

—Hablar media hora con usted, al fresco y sin molestias, en la oficina —dijo el de la barba roja—. *Quisiéramos* un trago (todavía no comienza el Contrato, Peachey, conque no me mires así), pero lo que más necesitamos es consejo. Dinero no. Queremos un favor, porque descubrimos la mala pasada que usted nos jugó en el asunto del Estado de Degumber.

Los guie de la sala de prensas a la sofocante oficina con los mapas en las paredes, y el pelirrojo se frotaba las manos.

—Está muy bien esto —dijo—. Había que venir a una oficina así. Ahora, señor, permítame que le presente al Hermano Peachey Carnehan, que es él, y al Hermano Daniel Dravot, que soy *yo*, y de nuestras profesiones, cuanto menos se diga, mejor, pues hemos sido cuanto puede uno ser. Soldados, marineros, cajistas, fotógrafos, correctores de pruebas, predicadores ambulantes y corresponsales del *Backwoodsman* cuando creímos que el periódico los necesitaba. Carnehan está sobrio y yo también. Examínenos usted y verá que no lo engañamos. Eso le impedirá interrumpirme. Tomaremos uno de sus cigarros por cabeza y verá cómo los encendemos.

Contemplé la prueba. Ambos estaban absolutamente sobrios, conque les di un tibio *whisky* con soda.

—Eso está *muy* bien —dijo Carnehan, el de las cejas, limpiándose las gotas que le quedaron en el bigote—. Ahora déjame hablar a mí, Dan. Hemos recorrido toda la India, y casi siempre a pie. Hemos sido caldereros, maquinistas, subcontratistas y hemos hecho cuanto se puede hacer, y hemos decidido que la India es muy estrecha para nosotros.

Ciertamente eran demasiado grandes para la oficina. La mitad de su capacidad quedaba llena con las barbas de Dravot, y en la otra mitad no cabían los hombros de Carnehan, mientras estaban sentados sobre la gran mesa. Carnehan continuó:

—No se hace nada en este país porque los que gobiernan no permiten que uno lo toque. Ellos emplean todo su dichoso tiempo en gobernarlo, y no puede uno mover la pala, ni barrenar una roca, ni buscar petróleo, ni hacer algo de provecho, en suma, sin que el Gobierno entero diga: «Deja eso y no impidas que gobernemos». Por consiguiente, tal como *están* las cosas, abandonaremos el país a su suerte y elegiremos otro camino para vivir donde el hombre no se vea acosado y pueda obtener ventajas. Nosotros no somos poca cosa y a nada le tenemos miedo, como no sea a la maldita Bebida, y hemos celebrado un Contrato a este respecto. *Por consiguiente* vamos a ser reyes.

—Reyes por derecho propio —musitó Dravot.

—Sí, claro —dije—. Han estado ustedes todo el día expuestos a los rayos del sol y la noche es calurosísima, conque ¿por qué no lo consultan con la almohada? Vuelvan mañana.

—No tenemos insolación ni estamos ebrios —dijo Dravot—. Medio año hace que venimos madurando este plan, y necesitamos consultar Libros y Atlas, y hemos llegado a la conclusión de que ahora mismo hay un único lugar en el mundo en que dos hombres fuertes pueden sentar sus reales. Es ese que llaman Kafiristán. Yo creo que es el que está en el rincón de arriba de Afganistán a mano derecha, a no más de cuatrocientos cincuenta kilómetros de Peshawar. Tienen allí treinta y dos ídolos paganos, y nosotros seremos el treinta y tres y el treinta y cuatro. El país es montañoso, y las mujeres de aquellas regiones son muy hermosas.

—Pero eso está prohibido en el Contrato —dijo Carnehan—. Ni mujeres ni alcohol, Daniel.

—Y a eso se reduce lo que sabemos, excepto que nadie ha ido allí, y que luchan, y, donde hay lucha, un hombre que sabe adiestrar a los demás puede siempre ser rey. Nosotros iremos a esas regiones y les diremos a todos los reyes que hallemos al paso: «¿Quiere usted derrotar a sus enemigos?», y enseñaremos a cada tribu la disciplina militar; pues eso sí lo sabemos mejor que ninguna otra cosa. Después derrocaremos a ese rey y tomaremos su Trono y estableceremos una Dinastía.

—Antes de que ustedes hayan avanzado ochenta kilómetros desde la línea fronteriza los harán picadillo —dije—. Tienen que atravesar todo Afganistán para llegar a ese país. Es una masa de montañas y picos y glaciares, y ningún inglés ha pasado por allí. Los habitantes son como animales irracionales, y aunque llegaran ustedes no harían cosa de provecho.

—Excelente —dijo Carnehan—. Si usted nos cree todavía más necios nos dará más gusto. Hemos venido para informarnos de ese país, para leer un libro en que se hable de él y para que nos muestre los mapas. Queremos que nos llame necios y nos enseñe sus libros. —Se dirigió hacia los anaqueles.

—Pero ¿es serio eso? —dije.

—Algo hay de verdad en ello —dijo Dravot con amabilidad—. Queremos un mapa muy grande, aunque esté en blanco todo lo de Kafiristán, y queremos todos los libros que usted tenga sobre el asunto. Sabemos leer, aunque no seamos muy instruidos.

Yo extraje de su estuche el mapa de la India, con escala de una pulgada por treinta y dos millas, y dos mapas fronterizos menos grandes, saqué el tomo *INF-KAN* de la *Enciclopedia Británica*, y mis visitantes se aplicaron a consultarlos.

—¡Mire aquí! —dijo Dravot, con el dedo en un punto del mapa—. Hasta Jagdallak, Peachey y yo conocemos el camino. Fuimos con el ejército de Roberts. Tenemos que tomar a la derecha de Jagdallak por el territorio de Laghmann. Después

atravesaremos las montañas (a más de tres mil metros o a cuatro mil); el trabajo será duro, pero aquí, en el mapa, no parece muy lejos.

Le di *Las fuentes del Oxo* de Wood. Carnehan estaba enfrascado en la lectura de la *Enciclopedia*.

—Está muy confuso esto —dijo Dravot reflexivamente—; y no nos servirá para conocer los nombres de esas tribus. Cuanto mayor sea el número de tribus habrá más guerras, y nosotros sacaremos más ventajas. De Jagdallak a Ashang, ¡uhmm!

—Pero todo lo que se dice del país es muy de brocha gorda y muy inexacto —protesté—. En realidad, nadie sabe una palabra de aquello. Aquí está el expediente del Instituto de Servicios Unidos. Lea usted lo que dice Bellew.

—¡Al diablo con Bellew! —dijo Carnehan—. Dan, aquello es un hormiguero de paganos, pero aquí en este libro se dice que creen estar emparentados con nosotros los ingleses.

Yo fumaba mientras los dos se entretenían con Raverty, Wood, los mapas y la *Enciclopedia*.

—No tiene usted para qué molestarse —dijo Dravot cortésmente—. Van a dar las cuatro. Si usted quiere dormir nos iremos antes de las seis y no robaremos ninguno de los papeles. No se alarme. Somos dos lunáticos inofensivos, y si mañana por la noche va al bazar le diremos adiós.

—Ustedes *son* dos necios —contesté—. Se los hará volver de la frontera, o serán reducidos a polvo cuando pongan el pie en Afganistán. ¿Quieren ustedes dinero o una recomendación para el sur? Yo les prestaré mi ayuda para encontrar algo en que trabajar la semana próxima.

—La semana próxima tendremos mucho trabajo, gracias —dijo Dravot—. No es tan fácil como parece llegar y hacerse rey. Cuando nuestro reino esté ya bien arreglado se lo avisaremos, y usted podrá ir a ayudarnos a gobernarlo.

—¿Dos lunáticos hacen un Contrato como este? —dijo Carnehan con un sentimiento de orgullo contenido, mientras me mostraba una hoja de papel grasiento en la cual estaban escritas las estipulaciones. Las copié, allí mismo, como una curiosidad:

> Este Contrato, que hacemos tú y yo poniendo como testigo a Dios… Amén y todo eso.
>
> Uno. Yo y tú arreglaremos este asunto unidos; a saber, seremos reyes de Kafiristán.
>
> Dos. Tú y yo no nos entregaremos al alcohol ni a una mujer, sea negra, blanca o bronceada, para que no vayamos a tener tal o cual dificultad mientras se arregla el asunto de Kafiristán.
>
> Tres. Que nos conduciremos con Dignidad y Discreción, y si uno de nosotros tiene dificultades, el otro lo ayudará.
>
> Firmado por ti y por mí hoy.
> *Peachey Taliaferro Carnehan*,
> Daniel Dravot.
> LOS DOS, CABALLEROS CUMPLIDOS.

—No era necesaria la última frase —dijo Carnehan ruborizándose modestamente —; pero se ve que está hecho con todas las formalidades. Ahora bien, ya sabe usted lo que son los ganapanes (*somos* ganapanes, Dan, mientras no salgamos de la India) y ¿*no* cree usted que no firmaríamos un Contrato como este si no nos halláramos resueltos a obrar con toda la formalidad del caso? Nos hemos abstenido de las dos cosas que le dan valor a esta vida.

—La vida no les durará mucho tiempo si se obstinan en emprender esta aventura de idiotas. No incendien la oficina —dije— y márchense antes de las nueve.

Los dejé ocupados en el examen de los mapas y tomando notas al dorso del «Contrato».

—No falte usted mañana al bazar —fueron sus últimas palabras.

El bazar Kumharsen es el gran albañal humano cuadrangular donde se atan y desatancas cuerdas de camellos y caballos del norte. Allí se reúnen individuos de cuantos pueblos hay en el Asia central, y casi todo el resto de la India acude a ese sitio. Bengala y Bombay estrechan la mano de Balkh y la de Bokhara, y procuran hincarse el diente. En el bazar Kumharsen podéis comprar caballos, turquesas, gatos persas, alforjas para jinetes, ovejas de rabo grueso, almizcle y mil cosas más, que recibiréis casi como regalo. Por la tarde acudí para ver si mis amigos cumplían la palabra dada o estaban durmiendo con una borrachera de primer orden.

Un sacerdote vestido con cintajos y jirones salió a mi encuentro, meneando gravemente una perinola para niños. A su alcance iba su criado, que casi no podía dar un paso, abrumado por una cesta de juguetes de barro. Ambos se ocupaban en cargar dos camellos, y los habitantes del bazar los contemplaban desternillándose de risa.

—Ese sacerdote está loco —me dijo un chalán—. Va a Kabul para venderle juguetes al emir. O se le rendirán honores o se lo decapitará. Vino hoy por la mañana, y desde que llegó ha dado señales evidentes de no estar en su juicio.

—Dios protege a los locos —balbució un tártaro mofletudo hablando una jerga india muy incorrecta—. Dicen la buenaventura.

—¡Habrían podido vaticinar que mi caravana sería atacada por los *shinwaris* casi a la vista del Paso! —gruñó malhumorado el agente eusufzai de una casa de comercio de Rajputana, cuyas mercancías habían caído en manos de ladrones al ir a pasar la frontera, y cuyas desventuras eran el tema regocijado del bazar—. Oye, sacerdote, ¿de dónde vienes y adónde vas?

—De Rumania he venido —gritó el sacerdote bailando la perinola—; ¡de Rumania, atravesando el mar en alas del soplo de cien demonios! ¡Oh ladrones, bandidos, embusteros, la bendición de Pir Khan caiga sobre los cerdos, los perros y los perjuros! ¿Quién llevará al Protegido de Dios y lo conducirá al norte para vender al emir amuletos cuyo encanto no cesa jamás? Los camellos no se fatigarán, los hijos no se enfermarán y las mujeres guardarán fidelidad a los maridos ausentes; todas las bendiciones referidas caerán sobre quienes me reciban en su caravana. ¿Quién me ayudará a calzar en los pies del rey de los Roos la sandalia de oro con tacón de plata?

¡Que la protección de Pir Khan bendiga sus trabajos! —Extendió el paño de su gabardina y comenzó a hacer cabriolas por entre las hileras de caballos atados.

—Hay una caravana que partirá de Peshawar para Kabul dentro de veinte días, *Huzrut* —dijo el comerciante eusufzai—. Mis camellos irán con ella. Acompáñanos y nos comunicarás las virtudes que posees.

—¡Yo debo partir hoy mismo! —exclamó el sacerdote—. ¡Yo partiré en mis camellos alados y llegaré en un día a Peshawar! ¡Oh! Hazar Mir Khan —le gritó a su criado—, saca los camellos, pero deja que yo monte primero en el mío.

Saltó para colocarse sobre el lomo de su bestia cuando esta dobló la rodilla, y volviendo a mí la cara chilló:

—Ven tú también, *sahib*, y acompáñame un corto trecho y te venderé un amuleto: un amuleto que te hará rey de Kafiristán.

Entonces se me iluminó la mente y seguí a los dos camellos hasta que nos encontramos fuera del bazar, en campo abierto, donde se detuvo el sacerdote.

—¿Qué le ha parecido? —dijo en inglés—. Carnehan no sabe hablar la jerga de esta gente, conque lo he hecho mi criado. Es un criado perfecto. No en vano he andado de aquí para allá por este país durante catorce años. ¿No cree que hablo bien? En Peshawar nos incorporaremos a una caravana y seguiremos con ella hasta Jagdallak, y allí procuraremos trocar nuestros camellos por asnos, y llegaremos a Kafiristán. ¡Perinolas para el emir, oh señor! Meta usted la mano debajo de las alforjas y dígame lo que palpa.

Palpé un rifle Martini, y otro, y otro.

—Hay veinte —dijo Dravot con voz placentera—. Veinte y las correspondientes municiones, todo bien oculto bajo las perinolas y los juguetes de barro.

—¡El cielo los asista si les descubren sus efectos! —dije—. Un Martini vale su peso en plata entre los patanes.

—Mil quinientas rupias de capital (hasta la última rupia que pudimos haber por donación, préstamo o robo) están invertidas en estos dos camellos —dijo Dravot—. No vamos a dejarnos coger. Pasaremos el Khaiber con una caravana. ¿Quién se meterá con un pobre sacerdote loco?

—¿Llevan ustedes todo lo necesario? —pregunté sin volver de mi asombro.

—Todavía no, pero todo vendrá muy pronto. Ahora denos usted un recuerdo de su gentileza, *Hermano*. Usted me hizo un servicio ayer y aquel de Marwar. La mitad de mi reino será para usted, como reza el refrán. —Desprendí un amuleto en forma de compás que llevaba en la cadena de mi reloj y se lo di al sacerdote.

—Adiós —dijo Dravot tendiéndome la mano con cautela—. Es la última vez que estrechamos la mano de un inglés quizá por mucho tiempo. ¡Estréchasela tú, Carnehan! —exclamó cuando el segundo camello pasaba junto a mí.

Carnehan se inclinó y me dio la mano. Luego los camellos se perdieron entre la polvareda del camino y quedé solo meditando asombrado. Mi ojo no hallaba defecto en los disfraces. La escena del bazar probaba que eran verosímiles para las mentes

indígenas. Cabía la probabilidad, por consiguiente, de que Carnehan y Dravot cruzaran Afganistán sin tropiezo. Pero más allá los aguardaba la muerte, una muerte cierta y espantosa.

Diez días después, un corresponsal indígena —que me comunicaba las noticias del día en Peshawar— concluía su carta con: «Ha dado mucho que reír aquí cierto sacerdote loco que, según cree, va a vender a S. A. el emir de Bukhara baratijas consideradas por él como poderosos amuletos. Pasó por Peshawar y se incorporó a la segunda caravana estival que va a Kabul. Los comerciantes se han quedado encantados porque creen supersticiosamente que esos locos traen buena suerte».

Los dos, pues, pasaron la frontera. Yo habría dirigido una oración al cielo por ellos, pero esa noche acaeció la muerte de un verdadero rey en Europa y tuve que escribir el artículo necrológico.

La rueda del mundo gira atravesando las mismas fases una y otra vez. Pasó el verano, y el invierno también pasó, para volver nuevamente uno y otro y pasar de nuevo. El periódico seguía apareciendo diariamente, y yo trabajando en él, y en una noche cálida del tercer verano había que esperar hasta última hora cierta noticia que debía telegrafiarse desde el otro extremo del mundo, exactamente como en la noche de aquel sábado a que me referí. Varios grandes hombres habían muerto en los últimos dos años, las máquinas de nuestras prensas producían mayor estruendo, y en nuestro jardín habían crecido un poco más algunos árboles. Pero, por lo demás, el mundo era el mismo de siempre.

Me dirigí a la sala de prensas y se repitió casi idénticamente la escena que antes describí. La tensión nerviosa era mayor que la de dos años atrás y yo sufría más a causa del calor. A las tres de la madrugada grité: «¡A imprimir!», y ya daba media vuelta para salir cuando se acercó al sitio en que yo estaba algo como un despojo humano. Su espalda se encorvaba trazando un círculo, tenía la cabeza hundida entre los hombros, y movía los pies uno sobre otro a la manera de los osos. No acertaba yo a decir si andaba o se arrastraba aquel conjunto de harapos colgados de un cuerpo paralítico que me llamaba por mi nombre, gritando que había regresado.

—¿Puede usted darme una copa? —murmuró con voz plañidera—. ¡Por Dios, deme usted una copa!

Regresé a la oficina, seguido por el hombre que daba quejidos, y encendí la lámpara.

—¿No se acuerda de mí? —boqueó, dejándose caer en un asiento, y volvió su rostro enflaquecido, coronado por un matorral de cabellos canos, a la luz.

Lo examiné atentamente. Recordé haber visto aquellas cejas que formaban una sola banda negra, ancha y espesa, sobre la nariz, pero ni por lo más remoto sabía decir dónde.

—No sé quién es usted —dije alargando la copa de *whisky*—. ¿En qué puedo servirle?

Dio un trago ávidamente, y se estremeció a pesar del calor sofocante.

—He regresado —repitió—; y fui rey de Kafiristán… yo y Dravot. ¡Fuimos coronados reyes! En esta oficina se fraguó: usted estaba sentado allí y nos daba los libros. Yo soy Peachey: Peachey Taliaferro Carnehan… y usted ha seguido aquí sentado desde entonces. ¡Oh Dios mío!

Mi sorpresa era mayúscula y di expresión a mis sentimientos.

—Es verdad —dijo Carnehan, sonriendo tristemente, a la vez que se cogía los pies, envueltos en trapos—. Es verdad como un evangelio. Fuimos reyes, con corona en la cabeza, yo y Dravot: ¡el pobre Dan, oh el pobre, pobre Dan, que no aceptó mis consejos, aunque yo se lo supliqué!

—Beba usted ese *whisky* —dije— y tómese su tiempo. Cuénteme todo lo que pueda recordar desde el principio hasta el fin. Cruzaron ustedes la frontera en sus camellos: Dravot disfrazado de sacerdote loco, y usted como criado suyo. ¿Lo recuerda usted?

—Yo no estoy loco… todavía, pero poco me falta. Claro que lo recuerdo. No aparte usted la vista de mí, o acaso mis palabras se disgreguen. Míreme bien y no me interrumpa.

Me incliné hacia él y clavé los ojos en su rostro con la mayor atención que me fue posible. Dejó caer una mano sobre la mesa y yo se la sujeté por la muñeca. Estaba contraída como garra de ave y en el dorso tenía una cicatriz romboidal.

—No, no mire usted eso. Míreme *a mí* —dijo Carnehan—. De eso trataremos después, pero, por Dios, no me distraiga. Salimos con aquella caravana: yo y Dravot haciendo toda clase de extravagancias para divertir a nuestros compañeros. Dravot nos hacía reír por las noches cuando todos los expedicionarios se ocupaban en preparar su cena…, preparando su cena, y… ¿qué hacían entonces? Sus fogatas despedían chispas que volaban a la barba de Dravot, y esto nos causaba tanta risa que era cosa de morirse. Las chispas rojas de la barba roja de Dravot… qué divertido. —Apartó sus ojos de los míos y empezó a reír como un loco.

—Llegaron ustedes hasta Jagdallak con esa caravana —dije al azar— después de encender esas fogatas. Hasta Jagdallak, donde torcieron para entrar en Kafiristán.

—No, nada de eso. ¿Qué está usted diciendo? Torcimos antes de llegar a Jagdallak, porque se nos dijo que los caminos eran buenos. Pero no eran lo bastante buenos para nuestros dos camellos: el mío y el de Dravot. Al separarnos de la caravana, Dravot se quitó sus vestidos y también me quitó los míos, y dijo que teníamos que hacernos paganos, porque los kafires no querrían cruzar su palabra con gente sometida a la ley de Mahoma. Así que adoptamos otros disfraces, y fueron tales que no he visto ni espero ver una facha como la de Daniel Dravot. Se quemó la mitad de la barba, y se echó sobre los hombros una piel de carnero, y se atusó el pelo de un modo fantástico. A mí también me dio una trasquilada ignominiosa y me sometió a

todos los ultrajes de un disfraz que se acomodara a la idea que él tenía de un pagano. Estábamos en un territorio muy montañoso y los camellos ya no podían avanzar más a causa de las montañas. Eran altas y negras, y al volver las vi luchando como cabras montesas; hay infinidad de cabras en Kafiristán. Y las montañas son tan inquietas como las cabras. Siempre están en lucha, hasta el grado de no ser posible dormir durante la noche.

—Beba otro trago de *whisky* —dije con voz lentísima—. ¿Qué hicieron usted y Daniel Dravot cuando los camellos no pudieron avanzar más por la naturaleza montañosa del terreno que llevaba a Kafiristán?

—¿Qué hicimos quiénes? Iba en compañía de Dravot un tal Peachey Taliaferro Carnehan. ¿Le hablaré a usted de él? Murió en aquel frío país. ¡Cómo cayó del puente el pobre Peachey, dando vueltas por el aire lo mismo que una perinola de un penique de las que llevaba para venderlas al emir! No; pero esas perinolas eran de las que dan a razón de dos por tres medios peniques, y si no es así me engaño mucho y lo siento mucho… Y esos camellos no tenían ninguna utilidad, y Peachey le dijo a Dravot: «Por Dios, vámonos de aquí antes de que nos corten la cabeza», y tras eso mataron sus camellos en mitad de las montañas, no teniendo otra cosa que comer, aunque antes descargaron las cajas con los rifles y las municiones, hasta que llegaron dos hombres con cuatro mulas. Dravot se levanta y comienza a bailar delante de ellos, cantando: «Véndanme cuatro mulas». Dice el primero de los hombres: «Si tiene usted bastante dinero para comprar es que tiene bastante dinero para ser robado»; pero antes de que el hombre pudiera llevarse la mano al cuchillo, Dravot le rompe el pescuezo contra su rodilla y el otro corre. Así que Carnehan cargó las mulas con los rifles que habían llevado los camellos y juntos nos adentramos en la parte más fría de las montañas, donde los caminos son menos anchos que la palma de la mano.

Interrumpió su relato un instante y le pregunté si podía recordar la naturaleza del país que había atravesado.

—Yo le cuento las cosas lo mejor que puedo, pero no está mi cabeza del todo bien. Fue necesario que me la abrieran a escoplo para que entendiera cómo murió Dravot. El país era montañoso y las mulas muy tercas, los habitantes andaban dispersos y solitarios. Subían los dos y bajaban, y aquel otro compañero, Carnehan, imploraba de Dravot que no cantara ni silbara con tanta fuerza, por el temor de que cayeran tremendos aludes. Pero Dravot decía que si un rey no puede cantar no valdría la pena de serlo, y daba azotes a las mulas en las ancas, y no hizo caso de nada durante diez días de frío crudelísimo. Llegamos a un valle muy apacible que está entre las montañas y las mulas estaban medio muertas, conque las matamos, pues no tenían ellas ni nosotros cosa especial para comer. Nos sentamos sobre las cajas y nos pusimos a jugar a pares y nones con los cartuchos que saltaron de las mismas.

»Aparecieron entonces diez hombres con arcos y flechas, en persecución de veinte hombres con arcos y flechas, y la lucha fue tremenda. Eran hombres blancos

(más blancos que usted y que yo), de pelo amarillo y complexión muy recia. Dice Dravot, sacando los fusiles de sus cajas:

»—Aquí empieza la danza. Vamos a pelear por los diez.

»Y al decirlo hace fuego con dos rifles contra los veinte, y cae uno a doscientos metros de la roca donde estaba sentado. Los demás echaron a correr, pero Carnehan y Dravot, sentados sobre las cajas, fueron disparando en todas direcciones sobre los hombres que corrían por el valle. Luego vamos hacia los diez que habían corrido por el ventisquero, y nos arrojan una pequeña flecha. Dravot les hace un disparo al aire y todos se echan de bruces al suelo. Él va y les da patadas, y después los levanta y les estrecha las manos a todos para volverlos amistosos. Los llama y les da las cajas para que las lleven, y saluda con la mano en su derredor lo mismo que si ya fuera un rey verdadero. Los diez hombres cargan las cajas, y va Dravot con ellos por el valle y sube a la montaña, donde hay un bosque de pinos que la corona, y allí tienen aquellos hombres media docena de grandísimos ídolos de piedra. Dravot se va directo al más grande (uno a quien llaman Imbra) y coloca un rifle y un cartucho a sus pies, frotándole respetuosamente la nariz con su propia nariz, dándole palmadas en la frente, y haciendo reverencias delante de él. Vuelve la vista a los hombres, inclina la cabeza y dice:

»—Está bien. Ya sé lo que debo hacer, y todos estos fantasmones son amigos míos.

»Entonces abre la boca y señala dentro, y cuando el primero de los hombres se le acerca y le lleva comida, él dice: “No”; y cuando el segundo le lleva comida, él dice: “No”; pero cuando uno de los viejos sacerdotes del pueblo le lleva comida y va también el jefe de la aldea, él dice con mucha altanería: “Sí”, y la come muy despacio. Así fue como llegamos a nuestro primer poblado, sin dificultad, cual si hubiéramos bajado del cielo. Pero caímos de uno de esos malditos puentes de cuerdas, ¿sabe usted?, y… después de eso no le quedan a un hombre muchas ganas de reír en todo el resto de sus días».

—Beba más *whisky* y continúe —dije—. Ese fue el primer poblado que encontraron ustedes. ¿Cómo se hizo usted rey?

—Yo no fui rey —dijo Carnehan—. Dravot fue el rey, y tenía un aspecto espléndido con corona de oro en la frente y todo. Él y su compañero se quedaron en aquel poblado y, todas las mañanas, Dravot iba a sentarse junto al viejo Imbra, y el pueblo acudía a adorarlos. Era orden de Dravot. Después llegaron muchos hombres al valle, y Carnehan y Dravot los arrojaron con los rifles antes de que se dieran cuenta del peligro, y bajaron al valle, subieron por el otro lado y encontraron otro poblado como el primero, y todos los habitantes se echaron al suelo, y Dravot dice: «A ver, ¿qué pasa entre estos dos poblados?», y la gente señala a una mujer, tan blanca como usted y como yo, que había sido raptada, y Dravot la devuelve al primer poblado y cuenta los muertos: eran ocho. Por cada muerto, Dravot derrama una pequeña cantidad de leche en el suelo y mueve los brazos como perinolas, y dice: «Ya está

arreglado». Entonces, él y Carnehan toman del brazo a los jefes de cada poblado y los llevan hasta el fondo del valle, y les enseñan cómo se traza una línea con una lanza, y le dan a cada uno un terrón de cada lado de la línea. Todos bajan al instante y vociferan como demonios, y Dravot dice: «Id y labrad la tierra y creced y multiplicaos», lo cual hicieron, aunque no comprendían. Entonces preguntamos los nombres de las cosas en su lengua, pan y agua y fuego e ídolos y así, y Dravot va y se lleva al sacerdote de cada poblado en presencia del ídolo, y dice que debe sentarse allí y juzgar a los hombres, y matar a los que no caminen por el sendero de la justicia.

»Una semana después, todo estaba en el valle como si fuera una colmena, y mucho mejor, y los sacerdotes escuchaban todas las quejas y le decían por señas a Dravot todo lo necesario.

»—Este es solo el comienzo —dice Dravot—. Ya creen que somos dioses.

»Él y Carnehan escogen veinte hombres de los mejores y los enseñan a manejar los rifles, y a formar de cuatro en cuatro, y a avanzar en línea, y eso les causaba mucho agrado y tenían inteligencia para ver los resultados. Entonces, él saca su pipa y su morral y deja un hombre en un pueblo y otro en el otro, y pasamos a ver lo que se puede hacer en el siguiente valle. Todo era roca, y encontramos una aldehuela, y Carnehan dice: "Mándalos a sembrar en el otro valle", y se los llevan, y les dan una tierra que no era de nadie. Eran muy felices, y los ungimos con la sangre de un cabrito antes de permitirles que se establecieran en el nuevo reino. Era para impresionar a todos, y se asentaron pacíficamente en sus tierras, y Carnehan fue a unirse a Dravot, que se había ido a otro valle, todo nieve y hielo y muy montañoso. Allí no había habitantes y el ejército tuvo miedo, conque Dravot fusila a un soldado, y prosigue hasta que encuentra gente en un poblado, y el ejército explica que si no quieren morir será mejor que no disparen sus mosquetes de mecha… pues tenían mosquetes. Nos hacemos amigos del sacerdote, y yo me quedo con dos del ejército, enseñando a los hombres del poblado los movimientos militares, y un gran Jefe viene por los nevados con tambores y tocando cuernos, porque le han dicho que hay un nuevo dios. Carnehan apunta a la mancha negra de los hombres que llegan, cuando están a ochocientos metros, y cae uno en la nieve. Entonces le manda al Jefe el mensaje de que si no quiere morir venga a estrecharle la mano, dejando atrás todas las armas. Primero se acerca el Jefe solo y Carnehan le estrecha la mano y le hace los movimientos de brazos que acostumbra Dravot, y el Jefe está muy azorado y me toca las cejas. Entonces, Carnehan va a entrevistarse con el Jefe, y le pregunta por señas si tiene algún enemigo a quien odie.

»—Tengo uno —dice el Jefe.

»Entonces, Carnehan escoge lo más granado y designa a dos de su ejército para que les enseñen la maniobra, y al cabo de dos semanas los soldados del Jefe hacen maniobra como si fueran de un cuerpo de voluntarios. Así es que marcha con el Jefe a una gran planicie que está en la cumbre de una montaña, y los soldados del Jefe van y

toman el poblado, con solo tres disparos de Martini que dirigimos al enemigo. Así tomamos ese poblado también, y le doy al Jefe un jirón de mi guerrera y digo:

»—Ocupa este poblado hasta que yo vuelva.

»Eso era como una escritura. A título de recuerdo, cuando el ejército y yo estamos a dos kilómetros, o menos, disparo una bala, que cae sobre la nieve, cerca de él, y todos se echan por tierra. Entonces mando una carta a Dravot, dondequiera que esté, por mar o por tierra».

Aun a riesgo de que tuviese dificultades para reanudarla le interrumpí la narración:

—¿Cómo podía usted escribir cartas allá?

—¿La carta? ¡Ah, sí, la carta! No aparte usted la vista de mis ojos, por favor. Era una carta con cordeles, según el sistema que nos había enseñado un mendigo ciego en el Punjab.

Recuerdo que en una ocasión vino a la oficina un ciego que traía una varita de mimbre nudosa y una cuerda que ataba en torno a la varita según cierta clave propia de él. Podía, al cabo de horas y aun días, repetir una frase con solo pasar las manos por la cuerda. Había reducido el alfabeto a once sonidos elementales, y quiso enseñarme su método, pero yo no pude entenderlo.

—Envié esa carta a Dravot —dijo Carnehan—; y le dije que viniera adonde yo estaba, porque el reino crecía mucho y se me iba de las manos, y entonces me dirigí al primer valle para ver cómo se portaban los sacerdotes. El primer poblado que tomamos se llamaba Er-Heb, y el que tomamos con el Jefe se llamaba Bashkai. Los sacerdotes de Er-Heb se conducían perfectamente bien, pero tenían muchos litigios pendientes sobre la tierra que yo debía resolver, y algunos hombres de otro poblado disparaban flechas por la noche. Fui a practicar un reconocimiento en ese poblado, y disparé cuatro balazos a distancia de un kilómetro. Yo no quería consumir más cartuchos, y esperé a Dravot, que había estado ausente dos o tres meses, y conservé la paz pública.

»Una mañana oí un ruido infernal de tambores y cuernos, y Dan Dravot aparece por la pendiente de la montaña con su ejército y con una comitiva de centenares de hombres, y, lo que era más sorprendente, llevando una corona de oro en la cabeza.

»—Por Dios, Carnehan —dice Daniel—, este es un negocio colosal y ya hemos hecho cuantas conquistas necesitamos. ¡Soy hijo de Alejandro y de la reina Semiramis, y tú eres mi hermano menor, y también eres un dios! No hemos visto cosa igual. Durante seis semanas he avanzado y combatido al frente de mi ejército, y no hay pueblucho en más de ochenta kilómetros que no acudiera a nosotros con júbilo; ¡y, más aún, ya tengo en mis manos la llave de la situación, como verás con tus propios ojos, y llevo una corona para ti! Mandé que hicieran dos coronas en un lugar llamado Shu, donde hay tanto oro en las rocas como sebo en la carne de cordero. He visto oro y he desencajado turquesas de los riscos a puntapiés, y hay granates en las

arenas del río, y aquí tengo un trozo de ámbar que me trajo un hombre. Reúne a todos los sacerdotes y corónate aquí mismo.

»Uno de los hombres abre un saco hecho de pelo negro, y yo tomo la corona. Me venía pequeña y pesaba demasiado, pero me la puse por la gloria. La habían trabajado a martillo, con oro, y pesaba dos kilos, tanto como un aro de tonel.

»—Peachey —dice Dravot—, no creas que vamos a necesitar más guerra. ¡Todo depende de la Masonería; así, pues, tienes que ayudarme! —Y va y me pone delante al mismo Jefe a quien yo dejé en Bashkai: terminamos llamándolo Billy Fish, porque se parecía a aquel Billy Fish que conducía la locomotora en Mach-on-the-Bolan, hace años—. Dale la mano —dice Dravot, y yo se la di y casi me desmayé, pues Billy Fish me hizo la seña masónica. Yo nada dije, pero usé el Apretón del Hermano en la Orden. Contesta perfectamente» y le di el Apretón de Maestre, pero no respondió.

»—¡Es un Hermano en la Orden! —le digo a Dan—. Pero ¿conoce la palabra?

»—Sí —dice Dan—, y todos los sacerdotes la conocen. ¡Es un milagro! Los jefes y los sacerdotes pueden hacer los trabajos de una logia, como nosotros, y han grabado los signos en las rocas, pero no conocen el tercer grado, y viven para que se les haga la revelación. Es la verdad de Dios. Yo sabía desde hace años que en Afganistán se conocía el primer grado, pero lo de aquí es un milagro. Yo soy un dios y un gran maestre de la masonería, y voy a fundar una logia del tercer grado y se lo concederemos a los sacerdotes y a los jefes de los poblados.

»—Va contra toda la ley —digo— el fundar una logia sin la respectiva autorización; y tú bien sabes que nunca hemos oficiado en ninguna logia.

»—Esta es una jugada política maestra —dice Dravot—. Significa que manejaremos el país tan fácilmente como un carruaje de cuatro ruedas en un camino de bajada. Si nos ponemos a hacer las cosas de otro modo se nos sublevan. Tengo cuarenta jefes a mis pies, e iré elevándolos y dándoles grados según sus méritos. Anota a estos de los poblados y ve cómo establecemos nuestra logia. Podemos instalarla en el templo de Imbra. Ya les dirás a las mujeres cómo se hacen los mandiles. Voy a hacer un llamamiento a los jefes y mañana tendremos logia.

»Yo estaba muy receloso, pero no era un necio para ignorar lo que la logia significaba en el impulso del negocio. Enseñé a las familias de los sacerdotes todo lo relativo a los mandiles de los grados, pero el de Dravot se hizo poniendo en un cuero, en lugar de en un paño, los ribetes e insignias azules con turquesas. Para la silla del venerable tomamos una gran piedra cuadrada que había en el templo, y llevamos otras pequeñas para los hermanos vigilantes y demás funcionarios, así como para los compañeros y aprendices, y pintamos cuadrados blancos en el pavimento negro, y se hizo lo posible para regularizar la fundación.

»En la ceremonia de besamanos que hubo esa noche en la ladera de la montaña con grandes fogatas, Dravot proclama que él y yo éramos dioses e hijos de Alejandro y grandes maestres en la masonería, y que habíamos ido a Kafiristán con el fin de que todos sus habitantes comiesen en paz y bebiesen sin inquietud, y especialmente para

que se nos obedeciese. Entonces los jefes vienen uno a uno y nos estrechan la mano, y como tenían mucha barba y eran tan blancos y tan rubios parecía que estábamos en un círculo de viejos amigos. Les pusimos nombres según su semejanza con personas a quienes habíamos conocido en la India: Billy Fish, Holly Dilworth, Pikky Kergan, el del bazar de Mhow cuando yo estaba allí, y así sucesivamente, y así sucesivamente.

»Los milagros más asombrosos fueron los de la logia en la siguiente noche. Uno de los viejos sacerdotes no nos quitaba el ojo de encima, y yo estaba inquieto, pues sabía que sería preciso que inventáramos mucho del ritual, e ignoraba si aquel hombre se hallaba enterado. El viejo sacerdote era un desconocido venido de más allá del poblado de Bashkai. Justo cuando Dravot se puso el mandil que le habían hecho las muchachas, el sacerdote da un grito y un rugido y quiere voltear la piedra en que estaba sentado Dravot.

»—¡Ya sucedió! —digo yo—. ¡Eso viene por meterse con la masonería sin tener permiso!

»Dravot no pestañeó, aun después de que diez sacerdotes tomaron y empinaron la silla del venerable, o sea, la piedra de Imbra. Los sacerdotes comienzan a frotar la parte inferior de la piedra para quitarle el lodo negro que la cubre, y enseguida el más viejo de ellos muestra a los demás sacerdotes el signo de gran maestre grabado en la piedra. Era el mismo que llevaba el mandil de Dravot, y ni aun los sacerdotes del templo de Imbra sabían que estaba allí. El anciano cae postrado en tierra a los pies de Dravot y se los besa.

»—Seguimos estando de suerte —me dice Dravot desde la otra punta de la logia—; aseguran que es el Signo Perdido cuya significación nadie puede dar. Nuestra situación es ya perfectamente sólida. —Como no había mazo presidencial, Dravot emplea la culata de su rifle y dice—: ¡Por virtud de la autoridad de que estoy investido y que me viene de mi mano derecha y de la cooperación de Peachey, me declaro Gran Maestre de toda la francmasonería de Kafiristán en esta Logia central del país, y rey de Kafiristán en compañía de Peachey!

»Él se ciñe su corona y yo la mía (desempeñaba yo las funciones de primer vigilante) y abrimos la logia en más amplia forma. ¡Fue un milagro asombroso! Los sacerdotes hacían todos los movimientos rituales y ceremonias de los dos primeros grados sin que hubiera casi necesidad de hacerles indicaciones, como si les volviese un recuerdo perdido. Después, Peachey y Dravot promovieron a los más dignos: el alto sacerdocio y los jefes de poblados distantes. A Billy Fish le tocó el primer ascenso, y puedo asegurar que casi lo desollamos en la ceremonia. No se efectuó esta según las reglas estrictas del ritual, pero sirvió para nuestros propósitos. Solo otorgamos la gracia a diez de los personajes más caracterizados, pues no entraba en nuestra política vulgarizar el grado. Y muchos clamaban por la distinción.

»—Dentro de otros seis meses —dice Dravot— habrá otra Comunicación, y veremos cómo estáis trabajando. —Después les pide informes acerca de sus

poblados, y se entera de que luchan unos contra otros, y de que ya los cansaba esa vida. Y cuando no se desgarraban en contiendas locales las tenían con los mahometanos—. A estos los combatiremos cuando vengan a nuestro territorio —dice Dravot—. Escoged uno de cada diez hombres de vuestras tribus para formar la guardia de la frontera, y que haya aquí constantemente doscientos para el ejercicio militar. A nadie se lo fusilará ni se lo alanceará mientras se porte bien, y yo sé que no vais a engañarme, porque sois de raza blanca, hijos de Alejandro, y no como esos vulgares negros mahometanos. ¡Vosotros sois *mi* pueblo y, por Dios —dice hablando en inglés al final—, os constituiré en una nación espléndida o moriré en el empeño!

»Me es imposible referir todo cuanto hicimos durante los seis meses que siguieron, porque a la obra de Dravot no se le veía el fin, y aprendió la lengua con una perfección que yo no pude alcanzar. Mi tarea era dirigir los trabajos de labranza y de cuando en cuando salía con algunos de los del ejército para ver lo que se hacía en los otros poblados, y para que tendieran puentes de cuerdas sobre los abismos que cortan este hórrido país. Dravot era muy bondadoso conmigo, pero cuando se paseaba por los pinares mesándose la barba roja como la sangre era señal de que ideaba planes en los cuales mi opinión carecía de objeto, y yo me limitaba en tales casos a esperar sus órdenes.

»Mas Dravot nunca me mostró poco miramiento en presencia del pueblo. Todos me temían y temían al ejército, pero Dan era amado. Era el mejor de los amigos para los sacerdotes y los jefes; pero cualquiera podía acudir con sus quejas, y Dravot lo escuchaba, y convocaba en consulta a cuatro sacerdotes para resolver lo que se debería hacer. Llamaba también a Billy Fish de Bashkai, y a Pikky Kergan de Shu, y a un viejo jefe a quien llamábamos Kafuzelum (así, más o menos, sonaba su nombre auténtico), y celebraba con ellos consejos para los combates que era necesario librar en los poblados. Estos hombres formaban su Consejo de Guerra, y los cuatro sacerdotes de Bashkai, Shu, Khawak y Madora formaban el Consejo Privado. Todos estos consejeros acordaron mandarme con cuarenta hombres y veinte rifles, y otros sesenta hombres cargados de turquesas, para que comprara en el país de Ghorband los rifles Martini hechos a mano que salen de los talleres del emir en Kabul, pues los regimientos del emir son capaces de dar hasta los dientes de sus soldados a cambio de turquesas.

»Permanecí un mes en Ghorband, y con mis mejores turquesas soborné al gobernador, y corrompí al coronel del regimiento con otras turquesas, y puse de acuerdo a los dos y, auxiliado por los jefes de tribu, saqué de allí más de cien Martinis fabricados a mano, cien buenos Kohat Jezails, de un alcance de seiscientos metros, y cuarenta cargas de pésimas municiones para los rifles. Volví con mis efectos y los distribuí entre los hombres que los jefes me enviaron para su instrucción militar. Dravot estaba muy ocupado para dedicarse a estos trabajos, pero el primer ejército que habíamos organizado me prestó una inmensa ayuda, y en poco tiempo adiestramos quinientos hombres capaces de maniobrar y doscientos que sabían el

manejo de las armas. Incluso aquellos malditos fusiles, que parecían sacacorchos, les produjeron el efecto de máquinas maravillosas. Dravot entreveía grandes planes para establecer talleres mientras se paseaba por los pinares al tiempo que el invierno se aproximaba.

»—No quiero fundar una Nación —dice—. ¡Quiero fundar un Imperio! Estos hombres no son negros; ¡son ingleses! Mira sus ojos, mira sus bocas. Mira cómo se yerguen. Se sientan en sillas en sus propias casas. Son las Tribus Perdidas, o algo así, y han acabado siendo inglesas. Si los sacerdotes no se asustan haré un censo en la primavera. Debe de haber dos millones largos de habitantes en estas montañas. Los poblados están llenos de niños. Dos millones de habitantes (un ejército de doscientos cincuenta mil hombres), ¡y todos ingleses! No necesitan sino rifles y ejercitarse en la táctica. ¡Doscientos cincuenta mil hombres, preparados para cortar el flanco derecho de Rusia cuando esta se lance sobre la India! Peachey, amigo —dice mordiéndose la barba—, seremos emperadores, ¡los emperadores de la Tierra! El rajá Brooke será como un niño de pecho en comparación con nosotros. El virrey y yo hablaremos de igual a igual. Le pediré que me mande doce ingleses muy escogidos… pues necesitamos colaboradores en el Gobierno. Está Mackray, el sargento jubilado de Segowli, y por cierto que él me dio de comer muchas veces y que su esposa me obsequió con un pantalón. Está Donkin, el alcaide de la cárcel de Tounghoo. Hay centenares de hombres de quienes echaría mano si estuviera en la India. El virrey lo hará por mí. Voy a enviar un hombre en la primavera para que los traiga, y pediré dispensa a la masonería por lo que he hecho como gran maestre. Eso… y que me manden todas las armas de sistema Sniders que sean inutilizadas cuando las tropas nativas de la India adopten el Martini. Estarán viejas y malas, pero en estas montañas nos servirán admirablemente para nuestras empresas militares. Doce ingleses, cien mil Sniders que nos enviarán por el país del emir en pequeñas partidas (me contentaré con veinte mil durante el primer año), y ya somos imperio. Cuando todo esté a flote, yo cederé mi corona (esta corona que llevo en la cabeza) y me arrodillaré ante la reina Victoria, y ella me dirá: “Levantaos, *sir* Daniel Dravot”. ¡Oh, eso es grandeza! ¡Es llegar a las alturas, te lo digo yo! Pero hay tanto que hacer en todas partes: Bashkai, Khawak, Shu, y todos los demás sitios.

»—Y ¿qué ocupación me queda? —digo—. Ya no falta dar instrucción militar en este otoño. Mira esos nubarrones. Van a traernos mucha nieve.

»—Si no es eso —dice Daniel poniéndome la mano con fuerza sobre el hombro—; y no quiero decir nada contra ti, pues no hay nadie que me hubiera seguido y secundado como tú lo has hecho. Tú eres un comandante en jefe de primer orden y ya todo el pueblo lo sabe, pero… el país es grande y tú no puedes ayudarme, Peachey, como yo quiero que se me ayude.

»—Pues que te ayuden tus condenados sacerdotes —dije, y lo lamenté tras hacer este comentario, pero no podía dejar de sentirme dolido al ver ese aire de

superioridad con que me trataba Daniel, cuando yo había enseñado la disciplina al ejército y me prestaba a todo de tan buena voluntad.

»—No discutamos, Peachey —dice Daniel sin lanzar una sola blasfemia—. Tú eres rey como yo y la mitad de este reino te pertenece; pero ¿no te haces cargo, Peachey, de que ahora necesitamos hombres más inteligentes que nosotros? Bastará que tengamos tres o cuatro como virreyes. Es un Estado inmenso y muchas veces no sé lo que conviene decir y hacer, y no tengo tiempo para hacer todo lo que se necesita, y el invierno se nos echa encima, y muchas cosas más. —Se metió en la boca la mitad de la barba, toda roja como el oro de su corona.

»—Lo siento, Daniel —digo yo—. He hecho cuanto he podido. He enseñado a formar y a marchar y cuidado de que se hagan las siembras con todas las reglas de la agricultura, y he traído esos tubos de hojalata de Ghorband… pero ya sé lo que te pasa. Conozco las tribulaciones de los reyes.

»—Hay también otra cosa —dice Dravot paseándose con agitación—. El invierno se aproxima y estos no nos han de dar trabajo para dominarlos, y aunque nos lo den será imposible ir a campaña. Necesito esposa.

»—¡Por Dios, quítate de pensar en mujeres! —digo—. Los dos hacemos lo que se puede, aunque yo *sea* un necio. Acuérdate del Contrato y no pienses en mujeres.

»—El Contrato fue válido solo hasta que nos hicimos reyes; y reyes hemos sido durante todos estos meses pasados —dice Dravot sopesando su corona—. Y tú también vas a casarte, Peachey, con una moza rolliza y alta que te caliente en invierno. Son más bonitas que las inglesas, y podemos escoger lo mejor. Con una o dos pasadas que les demos por agua caliente saldrán como pollo con jamón.

»—¡No me tientes! —digo—. Yo no quiero tratos con mujer hasta que nos hayamos consolidado más de lo que estamos. Yo he trabajado como dos y tú como tres. Démonos un respiro y pensemos en tener el mejor tabaco del país afgano, y también algo de alcohol del bueno; pero nada de mujeres.

»—¿Quién habla de *mujeres*? —dice Dravot—. Yo he dicho *esposa*: una reina para perpetuar la dinastía. Una reina salida de la tribu más fuerte, para emparentar con la nobleza y para que los individuos de la misma sangre de la soberana se unan a nuestra causa y nos digan lo que el pueblo piensa y desea. A eso me refiero.

»—¿Recuerdas aquella bengalesa que yo tenía en Mogul cuando trabajaba allí como asentador del ferrocarril? —digo—. Era muy buena. Me enseñó el idioma y una o dos cosas más; pero ¿qué sucedió? Se fue con el criado del jefe de estación y se llevó una quincena de mi salario. Después anduvo en el empalme de Dadur con un mestizo y tuvo la desvergüenza de decir que yo era su marido, y lo contaba a todos los empleados de la estación.

»—Eso es agua pasada —dice Dravot—; aquí hay mujeres más blancas que tú y que yo, y he de tener una reina para el invierno.

»—Te lo pido por última vez, Dan, *no* lo hagas —digo—. Tan solo nos traerá complicaciones. La Biblia manda que los reyes no malgasten sus fuerzas a causa de

las mujeres, especialmente cuando tienen que gobernar un reino nuevo en bruto.

»—Y por última vez contesto que lo quiero y lo haré —dijo Dravot, y se alejó por los pinares como un gran diablo rojo, pues el sol le iluminaba la corona y las barbas y todo.

»Pero conseguir esposa no era tan fácil como pensaba Dan. Expuso su plan en el Consejo y nadie contestó hasta que Billy Fish dijo que se dirigiera a las interesadas. Dravot dijo horrores de todos los ministros.

»—¿Qué tengo yo? —grita de pie junto al ídolo Imbra—. ¿Se me cree acaso un perro o no soy digno de vuestras mujerzuelas? ¿No he extendido la sombra de mi mano sobre este país? ¿Quién lo defendió contra la última incursión afgana? —Yo era el verdadero héroe de aquella lucha, pero Dravot estaba demasiado irritado para acordarse—. ¿Quién os ha traído armas? ¿Quién ha reparado los puentes? ¿Quién es el gran maestre del signo grabado en la piedra? —dice, y golpeó con la mano la piedra en que tomó asiento para fundar la logia, y que le servía también para presidir los consejos, que se abrían siempre como tenidas de logia. Billy Fish guardó silencio, e igualmente los otros.

»—Cálmate, Dan —dije yo—; y dirige tus pretensiones a las jóvenes casaderas. Así se hace en Inglaterra, y estos son completamente ingleses.

»—El matrimonio del rey es un asunto de Estado —dice Dan en un acceso de rabia, pues podía sentir, espero, que obraba contra las tendencias de su mejor juicio. Salió de la sala del Consejo, en tanto que sus ministros permanecían en silencio, con los ojos clavados en el suelo.

»—Billy Fish —le digo yo al Jefe de Bashkai—, ¿qué pasa aquí y cuál es la dificultad? Dé usted una respuesta franca como cumple entre buenos amigos.

»—Ya lo sabe usted —dice Billy Fish—. ¿Cómo ha de ignorarlo el que todo lo sabe? ¿Pueden por ventura las hijas de los hombres casarse con dioses o demonios? No es conveniente.

»Yo recordaba haber leído algo semejante en la Biblia; pero si, después de conocernos tan a fondo, aquellas gentes persistían en creernos dioses, no iba a ser yo quien las sacara de su error.

»—Un dios lo puede todo —digo yo—. Si el rey quiere a una muchacha no permitirá que esta muera.

»—Ella tendrá que morir —dijo Billy Fish—. Hay muchas clases de dioses y de diablos en estas montañas, y de vez en cuando una muchacha se casa con uno de ellos y no volvemos a verla. Además, ustedes conocen el Signo grabado en la piedra. Eso es atributo de los dioses. Nosotros creímos que ustedes eran hombres hasta que nos mostraron el signo del maestre.

»Yo habría querido explicarle la pérdida de los secretos auténticos de la masonería; pero guardé silencio. Toda esa noche se oyó el sonido de los cuernos en un adoratorio sombrío que estaba a media ladera, y oí también los lamentos de una

muchacha que se preparaba a morir. Una de los sacerdotes nos dijo que era la destinada a casarse con el rey.

»—Dejémonos de necedades de ese estilo —dice Dan—. No alteraré vuestras costumbres, pero deseo tomar esposa a mi antojo.

»—La muchacha está algo atemorizada —dice el sacerdote—. Cree que va a morir y la están confortando en el templo.

»—Pues confortadla con más ternura —dice Dravot— o yo os confortaré con la culata de un rifle hasta que no tengáis necesidad de otros consuelos.

»Dan se relamió los labios y estuvo paseándose más de la mitad de la noche, pensando en la esposa que iba a tener por la mañana. Yo no me sentía muy tranquilo, pues sabía que los tratos con mujeres en el extranjero, aunque estuviera uno veinte veces ungido como rey, no podían sino ser arriesgados. Me levanté muy temprano mientras Dravot estaba dormido, y vi que los sacerdotes hablaban en susurros, y los jefes también, mirándome de reojo.

»—¿Qué pasa, Fish? —le digo al de Bashkai, quien estaba muy arrebujado en su zalea y presentaba el más espléndido aspecto de guerrero.

»—No sabría decirlo exactamente —dice—, pero si persuade usted al rey de que no piense en esa tontería del matrimonio me prestarán ustedes un servicio muy grande y se lo harán a sí mismos.

»—Esa es también mi opinión —digo—. Pero ya sabe usted, Billy, tan bien como yo, puesto que se ha batido contra y con nosotros, que el rey y yo somos nada más que dos de los hombres más notables que ha creado el Supremo Hacedor. Nada más, yo se lo aseguro.

»—Bien puede ser —dice Billy Fish—, y, sin embargo, yo lo sentiría mucho si así fuera. —Hunde la cabeza entre los vellones de su zalea y reflexiona un breve lapso —. Rey —dice—, ya sean ustedes hombres, dioses o diablos, yo me pondré a su lado en este día de prueba. Tengo aquí veinte de los míos, y me seguirán. Nos retiraremos a Bashkai hasta que pase esta turbonada.

»Había nevado durante la noche y todo era blanco menos los nubarrones grises que avanzaban del norte. Dravot salió con su corona en la cabeza, moviendo los brazos y haciendo cabriolas, más contento que un truhán de feria.

»—Por última vez te lo digo: hay que renunciar a eso, Dan —digo en voz muy baja y discreta—. Aquí está Billy Fish y asegura que tendremos un zafarrancho.

»—¡Disturbios en mi reino y entre mis súbditos! —dice Dravot—. No lo creas, Peachey, eres un necio por no casarte también. ¿Dónde está la muchacha? —dice con una voz como un rebuzno de garañón—. Convoca a todos los jefes y sacerdotes para que el emperador vea en su presencia a la esposa que le ha sido destinada y diga si es de su agrado.

»No era menester hacer convocatoria alguna. Todos estaban allí apoyando las manos en las bocas de sus rifles o en el regatón de sus picas, rodeando el claro que había en el centro del pinar. Un grupo de sacerdotes avanzó hacia el templo para traer

a la muchacha, y las trompetas de cuerno sonaron con tal estrépito como para despertar a los muertos. Billy Fish da un rodeo y se coloca lo más cerca posible de Daniel, con sus veinte arcabuceros. Ninguno de esos hombres tenía menos de un metro noventa. Yo estaba junto a Dravot, y detrás de mí había veinte hombres del ejército de línea. Sale la muchacha, que era una moza muy garrida, toda cubierta de plata y de turquesas, pero pálida como la muerte y dirigiendo constantemente miradas a los sacerdotes.

»—De primera —dijo Dan, examinándola de pies a cabeza—. ¿Por qué tienes miedo, mozuela? Ven y dame un beso. —La abraza. Ella cierra los ojos, da un grito y hunde la cabeza en el costado de la llameante barba roja de Dan—. ¡La muy puerca me ha mordido! —dice este llevándose la mano al cuello y retirándola cubierta de sangre. Billy Fish y dos de sus arcabuceros cogen a Dan por los hombros y se lo llevan al grupo de Bashkai, mientras los sacerdotes dan aullidos y gritan en su lengua: “¡No es dios, ni es diablo, sino hombre!”. Yo fui arrojado hacia atrás, pues un sacerdote se me interpuso, y el ejército de línea rompió fuego contra los soldados de Bashkai.

»—¡Dios Todopoderoso! —dice Dan—. ¿Qué es esto?

»—¡Atrás! ¡Salga usted! —dice Billy Fish—. Se le han sublevado y es la ruina. Veamos si es posible abrirnos paso y retirarnos a Bashkai.

»Yo intentaba dar órdenes a mis soldados (los del ejército regular), pero fue imposible lograr que se me obedeciera, conque disparé con un Martini auténtico contra ellos y atravesé a tres de aquellos badulaques en fila. Todo el valle resonaba con los alaridos y maldiciones de los salvajes, que no cesaban de dar voces diciendo: “¡No es dios, ni es diablo, sino hombre!”. Las tropas de Bashkai hicieron prodigios de fidelidad a Billy Fish, pero sus arcabuces no eran ni la mitad de buenos que los cargadores de recámara de Kabul, y cuatro de los de Bashkai cayeron. Dan bramaba como un toro, pues estaba furiosísimo; y Billy Fish se las veía y se las deseaba para impedir que se lanzase fuera de filas.

»—¡No podemos sostenernos! —dice Billy Fish—. ¡Emprendamos una retirada por la cuesta y el valle! Toda la localidad está contra nosotros.

»Los arcabuceros echaron a correr y bajamos hacia el valle a pesar de la resistencia de Dravot. Blasfemaba este como un condenado y gritaba que él era el rey. Los sacerdotes echaban a rodar grandes rocas por la pendiente, y el ejército regular nos hacía un fuego graneado, y después de pasar revista en el fondo del valle vimos que habíamos llegado con vida nada más que seis soldados, Dan, Billy Fish y Yo.

»Entonces suspendieron el fuego y volvieron a resonar en el templo los acentos de las trompetas de cuerno.

»—¡Huyamos, por Dios, huyamos! —dice Billy Fish—. Ya mandan emisarios a todos los poblados para que nos corten el paso. Yo los protegeré a ustedes en Bashkai, pero aquí nada puedo hacer.

»Para mí, Dan ya estaba loco desde aquel momento. Miraba a derecha e izquierda con ojos de cerdo degollado. Intentaba volver solo a matar con sus propias manos a los sacerdotes; lo cual habría sido capaz de hacer.

»—Soy emperador —dice Daniel— y dentro de un año seré elevado a la dignidad de par por Su Majestad la Reina.

»—Sí, es verdad, Dan —digo—, pero ven y salvémonos aprovechando los breves instantes que nos quedan.

»—Todo es culpa tuya —dice— por desatender al ejército. Estaba minado por el espíritu de la rebelión y tú no lo sabías; eres un desgraciado, un maquinista, un empleaducho de ferrocarriles, un cualquiera…

»Se dejó caer sobre un pedrusco y me espetó cuanto insulto le vino a la boca. Yo tenía el corazón en un puño, y poco se me daba de aquella andanada de ultrajes, pues era evidente la causa de nuestro fracaso debido solo a su necedad.

»—Siento decírtelo, Dan —digo—, pero no puede uno contar con los indígenas. Esto que nos pasa es nuestra sublevación de los cipayos. Tal vez podamos aún dominar la rebelión si nos es posible llegar a Bashkai.

»—¡Vayamos a Bashkai, pues —dice Dan—, y por Dios juro que a mi vuelta no quedará vivo uno solo de esos miserables insectos del valle!

»Caminamos durante todo aquel día, y Daniel pasó toda aquella noche dando paseos por la llanura cubierta de nieve, mordiéndose la barba y hablando consigo mismo.

»—No hay esperanzas de salir a terreno seguro —dijo Billy Fish—. Los sacerdotes ya habrán enviado emisarios a los poblados para decirles que ustedes son simples mortales. ¿Por qué no se sostuvieron en su posición de dioses hasta que el Gobierno se hubiera consolidado? Soy hombre muerto —dice Billy Fish, y se deja caer postrado sobre la nieve y comienza a implorar auxilio de sus dioses.

»A la mañana siguiente nos encontramos en unas tierras muy crueles, en que todo se volvía subidas y bajadas, sin una sola llanura ni recursos para la subsistencia. Los seis soldados de Bashkai miraban a Billy Fish con caras de hambre como si quisieran preguntar algo, pero no despegaron los labios. Al mediodía nos encontramos en la meseta de una alta montaña cubierta de nieve, y no bien habíamos trepado para llegar a ella divisamos (¡oh maravilla!) un ejército en orden de batalla.

»—Los emisarios no se han dormido —dice Billy Fish con una risilla—. Esos que están allí nos esperan.

»Tres o cuatro hombres del enemigo comenzaron a disparar, y uno de ellos hirió a Daniel en la pantorrilla. Esto lo volvió a la realidad. Mira el ejército que estaba allí formado y reconoce los rifles que nosotros mismos habíamos llevado al país.

»—Estamos perdidos —dice—. Esos son ingleses, no cabe duda, y mi maldita necedad os ha traído a esta situación. Retírese, Billy Fish, con su gente; ha hecho cuanto ha podido, y ahora sálvese. Carnehan —dice—, dame la mano y vete con

Billy. Tal vez no os maten. Yo voy a hacerles frente a solas. Yo soy el autor de todo. ¡Yo, el rey!

»—¡Irme! —digo—. ¡Vete al infierno, Dan! Aquí me tienes a tu lado. Billy Fish, despeje usted el campo y déjenos para entendernos con toda esa gente.

»—Yo soy un Jefe —dice Billy Fish con gran calma—. Yo estoy aquí al lado de ustedes. Mis soldados pueden irse.

»Los soldados de Bashkai no aguardaron a que se repitiese la invitación, sino que emprendieron la fuga a todo correr, y Dan y Yo y Billy Fish avanzamos adonde sonaban los tambores y los cuernos. Hacía frío, un frío insoportable. Todo ese frío me queda todavía dentro de la cabeza. Un poco a lo menos».

Los culis encargados del *punkah* se habían ido a dormir. Dos lámparas de petróleo ardían en la oficina y mi frente sudaba tanto que caían las gotas sobre el papel secante mientras estaba inclinado hacia adelante. Carnehan tiritaba, y yo temía que le diese un ataque. Me enjugué el sudor, estreché más aún las manos lastimosamente mutiladas del narrador y dije:

—¿Qué pasó después?

El fluir de sus recuerdos se había cortado por la momentánea ausencia de la mirada que yo clavaba en él.

—¿Qué es lo que dice usted? —preguntó Carnehan con voz quejumbrosa—. Se los llevaron muy silenciosamente por la llanura cubierta de nieve, sin hablar una sola palabra. Nada les dijeron, a pesar de que el rey derribó de un golpe al primero que se acercó para prenderlo, y a pesar de que el bueno de Peachey estuvo haciendo fuego hasta que se le acabaron las municiones. Esos cochinos no hablaban. Nada más que apretaban, y sus correas eran muy duras. Había allí uno que se llamaba Billy Fish, muy amigo de nosotros, y lo degollaron, señor, allí mismo, como si fuera un cerdo; y el rey patea sobre la nieve ensangrentada y dice:

»—Hasta ahora no va mal. ¿Qué sigue?

»Pero Peachey, Peachey Taliaferro, le digo a usted, señor, en confianza entre dos amigos, ese sí perdió la cabeza, señor. No, ninguno de los dos perdió la cabeza. El rey sí la perdió, al pasar por uno de esos puentes de cuerdas que tienen un abismo y un río abajo. Présteme usted la plegadera, señor. Tenían esta inclinación. Se lo llevaron más de un kilómetro por la nieve hacia uno de esos puentes sobre el río. Ya los ha de haber visto usted. Lo llevaban pinchándolo por detrás como si fuera un buey.

»—¡Maldita canalla! —dice el rey—. ¿Creéis que no sé morir como un caballero? —Se dirigió a Peachey, a Peachey que lloraba como un niño—. Por mí te ves en estas, Peachey —dice—. Yo te saqué de tu feliz existencia para que te maten en Kafiristán, donde has sido comandante en jefe de las fuerzas del emperador. Di que me perdonas, Peachey.

»—Te perdono —dice Peachey—. Te perdono libremente y de todo corazón, Dan.

»—Dame la mano, Peachey —dice—. Ya me voy. —Y se va sin mirar a derecha ni a izquierda, y cuando estuvo en medio del puente de vertiginosas cuerdas que

bailaban grita—: Cortad, granujas. —Y ellos cortan las cuerdas, y el buen Dan cayó, dando volteretas y volteretas y volteretas, treinta mil kilómetros, pues tardó media hora en llegar al agua, y yo vi su cuerpo sobre una roca con la corona de oro a un lado.

»Pero ¿sabe usted lo que le hicieron a Peachey entre dos pinos? Lo crucificaron, señor, como puede verse en la mano de Peachey. Le taladraron las manos y los pies con estacas; y no murió. Estuvo allí todo un día dando gritos y lo bajaron al día siguiente, y decían que por un milagro no había muerto. Lo bajaron… al pobre viejo Peachey que nada les había hecho, que nada les había…».

Los sollozos sacudieron su cuerpo y lloró con amargura, limpiándose las lágrimas con el dorso de su mano mutilada y gimiendo como un niño durante cerca de diez minutos.

—Fue muy cruel que se lo llevaran al templo y lo mantuvieran allí, porque decían que él era más dios que el buen Daniel, que era un hombre. Después lo sacaron a la nieve y le dijeron que se fuera a su patria, y Peachey tardó en el camino un año, mendigando para vivir sin que nadie le hiciese daño; pues Daniel Dravot iba delante y decía: «Adelante, Peachey. Nuestra empresa es grandiosa». Por la noche bailaban las montañas, y las montañas querían precipitarse sobre la cabeza de Peachey, pero Daniel levantaba la mano y Peachey seguía adelante más encorvado. Siempre tenía la protección de la mano de Dan y su cabeza lo guiaba. En el templo se la dieron como un regalo, para recordarle que no volviera a aquel país, y aunque la corona era de oro puro, y Peachey pasaba muchísima hambre, Peachey nunca la vendió. ¡Usted conoció a Dravot, señor! ¡Usted conoció a Su Gracia el Hermano Dravot! ¡Mírelo usted!

Hurgó en el amasijo de harapos del encorvado pecho; sacó una bolsa negra de cerda de caballo bordada con hilo de plata, y arrojó sobre mi mesa… ¡la amojamada cabeza de Daniel Dravot! La luz del sol, que había vencido a la de las dos lámparas, iluminó con sus rayos la barba roja y los ojos apagados; arrancó reflejos también a un pesado círculo de oro tachonado de turquesas que Carnehan colocó tiernamente sobre las sienes mustias.

—Vea usted ahora —dijo Carnehan— al emperador tal como era cuando vivía; el rey de Kafiristán ciñendo su corona. ¡El pobre Daniel que una vez fue monarca!

Yo me estremecí, pues a pesar sus múltiples desfiguraciones reconocí la cabeza del hombre del empalme de Marwar. Carnehan se levantó para salir. Intenté detenerlo. Era imposible que saliera en aquel estado.

—Permítame usted llevarme el *whisky* y deme algo de dinero —dijo con voz apagada—. Yo fui rey una vez. Iré a la Comisaría para que se me dé un lugar en el asilo mientras recobro la salud. No, gracias, no me es posible esperar hasta que usted envíe por un carruaje. Tengo asuntos privados urgentes… en el sur… en Marwar.

Salió casi arrastrándose y se encaminó en dirección a la Comisaría. Ese mediodía tuve que pasar por la Avenida y su calor cegador, y vi a un hombre encorvado que se arrastraba sobre el polvo blanco de la calzada, con el sombrero en la mano,

canturreando tristemente como los artistas callejeros de la madre patria. No había un alma en toda la extensión de la plaza, y nadie podía escucharlo desde las casas que había en torno. Y él canturreaba moviendo la cabeza de derecha a izquierda:

El Hijo del Hombre marcha a la guerra;
Hay una corona dorada por ganar;
Su estandarte rojo como la sangre ondea en lontananza.
¿Quién lo seguirá?

No tuve necesidad de más, y coloqué al desdichado en mi carruaje y lo llevé al misionero más cercano para que este se encargara de buscarle lugar en el asilo. Repitió el himno dos veces y no me reconoció mientras estaba conmigo, y lo dejé cantándoselo al misionero.

Dos días después pregunté por su salud al superintendente del asilo.

—Se lo recibió como insolado. Murió ayer a primera hora de la mañana —dijo el superintendente—. ¿De veras estuvo media hora sin sombrero recibiendo los rayos del sol del mediodía?

—Sí —dije—. Pero ¿sabe usted si por casualidad llevaba algo encima cuando murió?

—No que yo sepa —dijo el superintendente.

Y ya no hay más que contar.

LA HISTORIA MÁS BELLA DEL MUNDO

Luengos tiempos llevaban en su tumba
del viejo mundo los gallardos días;
yo era de Babilonia el soberano
y entonces eras tú esclavo cristiano

W. E. HENLEY

Se llamaba Charlie Mears; era hijo único de su madre, que era viuda, y vivía en el norte de Londres, desde donde se trasladaba todos los días a la City para trabajar en un banco. Tenía veinte años y estaba rebosante de aspiraciones. Lo conocí en un salón público de billares donde el encargado de marcar lo tuteaba, en tanto que él llamaba al encargado de marcar «Ojo de buey». Charlie explicó, un poco nervioso, que solo había ido a aquel sitio a mirar, y como hacer de mirón en los juegos de destreza no es una diversión barata para los jóvenes, insinué a Charlie que se volviese a casa con su madre.

Ese fue nuestro primer jalón hacia un mejor conocimiento mutuo. A veces me visitaba por las tardes en vez de perder el tiempo por las calles de Londres con sus compañeros de trabajo; y al cabo de poco tiempo, hablando sobre sí mismo como es obligado en un hombre joven, me confió sus aspiraciones, que eran todas literarias. Anhelaba forjarse un nombre inmortal sobre todo por medio del verso, aunque no le hacía ascos a enviar cuentos de amor y muerte a las revistas de las máquinas tragaperras. Era mi sino aguantar sentado mientras Charlie me leía poesías de varios centenares de versos y abultados fragmentos de obras teatrales que sin duda iban a conmover al mundo. Mi premio era la confianza ilimitada que me tenía, y las confidencias y desventuras de un joven son casi tan sagradas como las de una doncella. Charlie nunca se había enamorado, pero estaba dispuesto a hacerlo a la primera oportunidad; creía en todo lo bueno y en todo lo honroso, pero al mismo tiempo tenía buen cuidado de mostrarme que sabía desenvolverse en el mundo como convenía a un empleado de banco que gana veinticinco chelines a la semana. Rimaba «amor» con «dolor» y «bella» con «estrella», y creía con fervor que era el primero en hacer rimar estos vocablos así. Los largos huecos que dejaban sus obras de teatro cojas, los tapaba con apresuradas palabras de disculpa y descripción, y seguía avanzando inexorablemente, viendo con tanta claridad todo lo que pensaba hacer que lo daba por ya hecho, y se volvía hacia mí para recoger mi aplauso.

Me parece que su madre no lo alentaba en sus aspiraciones; y me consta que su escritorio en su casa era el borde del lavabo. Esto me lo contó casi al inicio de nuestra relación, cuando saqueaba los estantes de mi biblioteca, y un poco antes de implorarme que le dijese la verdad sobre sus esperanzas de «escribir algo realmente

grande, ya sabes». Quizá yo lo alentaba en exceso, pues cierta tarde me vino a ver, llameantes los ojos por la emoción; y dijo trémulo:

—¿Te importa…, me permites quedarme aquí para escribir toda la tarde? No te interrumpiré, de verdad. En casa no tengo donde escribir.

—¿Cuál es el problema? —dije, sabiendo muy bien cuál era el problema.

—Tengo en la cabeza una idea que puede convertirse en la historia más bella jamás escrita. Déjame escribirla aquí. ¡Es *tal* idea!

Imposible resistirse a semejante llamamiento. Le preparé una mesa; apenas si me dio las gracias, sino que se enfrascó de inmediato en su tarea. Durante media hora la pluma corrió sin interrupción. Entonces, Charlie dejó escapar un suspiro y se tiró de los pelos. La pluma corrió más despacio, las tachaduras se multiplicaron, y al final la escritura cesó. La historia más bella del mundo no salía.

—Ahora parece una sarta de tonterías —dijo apesadumbrado—. Y sin embargo parecía tan bueno cuando lo estaba desenvolviendo en mi imaginación. ¿Qué pasa?

No podía descorazonarlo diciendo la verdad. Así que contesté:

—Quizá no estés inspirado para escribir.

—Sí que lo estoy…, menos cuando miro lo que me sale. ¡Puaf!

—Léeme lo que has escrito —dije.

Lo leyó, y era colosalmente malo, y hacía una pausa después de todas las frases más ampulosas, como para darme tiempo a expresar mi aprobación; pues estaba orgulloso de tales frases, como era de esperar.

—Haría falta condensarlo —sugerí cautamente.

—Me revienta mutilar mis obras. No creo que aquí se pudiese alterar una palabra sin estropear el sentido. Suena mejor leyéndolo en voz alta que mientras lo escribía.

—Charlie, adoleces de una enfermedad alarmante que aflige a una clase numerosa. Deja a un lado lo que has hecho y revísalo dentro de una semana.

—Lo quiero hacer enseguida. ¿Qué opinión te merece?

—¿Cómo formarme opinión por un relato a medio escribir? Cuéntame la historia tal como te la imaginas.

Charlie la contó y en su narración estaba todo lo que su torpeza había tenido muy buen cuidado de que no saliese a relucir en el relato escrito. Lo miré, preguntándome si era posible que no percibiera lo original, lo poderosa que era la idea con la que se había topado. Era inconfundiblemente una Idea entre ideas. Algunos hombres se habían henchido de orgullo al alumbrar ideas diez veces menos excelentes y practicables. Pero Charlie seguía barbotando serenamente, interrumpiendo el fluir de pura fantasía con muestras de frases abominables que pensaba emplear. Lo escuché hasta el fin. Sería una insensatez abandonar aquella noción a sus torpes manos cuando yo podía hacer tanto con ella. No todo lo que podía hacerse, desde luego; pero ¡ah, tanto!

—¿Qué opinas? —dijo por último—. Estoy por titularla *Historia de un barco*.

—Creo que la idea está bastante bien; pero tú no podrás con ella siendo tan largo su desarrollo. Ahora bien, yo…

—¿Te serviría a ti de algo? ¿Quieres tomarla? Sería un honor para mí —se apresuró a decir Charlie.

Pocas cosas hay más dulces en este mundo que la admiración inocente, fanática, irrefrenable, espontánea, de quien es más joven que uno. Incluso la mujer más ciegamente leal no acompasa su andar al del hombre al que adora, ni ladea su cofia al ángulo de su sombrero, ni salpica su conversación con los juramentos predilectos de él. Y Charlie hacía todas estas cosas. Aun así me era preciso tranquilizar la conciencia antes de apropiarme de los pensamientos de Charlie.

—Hagamos un trato. Te doy un billete de cinco libras por la idea —le dije. Charlie se convirtió instantáneamente en un empleado de banco:

—Ah, eso es imposible. Entre camaradas, ya sabes, si es que puedo darte ese nombre, y hablándote como un hombre de mundo, no podría aceptar. Quédate con la idea si puede servirte de algo. Yo tengo montones.

Sí que las tenía —nadie lo sabía mejor que yo—, pero eran ideas ajenas.

—Míratelo como una cuestión de negocios entre hombres de mundo —repliqué —. Con cinco libras puedes comprar cantidad de libros de poesía. Los negocios son los negocios, y puedes tener la seguridad de que no te abonaría esa suma a menos que…

—Oh, si lo expresas *así*-dijo Charlie, visiblemente impresionado por la perspectiva de los libros. El trato se cerró con el acuerdo de que vendría a verme periódicamente con todas las ideas de que fuera poseedor, que dispondría de una mesa para él solo donde poder escribir, y el derecho incontestable de infligirme todos sus poemas y fragmentos de poemas. Después dije:

—Ahora cuéntame cómo te topaste con esta idea.

—Se presentó sola. —Los ojos de Charlie se agrandaron un poco.

—Bueno, pero me has explicado muchas cosas acerca del protagonista que antes has tenido que leer en alguna parte.

—No tengo tiempo para leer, excepto cuando me permites quedarme aquí, y los domingos salgo en bicicleta o bajo al río el día entero. En el protagonista no hay nada que no esté bien, ¿verdad?

—Vuelve a contármelo y lo entenderé mejor. Dices que tu protagonista se lanzó a la vida de pirata. ¿Cómo vivía?

—Estaba en la cubierta inferior de esta especie de barco del cual te he estado hablando.

—¿Qué clase de barco?

—Era de los que se mueven a fuerza de remos, y el mar entra a chorros por los agujeros de los remos y los hombres reman sentados con el agua hasta las rodillas Luego hay una tarima que se extiende a lo largo entre las dos hileras de remeros, y un

capataz con un látigo se pasea de punta a punta de la tarima para hacer que los hombres trabajen.

—¿Cómo sabes eso?

—Está en el cuento. Por encima de la cabeza del capataz corre una cuerda, asegurada a la cubierta de arriba, para que pueda agarrarse a ella cuando el barco se balancea. Cuando, una vez, el capataz no acierta a cogerla y cae entre los remeros, acuérdate de que el protagonista se ríe de él y es azotado por ello. Está encadenado a su remo, como es natural… el protagonista, quiero decir.

—¿De qué forma está encadenado?

—Con un cinturón de hierro que va fijado al banco donde está sentado, y con una especie de esposa en su muñeca izquierda que lo sujeta al remo. Está en la cubierta inferior, allí donde confinan a los peores, y la única luz entra por las escotillas y por los agujeros de los remos. ¿No te imaginas la luz del sol que se filtra justo entre la empuñadura y el agujero y va oscilando al moverse el barco?

—Yo sí, pero no te imagino a ti imaginándolo.

—¿Cómo podría ser de otro modo? Ahora escúchame. Los remos largos de la cubierta superior los manejan cuatro hombres por banco, los de las intermedias tres, y los de abajo dos. Recuerda que reina la oscuridad en la cubierta inferior y que, allí, todos los hombres acaban locos. Cuando muere un remero de esa cubierta no lo tiran por la borda, sino que lo despedazan sin sacarlo de sus cadenas y luego echan fixera los trozos embutiéndolos por el agujero del remo.

—¿Por qué? —demandé, asombrado no tanto de la información cuanto del tono de autoridad en que era enunciada.

—Para ahorrarse trabajo y para atemorizar a los demás. Se precisan dos capataces para arrastrar el cadáver de un hombre hasta la cubierta de arriba; y, si a los remeros de la cubierta inferior los dejasen solos, por supuesto dejarían de remar y tratarían de arrancar los bancos irguiéndose a un tiempo y haciendo fuerza con las cadenas.

—Tienes una imaginación desbordante. ¿Dónde has leído últimamente cosas de galeras y galeotes?

—En ninguna parte, que yo recuerde. Remo un poco cuando se me ofrece ocasión. Pero tal vez, si tú lo dices, sí habré leído algo.

Se marchó poco después para ir a tratar con libreros y yo me pregunté con admiración cómo un empleado de banco de veinte años había podido poner en mis manos con tan pródiga abundancia de pormenores, dados todos ellos con absoluta seguridad, aquel relato de aventuras exorbitantes, de motines sanguinarios, de piratería y muerte en mares sin nombre. Había conducido a su protagonista a través de un sinfín de dificultades, a su sublevación contra los capataces, al mando de un barco propio y finalmente a la fundación de un reino en una isla «por algún lugar del océano, ya sabes»; y, encantado con mis cinco insignificantes libras, había salido a comprar las ideas de otros hombres, a fin de que ellas lo enseñasen a escribir. Me

quedaba el consuelo de saber que esta idea era mía por derecho de compra y creía poder sacarle algún partido.

La siguiente vez que vino a verme estaba ebrio, completamente ebrio de los muchos poetas que le habían sido revelados por primera vez. Tenía las pupilas dilatadas, hablaba atropelladamente y se cubría de citas, como un mendigo que se envolviese en la púrpura de los emperadores. Sobre todo estaba ebrio de Longfellow.

—¡¿Verdad que es espléndido?! ¡¿Verdad que es soberbio?! —exclamó después de saludarme apresuradamente—. Escucha esto:

¿Del mar —preguntó el timonero—
Tú el secreto quieres aprender?
Solo quien arrostra sus peligros
Llega su misterio a comprender.

—¡Demonio!

Solo quien arrostra sus peligros
Llega su misterio a comprender

repitió una veintena de veces, recorriendo la habitación de un lado a otro y olvidándose de mí.

—Pero yo también puedo comprenderlo —dijo para sí mismo—. No sé cómo agradecerte las cinco libras. Y ahora escucha esto:

Embarcaderos oscuros y ensenadas evoco
y mareas de libre ondear;
y barbudos marinos hispanos,
y belleza y misterio de naves,
y la magia del mar.

Yo no he arrostrado ningún peligro, pero experimento la sensación de saberlo todo sobre el particular.

—Ciertamente se diría que dominas el asunto. ¿Has visto el mar alguna vez?

—Cuando era niño fui una vez a Brighton; vivíamos en Coventry, sin embargo, antes de mudarnos a Londres. Nunca lo he visto…

Cuando se precipita sobre el Atlántico
El titánico
Viento huracanado del Equinoccio.

Me sacudió por el hombro para hacerme comprender la pasión que lo sacudía a él.

—Cuando se desencadena esa tormenta —prosiguió— creo que todos los remos del barco del cual te hablé se quiebran, y las empuñaduras de los remos se estrellan contra los torsos de los remeros, hiriéndolos. A propósito, ¿has empezado ya a trabajar sobre aquella idea mía?

—No. Estaba esperando que me contases más cosas. Dime cómo diantres estás tan seguro de todos los enseres que contiene el barco. Tú no sabes una palabra de barcos.

—Lo ignoro. Es algo que me resulta tan real como lo que más hasta que intento ponerlo por escrito. Precisamente anoche estaba en la cama pensando en ello, a raíz de haberme tú prestado *La Isla del Tesoro* y me inventé muchas más cosas para meterlas en la historia.

—¿Qué clase de cosas?

—Sobre lo que comían los remeros: higos podridos y judías negras y vino de un odre que se va pasando de banco en banco.

—¿*Tanto* tiempo hace que se construyó el barco?

—¿Tanto tiempo? Ignoro si hace mucho tiempo o no. Se trata solo de una idea, pero en ocasiones parece tan real como si fuese verdad. ¿Te aburro hablándote de ello?

—Ni mucho menos. ¿Te inventaste alguna otra cosa?

—Sí, pero es un disparate. —Charlie se sonrojó un poco.

—No importa; veamos de qué se trata.

—Pues estaba pensando en el relato y al rato me levanté de la cama y escribí en una hoja lo que podría suponerse que los hombres grababan en los remos con el filo de las esposas. Me pareció que el asunto quedaba más verosímil. Para mí lo manto, ya sabes.

—¿Llevas la hoja encima?

—Mmm… sí, pero ¿qué se adelanta con que te la enseñe? Son solo unos garabatos. De todos modos, quizá podríamos reproducirlos en la portada del libro.

—Ya me ocuparé de esos detalles. Muéstrame lo que escribían tus remeros.

Extrajo del bolsillo una hoja de papel de cartas, con un solo renglón garabateado, y me la guardé cuidadosamente.

—¿Qué se supone que significa en inglés? —dije.

—Ah, no sé. Yo quiero que signifique «Estoy que reviento de fatiga». Es un grandísimo disparate —repitió—, pero todos esos hombres del barco me parecen tan reales como las personas de carne y hueso. A ver si aprovechas pronto la idea para escribir algo; me gustaría verlo escrito e impreso.

—Pero con todo lo que me has contado saldría un libro muy extenso.

—Hazlo, pues. No tienes más que sentarte y escribirlo.

—Dame tiempo. ¿Tienes más ideas?

—Por ahora no. Estoy leyendo todos los libros que me he comprado. Son espléndidos.

Cuando se hubo marchado examiné la hoja en la que se veía la inscripción. Luego me cogí cuidadosamente la cabeza con ambas manos, para asegurarme de que no me daba vueltas ni se me estaba desprendiendo. Luego… pero pareció no haber transición entre salir de mi alojamiento y encontrarme discutiendo con un policía frente a una puerta con el rótulo de «Prohibida la entrada» en un corredor del Museo Británico. Yo me limitaba a preguntar, lo más cortésmente que podía, por «el especialista en antigüedades griegas». El policía no sabía nada fuera de los

reglamentos del museo, y fue preciso explorar todos los pabellones y oficinas del recinto. Un caballero de edad que había tenido que interrumpir su almuerzo puso término a mi búsqueda tomando la hoja entre el índice y el pulgar y examinándola con desdén.

—¿Que qué significa esto? Hum —dijo—. Si no me engaño se trata de una tentativa de escribir en un griego extraordinariamente corrupto por parte de —aquí me dirigió una fría mirada cargada de intención— una persona extraordinariamente… ah… iletrada. —Leyó despacio las cuatro palabras escritas (*Pollock*, *Erckmann, Tauchnitz, Henniker*) que ya me eran familiares.

—¿Puede decirme lo que significan los vulgarismos: el intríngulis del asunto? —pregunté.

—Ocupado en este menester… he sido… muchas veces… vencido por la fatiga. Ese es su significado. —Me devolvió la hoja, y hui sin una palabra de agradecimiento, explicación o disculpa.

Mi olvido era perdonable. A mí, entre todos los hombres, me había sido otorgada la oportunidad de escribir la historia más bella del mundo, nada menos que la historia de un galeote griego contada por él mismo. No era de extrañar que las ensoñaciones de Charlie le hubiesen producido una impresión de realidad. Las Parcas, que con tanto cuidado cierran detrás de nosotros las puertas de cada una de nuestras sucesivas vidas, en este caso habían sido negligentes, y Charlie miraba, a pesar de que él no lo sabía, donde nunca se le había permitido al hombre mirar con pleno conocimiento desde el principio de los tiempos. Sobre todo era enteramente ignorante del conocimiento que me había vendido por cinco libras; y perseveraría en esa ignorancia, pues los empleados de banco no comprenden la metempsícosis y una sólida formación comercial no incluye el estudio del griego. Me proveería —aquí brinqué por entre los mudos dioses de Egipto y me reí en sus narices maltrechas— de material con el que yo daría verosimilitud a mi relato: una verosimilitud tan grande que el mundo lo aplaudiría creyéndolo una atrevida fantasía improvisada. Y yo, solo yo sabría que era absoluta y literalmente cierto. ¡Yo, solo yo tenía en la mano esta joya para tallarla y pulirla! Por consiguiente me puse otra vez a bailar por entre los dioses de la Sala Egipcia hasta que un policía me vio y empezó a acercarse.

Ya solo me quedaba estimular a Charlie para que hablara, y esto no presentaba dificultad. Pero había olvidado aquellos malditos libros de poesía. Me vino a ver una y otra vez, tan inútil como un fonógrafo sobrecargado, ebrio de Byron, Shelley o Keats. Como yo sabía ahora lo que el muchacho había sido en sus vidas anteriores y estaba vivísimamente interesado en no perder ni una palabra de su parloteo, no podía ocultarle mi respeto y curiosidad. Él interpretó mal ambas cosas, creyéndolas respeto por el alma actual de Charlie Mears, para quien la vida era tan nueva como lo fue para Adán, y curiosidad por sus lecturas; y puso a prueba mi paciencia hasta casi agotarla recitándome poesías: esta vez no las suyas, sino las de otros. Deseé obliterar a todo poeta inglés de la memoria de la humanidad. Maldije a los nombres más

ilustres de la lírica por haber desviado a Charlie fuera de la senda de la narración directa y porque más tarde lo espolearían a imitarlos; pero sofrené mi impaciencia en espera de que la primera oleada de entusiasmo remitiese y el muchacho volviese a sus ensoñaciones.

—¿Qué se adelanta con que te cuente lo que pienso *yo*, cuando estos hombres escribían cosas como para ser leídas por los ángeles? —refunfuñó una tarde—. ¿Por qué no escribes algo que se parezca a lo de ellos?

—Creo que no te portas muy bien conmigo —dije dominándome mucho.

—Te he dado el argumento —dijo con sequedad, volviendo a embeberse en la lectura de *Lara*.

—Pero necesito los detalles.

—¿Las cosas que me invento sobre ese maldito barco que llamas una galera? Son facilísimas. Bien puedes inventártelas tú mismo. Sube un poco más el gas, que quiero seguir leyendo.

Le habría roto la lámpara de gas en la cabeza por ser tan rematadamente necio. Ciertamente que yo habría podido inventarme cosas si solo hubiera sabido lo que Charlie no sabía que sabía. Pero, como las puertas estaban cerradas detrás de mí, lo único que podía hacer era aceptar sus caprichos y esforzarme en tenerlo de buen humor. Bajar la guardia un solo instante podía significar la pérdida de una revelación preciosa: de cuando en cuando apartaba a un lado sus libros —los guardaba en mi alojamiento, pues a su madre la habría escandalizado ver en qué se gastaba el dinero — y se lanzaba a sus sueños marítimos. De nuevo maldije a todos los poetas de Inglaterra. La maleable imaginación del empleado de banco se hallaba saturada, coloreada y deformada por sus lecturas y, como consecuencia, sus palabras eran una confusión enmarañada de voces ajenas, algo parecidísimo al murmullo y al runruneo de un teléfono de la City a la hora de mayor actividad.

Habló de la galera —que era la suya aunque él lo ignorase— con imágenes copiadas de *La novia de Abydos*. Aderezó el relato de las experiencias de su protagonista con citas tomadas de *El corsario*, e intercaló profundas y desesperadas reflexiones morales de *Caín* y *Manfredo*, con la intención de que yo las aprovechase. Solo cuando la conversación recaía en Longfellow enmudecían las interferencias y yo sabía que Charlie estaba contando la verdad tal como la recordaba.

—¿Qué opinas de esto? —le dije cierta tarde, en cuanto hube comprendido cuál era el ambiente que facilitaba el trabajo de su memoria, ¡y antes de que pudiese poner inconvenientes le leí *La Saga del rey Olaf* casi en su totalidad!

Escuchó atónito, ruborizado, batiendo palmas contra el respaldo del sofá donde estaba echado, hasta que llegué al Cantar de Einar Tamberskelver y a la estrofa:

Y Einat entonces retira
La flecha del arco flojo,
Y al rey dice: “¡Esta es Noruega
Que se aparta de tu trono!”.

Dio un grito sofocado de puro deleite.

—¿Es esto un poco mejor que Byron? —aventuré.

—¿Mejor? ¡Caramba, esto es *verdad*! ¿Cómo pudo él saberlo?

Volví atrás y repetí:

Olaf, en pie en el alcázar,
Lanza el grito de "¿Qué es eso?
Un ruido oí que parece
De barco roto y deshecho".

—¿Cómo pudo saber cómo chocan los barcos y los remos se desgarran en toda la línea sucesivamente? Si la otra noche sin ir más lejos… Pero retrocede, por favor, y vuelve a leer *El arrecife de los chillidos*.

—No, estoy fatigado. Charlemos. ¿Qué pasó la otra noche?

—Tuve una pesadilla acerca de nuestra dichosa galera. Soñé que me ahogaba en el transcurso de un combate. Verás; avanzamos hasta encontrarnos al costado de otro barco en el puerto. El agua estaba inmóvil como una balsa de aceite, salvo allí donde nuestros remos la batían. ¿Sabes qué puesto ocupo siempre en la galera? —Hablaba vacilando al principio, con ese noble miedo al ridículo que siente el inglés.

—No, Esa es una novedad para mí —contesté mansamente, aunque mi corazón empezaba a acelerar sus latidos.

—Contando a partir de la proa, en el cuarto remo del lado derecho de la cubierta superior. Éramos cuatro los que estábamos encadenados a ese remo. Recuerdo que estaba mirando el agua y que traté de arrancarme las esposas antes de que empezase el jaleo. Entonces nos arrimamos al otro barco y todos sus guerreros saltaron por encima de nuestras amuradas, y mi banco se rompió y me encontré inmovilizado, con los otros tres hombres echados encima de mí y el gran remo atascado sobre nuestras espaldas.

—¿Y bien? —Los ojos de Charlie estaban animados y encendidos. Miraba la pared detrás de mi asiento.

—No sé cómo peleamos. Me pisoteaban la espalda, y me quedé quieto. Entonces, nuestros remeros del lado izquierdo (atados a sus remos, ya sabes) empezaron a dar alaridos y a remar hacia atrás. Yo oía el chapoteo del agua, y nos dimos la vuelta como un abejorro y adiviné, tumbado como estaba, que una galera se nos acercaba para embestirnos con el espolón por el lado izquierdo. Podía levantar la cabeza lo justo para distinguir su velamen por encima de las amuradas. Nosotros queríamos hacerle frente también por la proa pero era demasiado tarde. Solo pudimos girar un poco porque la galera que estaba a nuestra derecha se nos había enganchado y nos impedía movernos. Entonces, ¡caramba, qué encontronazo! Nuestros remos de la izquierda empezaron a saltar en pedazos al meter la nariz por entre ellos la otra galera, la que se movía, ya sabes. Entonces los remos de la cubierta de abajo reventaron la tablazón de la cubierta, con el cabo para arriba, y uno de ellos salió disparado por los aires y vino a caer junto a mi cabeza.

—¿Cómo sucedió eso?

—La proa de la galera que se movía los empujaba hacia adentro por sus propios agujeros, y de las cubiertas de abajo subía un estruendo ensordecedor. Entonces el espolón nos dio un topetazo casi en el medio y nos escoramos, y los tipos de la galera de la derecha desengancharon sus garfios y sus amarras y empezaron a lanzar cosas a nuestra cubierta superior (flechas, y brea caliente o algo que quemaba) y nuestro lado izquierdo subió y subió y subió en tanto que el derecho se sumergía, y giré la cabeza y vi cómo el agua se quedaba quieta en el momento de nivelarse con las amuradas de la derecha, y entonces formó una ola y se desplomó sobre todos los que estábamos en el lado derecho y noté cómo el agua me golpeaba la espalda y me desperté.

—Un momento, Charlie. Cuando el mar llegó al nivel de las amuradas, ¿qué aspecto presentaba? —Tenía mis razones para preguntárselo. En una ocasión un conocido mío había naufragado en un barco que había hecho agua estando el mar en calma, y había visto el nivel del agua detenerse un momento antes de precipitarse sobre la cubierta.

—Era igual que la cuerda tirante de un banjo, y pareció detenerse allí años enteros —dijo Charlie.

¡Exacto! El otro había dicho: «Parecía un alambre de plata estirado a lo largo de las amuradas, y creí que no iba a romper nunca». Había pagado esta mínima sapiencia sin valor con todo lo que tenía menos la vida, y yo había viajado diez mil fatigosas millas para conocerlo y adquirir de segunda mano su saber. Pero Charlie, el empleado de banco que ganaba veinticinco chelines a la semana, el que nunca se había alejado de los caminos trillados, ese lo sabía bien. No me valía de consuelo saber que en una de sus vidas había tenido que morir a cambio de sus ganancias. Yo también debí de haber muerto cantidad de veces, pero detrás de mí, porque yo habría podido servirme de mi saber, las puertas estaban cerradas.

—¿Y luego? —dije, esforzándome por alejar al demonio de la envidia.

—Lo raro es que, sin embargo, en ningún momento del combate experimenté la menor sensación de sorpresa o miedo. Parecía como si ya hubiera estado en muchos, porque eso le dije al remero que tenía a mi lado cuando empezó este. Pero aquel canalla de capataz que había en mi cubierta no quería soltarnos las cadenas y darnos una oportunidad. Siempre decía que después de una batalla nos libertarían a todos, pero nunca lo hacían; nunca lo hacían. —Charlie hizo un ademán afligido con la cabeza.

—¡Qué sinvergüenza!

—Desde luego que lo era. Nunca nos daba de comer lo suficiente, y a veces teníamos tanta sed que bebíamos agua salada. Aún me parece sentir el regusto de aquella agua.

—Ahora dime algo sobre el puerto donde se libró la batalla.

—No soñé con él. Sé que era un puerto, sin embargo; porque estábamos amarrados a la argolla de una pared blanca y toda la superficie de piedra bajo el agua

se hallaba revestida de madera para evitar que nuestro espolón se astillase cuando cabeceábamos a causa de la marea.

—Muy curioso. Nuestro protagonista estaba al mando de la galera, ¿no es así?

—¡Y de qué manera! Estaba de pie en la proa y gritaba de firme. Él fue quien mató al capataz.

—Pero todos vosotros os ahogasteis, Charlie, ¿no es cierto?

—Eso no me acaba de encajar —dijo con expresión perpleja—. La galera debió de hundirse con toda la tripulación, y sin embargo creo que el protagonista siguió viviendo. Quizá saltó al barco atacante. Yo eso no lo vería, claro está. Yo estaba muerto, ya sabes.

Tuvo un ligero escalofrío y objetó que ya no se acordaba de nada más.

No quise insistir, pero para cerciorarme de que él ignoraba el funcionamiento de su propia mente le di a conocer la *Transmigración* de Mortimer Collins, y antes de que abriese el libro hice un esbozo de su argumento.

—¡Cuántas majaderías! —dijo con franqueza al cabo de una hora—. No alcanzo a comprender estos disparates sobre el Rojo Planeta Marte y el Rey y todo lo demás. Anda, pásame el Longfellow.

Le entregué el libro y me puse a escribir cuanto recordaba de su descripción de la batalla naval, consultándolo de cuando en cuando para que corroborase tal o cual hecho o detalle. Él contestaba sin alzar los ojos del libro, con tanta seguridad como si cuanto sabía se hallase ante él en la página impresa. Yo hablaba en un tono de voz más bajo que el normal para que la corriente no se interrumpiese, y sabía que él no era consciente de lo que decía, pues sus pensamientos navegaban por los mares en compañía de Longfellow.

—Charlie —pregunté—, cuando los remeros de las galeras se amotinaron, ¿de qué manera mataron a sus capataces?

—Arrancaron de cuajo los bancos y les rompieron la crisma. Eso pasó cuando había una mar muy gruesa. Uno de los capataces de la cubierta inferior resbaló de la tarima central y cayó entre los remeros. Sin hacer apenas ruido lo estrangularon contra el costado del barco con las manos encadenadas, y había demasiada oscuridad para que el otro capataz viese lo que había pasado. Cuando preguntó lo hicieron caer y lo estrangularon a él también, y entonces fueron subiendo y luchando de cubierta en cubierta, con los pedazos de los bancos rotos sonando tras ellos. ¡Qué manera de vociferar la suya!

—Y ¿qué pasó después?

—Lo ignoro. El protagonista se marchó: desapareció con su pelo rojo y su barba roja y demás. Eso fue después de que hubo capturado nuestra galera, creo.

Lo irritaba el sonido de mi voz e hizo un leve ademán con la mano izquierda como hace aquel a quien molesta una interrupción.

—Nunca me habías dicho que fuese pelirrojo, ni tampoco que hubiese capturado vuestra galera —dije tras un intervalo prudente.

Charlie no alzó los ojos.

—Era tan pelirrojo como un oso de pelo rojo —dijo ensimismado—. Procedía del norte; así lo dijeron en la galera cuando buscaba remeros: no forzados, sino hombres libres. Más tarde… años y años más tarde… otro barco nos trajo noticias suyas, o volvió él…

Sus labios se movían en silencio. Estaba redegustando con delectación algún poema que tenía ante sí.

—¿Dónde había estado, pues? —Casi lo dije en un susurro para que la frase llegara con Suavidad a aquella sección del cerebro de Charlie que estaba operando a mi favor.

—En las Playas… ¡Las Largas y Prodigiosas Playas! —fue la respuesta tras un rato de silencio.

—¿En Furdurstrandi? —pregunté, sintiendo un hormigueo de la cabeza a los pies.

—Sí, en Furdurstrandi —pronunció la palabra de una forma nueva—. Y yo vi también… —La voz se extinguió.

—¿Sabes lo que acabas de decir? —grité sin ninguna cautela.

Alzó los ojos, ya despierto del todo.

—¡No! —espetó—. ¡Por qué no dejas que servidor lea tranquilo! Escucha esto:

> Pero Othere, el viejo capitán,
> Calmado, no hizo interrupción
>   Mientras el rey escuchó.
>   De nuevo entonces la pluma retomó
> Y todas las palabras al punto transcribió.
>
> Y al rey de los sajones,
> En prenda de su verdad,
>   Su noble testa alzando,
>   La curtida mano tendió, y dijo:
> «¡Contempla este colmillo de morsa!».

¡Por Júpiter, menudos tipos debieron de ser aquellos para navegar por todos los mares sin saber cuándo tocarían tierra! ¡Ja!

—Charlie —supliqué—, sé razonable durante uno o dos minutos y yo me encargo de que nuestro protagonista de nuestro relato no desmerezca en nada de Othere.

—¡Buf! Ese poema lo escribió Longfellow. Ya no me apetece escribir obras. Quiero leer. —Él estaba completamente inservible ahora, y maldiciendo mi mala suerte lo dejé.

Imaginaos ante la puerta que da acceso a los tesoros del mundo, custodiados por un niño —un perezoso niño irresponsable que juega a las tabas— de cuyo capricho depende el don de la llave, y concebiréis la mitad de mi tormento. Hasta esa tarde, Charlie no había hablado de nada que no pudiese caer dentro del ámbito de hechos sucedidos a un galeote griego. Pero ahora, o bien todos los libros mentían, o bien había hablado de alguna aventura temeraria de los vikingos, de la expedición marítima de Thorfin Karlsefne a la Tierra del Vino, que es América, en el siglo IX o X.

Había presenciado la batalla del puerto… y había referido su propia muerte. Pero esta era una zambullida en el pasado mucho más asombrosa. ¿Acaso se había saltado media docena de vidas y recordaba vagamente algún episodio sucedido mil años después? Aquello era un revoltijo inextricable, y lo peor del caso resultaba que Charlie Mears en su estado normal era, de todas las personas del mundo, la más incapaz de desembrollarlo. Yo no podía hacer otra cosa que esperar y acechar, pero aquella noche me acosté lleno de las más extravagantes suposiciones. Nada era imposible, siempre que no fallase la detestable memoria de Charlie.

Podría quizá volver a escribir la Saga de Thorfin Karlsefne como nunca antes se la había escrito, podría quizá relatar la historia del primer descubrimiento de América, siendo yo mismo el descubridor. Pero estaba enteramente a merced de Charlie, y mientras tuviese al alcance de su mano un volumen de Bohn de a tres chelines con seis peniques, Charlie no hablaría. No osaba maldecirlo abiertamente; apenas me atrevía a refrescarle la memoria, pues tenía que vérmelas con las experiencias de hace mil años narradas por boca de un muchacho de hoy; y un muchacho de hoy se deja traer y llevar por cada cambio de tono y cada ráfaga de opinión, viéndose obligado a mentir incluso cuando más desea decir la verdad.

Estuve casi una semana sin ver a Charlie. Me lo encontré en Gracechurch Street con un libro de cobros atado a la cintura. Por cuestiones de su trabajo tenía que atravesar el Puente de Londres, y lo acompañé. Iba muy ufano con su libro de cobros y exageraba su importancia. Al cruzar el Támesis nos detuvimos a mirar cómo descargaban grandes lajas de mármol blanco y negro de un buque de vapor. Una barcaza se deslizó bajo la popa del buque y a bordo de ella mugió una vaca solitaria. El rostro de Charlie cambió del de empleado de banco al de un hombre desconocido y —aunque él no lo habría creído— mucho más sagaz. Extendió el brazo sobre el pretil del puente, y riendo estrepitosamente dijo:

—¡Cuando oyeron mugir a *nuestros* toros, los Skroelings huyeron!

Solo dejé pasar un instante, pero la gabarra y la vaca habían desaparecido bajo la proa del buque antes de que pudiera replicar.

—Charlie, ¿qué crees que son los Skroelings?

—Nunca he oído la palabra. Parece el nombre de una especie nueva de gaviotas. ¡Haces cada pregunta! —contestó—. Tengo que ir un poco más allá, a ver al cajero de la Compañía de Ómnibus. ¿Me esperas y vamos luego a almorzar juntos a algún restaurante? Tengo una idea para un poema.

—No, gracias. Me marcho. ¿Seguro que no sabes nada de Skroelings?

—No, a menos que lo hayan inscrito en la carrera de obstáculos de Liverpool. —Me hizo un saludo con la cabeza y desapareció entre la multitud.

Ahora bien, en la Saga de Eric el Rojo o en la de Thorfin Karlsefne está escrito que hace novecientos años, cuando las galeras de Karlsefne llegaron a las barracas de Leif, que este había erigido en la tierra desconocida llamada Markland, que pudiera ser el actual Rhode Island, los Skroelings —y Dios sabe quiénes p^ dieron ser estos

— se acercaron para traficar con los vikingos, y huyeron porque se aterraron al oír mugir el ganado que Thorfin se había traído consigo en las naves. Pero ¿qué diantres podía saber un esclavo griego de ese asunto? Erré por las calles tratando de desenmarañar el misterio, pero cuanto más lo consideraba, mayor era mi confusión. Solo una cosa parecía cierta, y esa certidumbre me dejó sin resuello por el momento. Si de algo llegaba a tener pleno conocimiento no sería de una vida del alma que había en el cuerpo de Charlie Mears, sino de media docena… ¡media docena de existencias distintas vividas sobre las aguas azules en el amanecer del mundo!

Examiné entonces la situación.

Estaba claro que el utilizar mi saber me convertiría en un ser sobresaliente e inabordable hasta que todos los demás fuesen tan sabios como yo. Eso ya sería algo pero, hombre al fin, yo era ingrato. Parecía amarga injusticia que la memoria de Charlie me fallase cuando más la precisaba. Grandes Poderes de los Cielos —levanté la vista hacia ellos a través del humo y la neblina—, ¿sabían los Señores de la Vida y la Muerte lo que esto significaba para mí? Nada menos que la fama eterna más excelente, la que procede de Uno, y de la que participa uno solo. Me contentaría —acordándome de Clive me maravillé de mi moderación— con el simple derecho a relatar una historia, a elaborar una pequeña contribución a la literatura de entretenimiento de mi época. Si a Charlie le fuese concedido recordar íntegramente durante una hora —sesenta breves minutos— las vidas que habían abarcado un periodo de mil años, yo renunciaría a cuantos beneficios u honores pudieran derivarse de lo que escribiría a partir de sus palabras. No participaría en el revuelo que sobrevendría en todo ese rincón del planeta que se llama a sí mismo «el mundo». El escrito se publicaría anónimamente. Más aún, haría que otros hombres llegasen a creer que eran ellos quienes lo habían escrito. Pagarían los servicios de ufanos ingleses de piel coriácea para que lo vociferaran por el extranjero. Los moralistas fundarían una nueva ética basada en él, jurando que era original y que habían apartado a toda la humanidad del miedo a la muerte. Cada orientalista de Europa lo confirmaría verbosamente con textos sánscritos y palis. Mujeres atroces inventarían variantes inmundas de la creencia de los hombres para la elevación de sus hermanas. Iglesias y religiones disputarían a causa de él. Entre el momento de parar a un ómnibus y aquel en que volvió a desplazarse, preví las refriegas que se alzarían entre media docena de sectas, todas las cuales profesarían «la doctrina de la Verdadera Metempsícosis aplicada al mundo y a la Nueva Era»; y vi, asimismo, cómo los periódicos ingleses respetables se inhibirían, lo mismo que vacas asustadizas, ante la hermosa sencillez del relato. La imaginación dio un salto hacia adelante de cien, doscientos, mil años. Vi con pesar que los hombres mutilarían y falsearían la historia; que los credos rivales la tergiversarían hasta que, al final, el mundo occidental, que se aferra al miedo a la muerte con mayores ansias que a la esperanza de la vida, la desecharía, considerándola una superstición interesante, para lanzarse a correr tras alguna fe tanto tiempo olvidada que parecería completamente nueva. En estas,

modifiqué los términos del pacto que llevaría a cabo con los Señores de la Vida y la Muerte. Que me sea permitido solo conocer, solo escribir, la historia con la certeza de que registré la verdad, y quemaría el manuscrito a modo de sacrificio solemne. Cinco minutos después de redactar el último renglón lo destruiría todo. Pero era preciso que se me permitiese escribirlo con absoluta certeza.

No hubo respuesta. Los colores violentos de un cartelón del Aquarium atrajeron mi atención, y me pregunté si sería acertado o prudente intentar poner a Charlie en manos del hipnotizador profesional de allí, y si al estar bajo su poder hablaría de sus vidas pasadas. Si lo hiciera, y si la gente lo creyera… pero Charlie se asustaría y se pondría nervioso, o se envanecería con las entrevistas. En cualquier caso, empezaría a mentir por miedo o vanidad. Estaba más seguro en mis propias manos.

—Sois unos tontos muy graciosos, vosotros los ingleses —dijo una voz junto a mí, y volviéndome reconocí a un conocido mío, un joven bengalí estudiante de Derecho llamado Grish Chunder, cuyo padre lo había enviado a Inglaterra para que se civilizase. El viejo era un funcionario hindú jubilado, y con una renta de cinco libras al mes se las ingeniaba para facilitarle a su hijo doscientas libras al año y plena licencia en una ciudad donde podía fingir que era el hijo menor de una casa real, y contar historias de los brutales burócratas indios que estrujaban al máximo a los pobres.

Grish Chuxider era un bengalí joven, grueso y corpulento, vestido impecablemente con levita, sombrero de copa, pantalones claros y guantes color canela. Pero yo lo había conocido en los días en que el brutal gobierno indio costeaba su educación universitaria, mientras él escribía artículos de sedición barata para el *Sachi Durpan* y tenía amores con las esposas de sus condiscípulos quinceañeros.

—Eso es muy gracioso y muy tonto —dijo señalando el cartelón—. Voy al Club Northbrook. ¿Quieres acompañarme?

Anduve a su lado durante un rato.

—Tú no estás bien —dijo—. ¿En qué piensas? No hablas.

—Grish Chunder, eres demasiado culto para creer en un Dios, ¿no es cierto?

—¡Oh, sí, *aquí*! Pero cuando regrese a mi país deberé conciliar la superstición popular, y cumplir con las ceremonias de purificación, y mis esposas ungirán ídolos.

—Y adornarán con *tulsi* y festejarán el *purohit*, y te reintegrarán a tu casta y harán que un librepensador avanzado como tú vuelva a ser un buen *khuttri*. Y comerás alimento *desi* y disfrutarás de todo ello, desde el olor del patio hasta el aceite de mostaza con el cual te untarán.

—Disfrutaré mucho —dijo sin tapujos Grish Chunder—. Quien nace hindú, siempre lo será. Pero me gusta saber lo que los ingleses creen que saben.

—Te contaré una cosa que sabe un inglés. Para ti será una vieja historia.

Empecé a contar la historia de Charlie en inglés; pero Grish Chunder formuló una pregunta en su lengua vernácula y desde ese momento el relato prosiguió en el idioma más apto para contarlo. Pensándolo bien, nunca habría podido contarse en

inglés. Grish Chunder me escuchó, asintiendo de tanto en tanto, y luego subió a mi alojamiento, donde concluí el relato.

—*Beshak* —dijo filosóficamente—. *Lekin darwaza band hai*. (Sin duda; pero la puerta está cerrada). Entre mi gente he oído hablar de estos recuerdos de vidas anteriores. Claro que para nosotros es una vieja historia, pero sucederle a un inglés, a un *Mlechh* alimentado con vaca, a un descastado… ¡Por Júpiter, eso es *sumamente* extraño!

—¡Descastado lo serás tú, Grish Chunder! Todos los días comes carne de vaca. Pensemos en el asunto. El muchacho recuerda sus encarnaciones.

—¿Tiene conciencia de ello? —preguntó tranquilamente Grish Chunder, balanceando las piernas sentado en mi mesa. Ahora hablaba en inglés.

—Él lo ignora todo. ¿Te lo hubiese yo contado en caso contrario? ¡Continúa!

—No hay ninguna continuación. Si les cuentas eso a tus amigos dirán que estás loco y lo publicarán en los diarios. Supón, ahora bien, que los demandas por calumnia.

—Dejemos eso aparte. ¿Hay alguna posibilidad de que se lo pueda hacer hablar?

—Hay alguna posibilidad. ¡Oh, sí! Pero si hablara, eso significaría que todo este mundo se acabaría ahora… *instanto*… se te caería encima. Estas cosas no están permitidas, ¿sabes? Como he dicho, la puerta está cerrada.

—¿Ni la más remota posibilidad?

—¿Cómo puede haberla? Tú eres cristiano y está prohibido, en vuestros libros, comer del Árbol de la Vida, o de lo contrario nunca moriríais. ¿Cómo vais a temer a la muerte si llegáis a saber lo que tu amigo no sabe que sabe? Yo tengo miedo de que me den un puntapié, pero no tengo miedo de morirme, porque sé lo que sé. Vosotros no tenéis miedo al puntapié pero tenéis miedo de morir. Si no lo tuvierais, ¡por Dios!, los ingleses armaríais en el acto un gran revuelo, perturbando los equilibrios de poder y sembrando el desorden. No sería bueno. Pero no hay peligro. Irá recordando cada vez menos, y los calificará de sueños. Luego olvidará del todo. Cuando pasé mi examen de bachillerato en Calcuta, todo esto estaba en el libro sobre los textos de Wordsworth. «Estela de nubes gloriosas», ya sabes.

—Esta parece ser una excepción a la regla.

—Las reglas no tienen excepciones. Algunas no parecen tan rígidas como otras, pero todas son iguales vistas de cerca. Si este amigo tuyo dijera esto y lo otro y lo de más allá, indicando que recordaba todas sus vidas pasadas, o un episodio de una vida pasada, no podría quedarse en el banco ni un minuto más. Lo despedirían por loco y lo enviarían a un manicomio. Bien lo sabes, amigo mío.

—Claro que sí, pero no pensaba en él. Su nombre no tiene por qué aparecer en la historia.

—¡Ah! Entiendo. Esa historia nunca se escribirá. Puedes intentarlo.

—Voy a hacerlo.

—Por la gloria y por el dinero, *claro*.

—No. Por el solo hecho de escribir la historia. A fe mía que no pasaré de ahí.

—Aun así no hay ninguna posibilidad. No se puede jugar con los dioses. Ahora es una historia muy bonita. Como suele decirse, conténtate con eso. Y obra rápido; tu amigo no durará mucho.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que digo. Nunca ha pensado, hasta ahora, en una mujer.

—¡Sí, sí lo ha hecho! —Recordaba algunas de las confidencias de Charlie.

—Quiero decir que ninguna mujer ha pensado en él. Cuando eso llegue… *bus… hogya…* ¡se acabó! Lo sé. Hay millones de mujeres aquí. Las criadas, por ejemplo. Te besan detrás de las puertas.

Me estremecí al pensar que una criada podía desbaratarme la historia. Y, sin embargo, nada era más probable.

Grish Chunder sonrió:

—Sí… y también muchachas bonitas… primas suyas o quizá que *no* sean suyas. Un beso que él devuelva y que recuerde lo sanará de todas estas locuras, o bien…

—O bien ¿qué? Recuerda que él no sabe que sabe.

—Ya lo sé. O bien, si nada sucede, lo irá absorbiendo el trabajo y la especulación financiera como a los demás. Así sucederá. Tú mismo ves que así sucederá. Pero la mujer llegará primero, creo *yo*.

Se oyeron unos golpecitos secos a la puerta y Charlie irrumpió en la habitación. Había salido de la oficina y por la expresión de sus ojos vi que venía para una larga charla… probablemente con poesías en los bolsillos. Las poesías de Charlie eran pesadísimas, pero alguna vez lo llevaban a hablar de la galera.

Grish Chunder se quedó mirándolo agudamente durante unos momentos.

—Perdón —dijo Charlie, incómodo—; ignoraba que tuvieses visita.

—Ya me marcho —dijo Grish Chunder.

Al retirarse me empujó hasta el vestíbulo.

—Ese es tu hombre —me dijo deprisa—. Te aseguro que nunca dirá todo lo que tú deseas. Olvida esas tonterías. Pero sería muy apto para hacerlo ver cosas. ¿Qué te parece si, fingiendo que es broma —nunca había visto a Grish Chunder tan apasionado—, lo hacemos mirar el espejo de tinta en la mano? Eh, ¿qué te parece? Te digo que podría ver *cualquier cosa* que un hombre sea capaz de ver. Voy a buscar la tinta y el alcanfor. Es un vidente y nos revelará muchas cosas.

—Podrá ser todo lo que tú dices, pero no voy a ponerlo en manos de tus dioses y demonios.

—Ningún daño sufrirá con ello. Únicamente se sentirá un poco atontado y torpe cuando despierte. Tú ya has presenciado a muchachos mirar el espejo de tinta.

—Precisamente por eso no quiero presenciarlo más. Márchate ya, Grish Chunder.

Se marchó, no sin insistir escaleras abajo en que eso era desperdiciar mi única oportunidad de conocer el futuro.

No me inmuté, pues a mí me interesaba el pasado, y de ningún provecho me serviría en ese empeño el hacer mirar espejos de tinta a muchachos hipnotizados. Pero comprendí el punto de vista de Grish Chunder.

—¡Vaya un animalote moreno era ese! —dijo Charlie cuando volví adentro—. Bueno, mira, acabo de hacer un poema; lo he escrito después de almorzar, en vez de jugar al dominó. ¿Te lo leo?

—Déjame leerlo a mí para mis adentros.

—Pero así te perderás la entonación adecuada. Además, tú siempre haces que mis escritos suenen como si las rimas estuviesen todas mal.

—Léelo en voz alta, pues. Eres igual que los demás.

Charlie me declamó su poesía, y no era muy inferior al término medio de su producción en verso. Había leído sus libros con aplicación, pero no le agradó que le dijese que yo prefería a Longfellow incontaminado de Charlie.

Luego nos pusimos a recorrer el manuscrito línea por línea, y Charlie esquivaba cada objeción y corrección con la frase: «Sí, así quizá esté mejor, pero tú no te das cuenta de lo que quiero decir». Charlie era, en un aspecto al menos, muy parecido a un cierto tipo de poeta.

En el reverso de la hoja había unas palabras garabateadas en lápiz, y dije:

—¿Qué es esto?

—Ah, eso no es poesía ni nada que se le parezca. Son bobadas que escribí anoche antes de acostarme, y era una lata andar buscando rimas; conque en vez de ello hice una especie de versos libres.

Aquí están los «versos libres» de Charlie:

> Hicimos avanzar vuestro barco a fuerza de remos con el viento en contra y las velas de cubierta al ras.
>
> *¿Cuándo nos daréis la libertad?*
>
> Comimos pan con cebolla cuando os apoderabais de las ciudades, o corríamos a bordo cuando el enemigo iba a ganar.
>
> Paseaban los capitanes por la cubierta cantando canciones cuando el tiempo era hermoso, pero nosotros estábamos bajo el capataz.
>
> Nos desmayábamos con el mentón contra los remos y no advertíais que estábamos ociosos, pues seguíamos balanceándonos de aquí para allá.
>
> *¿Cuándo nos daréis la libertad?*
>
> Por efecto de la sal las empuñaduras de los remos se volvían ásperas como la piel de los tiburones; teníamos las rodillas ajadas hasta el hueso por el agua salada; el cabello pegado a nuestras frentes; y los labios cortados hasta las encías, y nos azotabais porque nos faltaban fuerzas para remar.
>
> *¿Cuándo nos daréis la libertad?*
>
> Pero en breve escaparemos por las portañolas igual que el agua resbala a lo largo de la pala del remo, y aunque ordenéis a los otros que nos persigan remando, no nos prenderéis hasta que prendáis lo que aventa el remo y atéis los vientos en la panza de las velas. ¡Ajá!
>
> *¿Cuándo nos daréis la libertad?*.

—Hum… ¿Qué es lo que aventa el remo, Charlie?

—El agua batida por los remos. Ese es el tipo de canción que cantarían en la galera, ya sabes. ¿No vas a concluir nunca esa historia y a darme parte de las

ganancias?

—De ti mismo depende. Si desde el comienzo me hubieses contado más cosas del protagonista, a estas alturas quizá ya estaría concluida. Pero tienes unas ideas tan imprecisas.

—Solo pretendo darte la idea general… el rodar de aquí para allá y las luchas y todo eso. ¿No puedes suplir tú lo que falta? Haz que el protagonista salve de los piratas a una muchacha y se case con ella o algo por el estilo.

—Eres realmente de gran ayuda como colaborador. Supongo que el protagonista correría unas cuantas aventuras antes de casarse.

—Bueno, pues entonces haz de él un tipo astuto, más bien rastrero, una especie de hombre político que iba por ahí haciendo tratados y rompiéndolos, un individuo de pelo negro que se escondía detrás del mástil cuando empezaba el combate.

—Pero el otro día dijiste que era pelirrojo.

—No pude decir tal cosa. Hazlo moreno, desde luego. Careces de imaginación.

Al percatarme de que acababa de descubrir los principios íntegros sobre los cuales se basa esa vaga memoria falsamente llamada imaginación me sentí con derecho a reírme, pero me contuve por mor del relato.

—Tienes razón. *Tú* eres quien tiene imaginación. Un tipo moreno en una embarcación de tres cubiertas —dije.

—No, una embarcación descubierta… como una especie de barca grande.

Era para volverse loco.

—Tu barco ha sido construido y diseñado como un barco cerrado y con cubiertas; lo dijiste tú mismo —protesté.

—No, no, ese barco no. Ese era abierto o semiabierto porque… Por Júpiter, tienes razón. Me has hecho representarme al protagonista como un tipo pelirrojo. Pero, claro, si fuese pelirrojo, el barco sería uno abierto con las velas pintadas.

Sin duda, pensé, ahora recordaría que había servido al menos en dos galeras: en una galera griega de tres cubiertas, bajo el «hombre político» de pelo negro, y también en una serpiente-de-mar vikinga, abierta, bajo el hombre «pelirrojo como un oso» que arribó a Markland. El Demonio me impulsó a hablar.

—¿Por qué «claro», Charlie? —dije.

—No sé. ¿Te burlas de mí?

Por el momento la corriente se había cortado. Eché mano de una libreta y simulé que apuntaba gran cantidad de cosas.

—Es un placer trabajar con un muchacho imaginativo como tú —dije al cabo de una pausa—. La manera como has redondeado el personaje del protagonista es sencillamente estupenda.

—¿De veras lo crees? —repuso sonrojándose de satisfacción—. A menudo me digo que llevo dentro más de lo que mi ma…, de lo que la gente piensa.

—Llevas dentro una suma enorme de cosas.

—Entonces, ¿me dejarás enviar a *Tit-Bits* un artículo sobre *Las costumbres de los empleados de banco* y ganar el premio de una guinea?

—No me refería precisamente a eso; amigo, quizá valdría más esperar un poco y adelantar la historia de la galera.

—Ah, pero el mérito de eso no me lo atribuirán a mí. *Tit-Bits* publicaría mi nombre y dirección si gano. ¿De qué te sonríes? Lo *publicaría*.

—Ya lo sé. Anda, ve a dar un paseo. Quiero revisar los apuntes que tengo de nuestra historia.

Así, pues, este vituperable joven que se marchó algo dolido y desconcertado podía perfectamente haber formado parte de la tripulación del Argo, y ciertamente había sido esclavo o camarada de Thorfin Karlsefne. Por consiguiente estaba hondamente interesado en los concursos de a guinea. Recordando lo que había dicho Grish Chunder me reí en voz alta. Los Señores de la Vida y la Muerte nunca permitirían que Charlie Mears hablara de sus pasados con pleno conocimiento, y yo incluso me veía obligado a ir completando los retazos que me había contado con mis precarias invenciones mientras Charlie escribía acerca de las costumbres de los empleados de banco.

Junté y coloqué en una misma carpeta todos mis apuntes; y el resultado no fue alentador. Los leí una segunda vez. No había nada que no hubiese podido compilarse de segunda mano a partir de los libros de otros… excepto, quizás, el episodio de la batalla en el puerto. Las aventuras de un vikingo habían sido noveladas muchas veces con anterioridad; la historia de un galeote griego no era ninguna novedad; y aunque yo escribiese ambas cosas, ¿quién sería capaz de confirmar o impugnar la veracidad de los detalles? Para el caso, lo mismo daba contar el relato de algo que iba a suceder dentro de dos mil años. Los Señores de la Vida y la Muerte eran todo lo astutos que había insinuado Grish Chunder. No permitirían que trascendiese nada capaz de conturbar o apaciguar el ánimo de los hombres. Aun cuando estaba convencido de esto, sin embargo no podía dejar de entre las manos el relato. La exaltación sucedió al abatimiento no una, sino veinte veces en el transcurso de las semanas que siguieron. Mis ánimos eran tan variables como el sol de marzo y las nubes volanderas. De noche o en la belleza de una mañana primaveral sentía que era capaz de escribir ese relato y, por tanto, de mover continentes. En las húmedas tardes ventosas veía que el relato podía, en efecto, llegar a escribirse, pero que al final no sería más que una muestra del estilo de Wardour Street, una imitación engañosamente barnizada, un fraude lleno de herrumbre. Entonces maldecía profusamente a Charlie… aunque la culpa no era suya. Parecía estar atareado con los certámenes literarios, y lo fui viendo cada vez con menos frecuencia a medida que pasaban las semanas y la tierra, agrietándose, maduraba para recibir a la primavera y los pimpollos se dilataban dentro de sus vainas. Él no tenía ganas de leer ni de hablar de lo que había leído, y su voz resonaba con un aplomo nuevo. Yo no ponía demasiado interés en recordarle la galera cuando

nos veíamos; pero Charlie hacía alusión a ella en toda ocasión, siempre como una historia que podía dar dinero.

—Creo que merezco al menos el veinticinco por ciento, ¿no? —dijo con una franqueza encantadora—. Yo suministré todas las ideas, ¿no es así?

Esta codicia de dinero era una faceta nueva de su personalidad. Supuse que se habría desarrollado en la City, donde a Charlie se le estaba pegando la curiosa habla lenta, arrastrada y nasal propia del vulgo que trabaja allí.

—Cuando esté concluida, ya habláremos de ello. De momento no consigo adelantar. Tan difíciles resultan los protagonistas pelirrojos como los morenos.

Se había sentado junto al fuego y miraba los carbones encendidos.

—*Yo* no entiendo qué es lo que encuentras tan difícil. Para mí está más claro que el agua —repuso. Una vaharada de gas brotó por entre las barras de hierro, se incendió y produjo un leve silbido—. ¿Y si empezásemos por las aventuras del protagonista pelirrojo, desde el momento en que llegó desde el norte a mi galera y la capturó y navegó hasta las Playas?

Ahora me cuidé muy bien de interrumpir a Charlie. No tenía a mano papel ni pluma, y no me atrevía a moverme por no romper la corriente. Las vaharadas de gas proferían un soplido quejumbroso, la voz de Charlie descendió casi hasta el susurro, y refirió un relato de la navegación hacia Furdurstrandi de una galera abierta, de puestas de sol en alta mar, vistas bajo la curva de la única vela, atardecer tras atardecer, cuando el espolón de la galera apuntaba al centro del disco que iba sumergiéndose, pues, en palabras de Charlie, «así navegábamos orientados, pues no disponíamos de ningún otro guía». Habló de un desembarco en una isla y de exploraciones por sus bosques, en los cuales la tripulación mató a tres hombres que encontraron durmiendo bajo los pinos. Sus fantasmas, dijo Charlie, siguieron a nado a la galera y la tripulación, después de echarlo a suertes, arrojó por la borda a uno de los suyos como sacrificio a los dioses desconocidos a los cuales habían ofendido. Luego se alimentaron de algas marinas al agotárseles las provisiones, y se les hincha ron las piernas, y su jefe, el hombre de pelo rojo, mató a dos remeros amotinados, y al cabo de un año entre los bosques levaron anclas rumbo a la patria, y un viento incesante los condujo con tal seguridad que por las noches dormían todos. Esto, y mucho más, contó Charlie. A veces bajaba tanto la voz que yo no lograba percibir las palabras, aun estando con cada nervio en tensión. Habló de su jefe, el hombre pelirrojo, como un pagano habla de su Dios; pues era él quien los animaba o los mataba con total imparcialidad según creyese que era lo más conveniente para ellos en cada momento; y fue él quien timoneó la embarcación durante los tres días en que navegaron por entre hielos flotantes, cuando en cada témpano se apiñaban extrañas fieras que «trataban de navegar con nosotros», dijo Charlie, «y nosotros las rechazábamos golpeándolas con las empuñaduras de los remos».

Las vaharadas de gas se extinguieron, una brasa cedió y el fuego se desplomó en el fondo del hogar con un estallido diminuto. Charlie dejó de hablar y yo no

pronuncié palabra.

—¡Por Júpiter! —dijo al fin sacudiendo la cabeza—. Me he quedado mirando el fuego hasta marearme. ¿Qué iba a decir?

—Algo acerca del libro de la galera.

—Ya lo recuerdo. Será el veinticinco por ciento de los beneficios, ¿verdad?

—Será lo que tú quieras cuando haya concluido el relato.

—Quería estar seguro. Ahora he de marcharme. Tengo… tengo una cita. —Y se marchó.

Si yo no hubiera tenido los ojos vendados, bien habría podido suponer que aquel entrecortado murmullo junto al fuego era el canto de cisne de Charlie Mears. Pero lo creí el preludio a una revelación total. ¡Por fin, por fin burlaría a los Señores de la Vida y la Muerte!

La próxima vez que Charlie vino a verme lo recibí entusiasmado. Él estaba nervioso y azorado, pero tenía los ojos resplandecientes y los labios entreabiertos.

—He hecho un poema —dijo; y agregó con rapidez—: Es el mejor que he hecho nunca. Léelo. —Me lo plantó en la mano y se retiró hacia la ventana.

Gemí en mi fuero interno. Sería cuestión de media hora el criticar —es decir, el elogiar— el poema lo suficiente para satisfacer a Charlie. Entonces tuve una buena razón para gemir, pues Charlie, abandonando sus kilométricos metros favoritos, había ensayado un verso más breve y cantarín, un verso, además, con una idea de fondo. He aquí lo que leí:

¡Qué hermoso es el día, qué jocundo el viento
    Detrás de la colina vocea,
Allí do el bosque doblega a su antojo
    Y al arbolito zarandea!
¡Amotínate, viento; llevo yo en el alma
    Algo que no se aviene a verte en calma!

Ella me hizo don de sí misma; ¡cielos y tierra,
    Mar gris, ella es ya solo mía!
Que oigan mi grito los hoscos peñascos
    Y se alegren de mi alegría.

¡Tierra, la he ganado y es mía;
    Regocíjate, que es primavera!
¡Regocíjate! ¡Mi amor bien se merece
    Los dones de tu entraña entera!
¡Que el mozo que te labra sienta mi alborozo
    Por las aradas tempraneras!

—Sí, son las aradas tempraneras, no hay duda —dije con el alma empavorecida. Charlie sonrió, pero no dijo nada.

Roja nube del ocaso, dilo al mundo.
    ¡Dame albricias por mi fortuna,
Oh sol! ¡Señor soy absoluto
    Del alma de una mujer, de una!

—¿Y bien? —dijo Charlie, inclinándose por encima de mi hombro.

Pensé que estaba lejísimos de estar bien, que estaba rematadamente mal, cuando en silencio depositó una fotografía encima del papel: la fotografía de una muchacha de cabellos ensortijados y flácida boca estúpida.

—¿Verdad que es… verdad que es maravilloso? —murmuró, ruborizado hasta la punta de las orejas, envuelto en el sonrosado misterio del primer amor—. Yo no sabía… no pensaba… llegó como un rayo.

—Sí. Llega como un rayo. ¿Eres muy feliz, Charlie?

—¡Dios mío… ella… ella me quiere! —Se sentó repitiéndose a sí mismo las últimas palabras. Miré el rostro lampiño, la estrecha espalda ya encorvada por el trabajo de escritorio, y me pregunté cuándo, dónde y cómo había amado en sus vidas anteriores.

—¿Qué dirá tu madre? —pregunté bienhumoradamente.

—¡Maldito lo que me importa lo que diga!

A los veinte años son muchas, debidamente, las cosas que maldito nos han de importar, pero a las madres no deberíamos incluirlas en la lista. Se lo dije apaciblemente; y él se puso a describirla a Ella como Adán debió de describir la gloria y la ternura y la belleza de Eva a los animales recién nombrados. De pasada me enteré de que Ella era una dependienta de estanco con debilidad por la moda y de que le había dicho ya cuatro o cinco veces que nunca la había besado un hombre anteriormente.

Charlie seguía hablando sin parar; mientras tanto, yo, separado de él por millares de años, meditaba sobre el comienzo de las cosas. Ahora comprendía por qué los Señores de la Vida y la Muerte cierran las puertas con tanto cuidado detrás de nosotros. Es para que no recordemos nuestros primeros y más bellos enamoramientos. De no ser así, nuestro mundo se quedaría despoblado en cosa de cien años.

—Bueno, y volviendo a la historia de la galera… —dije, aún más jovialmente, aprovechando una pausa en el torrente de su palabreo.

Charlie alzó los ojos como si hubiese recibido un golpe.

—La galera… ¿qué galera? ¡Santo cielo, hombre, no bromees! ¡Esto es serio! ¡No sabes lo serio que es!

Grish Chunder estaba en lo cierto. Charlie había probado el amor de mujer que mata el recuerdo, y la historia más bella del mundo nunca se escribiría.

«ELLOS»

Un paisaje me llevaba a otro; la cima de una colina, a otra cercana, en la mitad del condado, y ya que no tenía más dificultad que empujar una palanca dejé que el condado fluyera bajo mis ruedas. Los llanos del este tachonados de orquídeas dieron paso al tomillo, los acebos y la hierba grisácea de los promontorios Calizos del sur; y estos a los maizales feraces y las higueras de la costa baja, donde se lleva a mano izquierda el batir de la marea a lo largo de veinticinco kilómetros inalterables; y cuando por último torcí tierra adentro a través de un racimo de colinas redondeadas y bosques me encontré con que había perdido todos mis puntos de referencia. Más allá de la mismísima aldea que presume de madrina de la capital de Estados Unidos encontré villorrios perdidos donde las abejas, lo único despierto, zumbaban alrededor de tilos de veinticinco metros de altura que se cernían sobre grises iglesias normandas; arroyos milagrosos que se deslizaban bajo puentes de piedra construidos para un tráfico más pesado que el que jamás volvería a hollarlos; graneros diezmales más grandes que sus respectivas iglesias, y una vieja fragua que pregonaba con voz potente haber sido antaño una sala de los templarios. Encontré gitanos en un ejido donde la aulaga, el brezo y el helecho decidían su predominio en una batalla de más de un kilómetro de carretera romana; y algo más lejos espanté a un zorro rojo que se revolcaba a la manera de los perros bajo la luz desnuda del sol.

Viéndome encerrado entre colinas boscosas me erguí dentro del auto para orientarme y busqué aquel gran promontorio cuya cima anillada es como un mojón para ochenta kilómetros a la redonda de comarcas bajas. Por la estructura del terreno juzgué que acabaría dando con alguna carretera que discurriese, rumbo al este, hasta sus pies, pero no había contado con el velo desorientador de los bosques. Una curva cerrada me sumergió primero en un verde terreno rebajado repleto de líquida luz solar, y después en un túnel lóbrego donde las hojas muertas del año anterior formaron un alboroto de susurros alrededor de mis neumáticos. Los vigorosos avellanos que se entrecruzaban sobre mi cabeza llevaban por lo menos dos generaciones sin ser podados, y ni una sola hacha había ayudado al roble y al haya, podridos de musgo, a retoñar por encima de ellos. Aquí la carretera se convirtió francamente en una vereda alfombrada sobre cuyo terciopelo pardo brotaban como jade matas de prímulas marchitas, y unas cuantas campánulas azules cabeceaban al unísono, enfermizas, sobre sus tallos blancos. Como la pendiente me era favorable apagué el motor y me dejé llevar entre la hojarasca, esperando a cada momento encontrarme con algún guardabosques; pero no oí más que un grajo, a lo lejos, disputando con el silencio bajo el crepúsculo de los árboles.

El sendero seguía bajando. A punto estaba de invertir el sentido de la marcha y hacer un esfuerzo para volver en segunda antes de ir a dar en una ciénaga, cuando vi

luz solar a través de la maraña de vegetación que me cubría y solté el freno.

Cuesta abajo de nuevo. Como el sol me daba en la cara, mis ruedas delanteras invadieron el césped de una gran pradera silenciosa de la cual surgían jinetes de tres metros de altura blandiendo lanzas, monstruosos pavos reales y elegantes doncellas de honor con la cabeza redondeaba —azules, negras y relucientes—, todo ello en tejo recortado. Al otro extremo de la pradera —las tropas arbóreas de los bosques la sitiaban por tres lados— se alzaba una antigua casa de piedra cubierta de liquen y trabajada por la intemperie, con ventanas con parteluz y un tejado de color rojo rosado. Estaba flanqueada por muros semicirculares, también de color rojo rosado, que cerraban la pradera por el cuarto lado, y a sus pies crecía un seto de boj de la altura de un hombre. En el tejado había palomas rondando las esbeltas chimeneas de ladrillo, y tuve un atisbo de un palomar octogonal detrás del muro de defensa.

Allí, entonces, me paré; la lanza verde de un jinete apuntaba a mi pecho; me retenía la belleza excelsa de aquella joya en aquel enclave.

«Si no me expulsan por intruso, o si este caballero no se arroja sobre mí —pensé —, por lo menos Shakespeare y la reina Isabel deberían salir de esa puerta entreabierta del jardín para invitarme a tomar el té».

Se asomó una niña en una de las ventanas de la planta alta y me pareció que la criaturita saludaba amistosamente con la mano. Pero era para llamar a un compañero, pues enseguida se dejó ver otra cabeza brillante. Oí entonces una risa entre los pavos reales de tejo, y volviéndome para cerciorarme (hasta entonces había estado observando solo la casa) vi la plata de una fuente tras un seto erigido contra el sol. Las palomas del tejado arrullaban al agua arrulladora; pero entre las dos melodías me llegó la risita de felicidad total de un niño entregado a alguna pequeña travesura.

La puerta del jardín —roble macizo encajado en la robustez del muro— se abrió un poco más: una mujer rocada con un gran sombrero de faena puso los pies despacio sobre el escalón de piedra erosionada, e igual de despacio echó a andar por el césped. Estaba yo pensando en qué excusa dar cuando alzó la cabeza y vi que era ciega.

—Lo he oído —dijo—. ¿No es un automóvil?

—Me temo que me he equivocado de ruta. Debí desviarme más arriba… Nunca imaginé… —rompí a hablar.

—Pero si me alegro mucho. ¡Figúrese un automóvil entrando en el jardín! Es tal acontecimiento… —Se dio la vuelta e hizo como si lanzara una mirada en su derredor—. No habrá… no habrá usted visto a nadie, ¿verdad?

—A nadie con quien haya podido hablar, pero a cierta distancia los niños parecían interesados.

—¿Qué niños?

—Hace nada he visto a un par en la ventana de arriba, y creo haber oído a un chavalillo por aquí por el jardín.

—¡Oh, hombre afortunado! —exclamó, y se le iluminó el semblante—. Yo los oigo, por supuesto, pero eso es todo. ¿Usted los ha visto y oído?

—Sí —respondí—. Y, si algo entiendo de niños, hay uno que se está divirtiendo de lo lindo ahí en la fuente. Ha huido, supongo.

—¿Le gustan los niños?

Le di una o dos razones por las cuales no los odiaba precisamente.

—Claro, claro —dijo—. Entonces lo entenderá. Entonces no creerá que estoy mal de la cabeza si le pido que dé con el auto una o dos vueltas por el jardín… muy despacio. Seguro que los encantará verlo. Ven tan pocas cosas, los pobrecitos. Una trata de hacerles grata la vida, pero… —Extendió las manos en dirección al bosque —. Aquí estamos tan apartados del mundo.

—¡Será algo espléndido! —dije—. Pero lo que no querría es estropearle el césped.

Se volvió hacia la derecha.

—Espere un momento —dijo—. Estamos en la puerta sur, ¿no? Detrás de esos pavos reales hay un sendero de losas. Lo llamamos el Paseo de los Pavos Reales. Desde aquí no se ve, me dicen, pero si consigue usted conducir arrimado al borde del bosque podrá doblar cuando encuentre el primer pavo real y meterse en el sendero.

Era un sacrilegio desvelar el sueño de aquella fachada con el estruendo de la maquinaria, pero di un giro brusco para evitar el césped, pasé rozando el borde del bosque y me metí en el ancho sendero empedrado donde se hallaba la taza de la fuente como un zafiro astral.

—¿Puedo ir yo también? —gritó—. No, por favor, no me ayude. Les gustará más si me ven a mí.

Tanteó el camino hacia la parte delantera del auto, y con un pie en el estribo llamó:

—¡Niños, eh, niños! ¡Venid a ver!

La voz habría hecho salir almas extraviadas del Abismo, por el anhelo que matizaba su dulzura, y no me sorprendió oír un grito de respuesta más allá de los tejos. Debía de ser el niño de la fuente, pero en cuanto nos acercamos voló, dejando un barquichuelo en el agua. Vi el destello de su camisa azul entre los jinetes inmóviles.

Con gran majestad desfilamos por todo el paseo y a requerimiento de ella volvimos a hacerlo en dirección contraria. Esta vez el niño había dominado el pánico, pero se mantenía lejos y vacilante.

—El muchachito nos está observando —dije—. Me pregunto si le apetecería dar una vuelta.

—Son aún timidísimos. Timidísimos. Pero ¡oh, qué afortunado es usted que puede verlos! Escuchemos.

Detuve el motor de inmediato, y la húmeda quietud, grávida con el aroma del boj, nos envolvió como una capa. Oí las tijeras de algún jardinero que podaba, un murmullo de abejas y de voces quebradas que muy bien podían ser de las palomas.

—¡Oh, antipáticos! —dijo fastidiada.

—Acaso solo les da miedo el automóvil. La chiquilla de la ventana parece enormemente interesada.

—¿Sí? —Levantó la cabeza—. Ha sido un error de mi parte decir lo que he dicho. En realidad me quieren. Es lo único que hace la vida digna de ser vivida: que nos quieran de verdad, ¿no le parece? No me atrevo a imaginar cómo sería este sitio sin ellos. Por cierto, ¿es hermoso?

—Creo que es el sitio más hermoso que he visto en mi vida.

—Es lo que dice todo el mundo. Yo puedo sentirlo, desde luego, pero no es exactamente lo mismo.

—Entonces, ¿usted nunca…? —empecé, pero me interrumpí avergonzado.

—No, que yo recuerde. Ocurrió cuando apenas tenía unos meses, me dicen. Y, no obstante, algo sí debo de recordar; de lo contrario, ¿cómo podría soñar en color? En mis sueños veo luz, y colores, pero a *ellos* nunca. Solo los oigo, como cuando estoy despierta.

—Es difícil ver caras en los sueños. Algunas personas pueden, pero la mayoría no tenemos el don —proseguí, alzando la mirada hacia la ventana donde la niña seguía casi escondida.

—También yo lo he escuchado decir —dijo—. Y me dicen que en sueños nunca se ve la cara de alguien que ha muerto. ¿Es verdad?

—Creo que sí, ahora que lo pienso.

—Pero usted… ¿usted ha visto alguna? —Los ojos ciegos se volvieron hacia mí.

—Jamás he visto en sueños las caras de mis muertos —contesté.

—Entonces debe de ser tan malo como ser ciego.

El sol se había sumergido detrás de los bosques y las largas sombras iban apoderándose de los jinetes insolentes uno por uno. Observé extinguirse la luz en el extremo de una lanza cubierta de hojas brillantes y todo el bravo verde intenso diluirse en suave negrura. La casa, aceptando el final de otro día, como había aceptado un centenar de miles ya idos, parecía arraigar más profundamente en su descanso umbrío.

—¿Alguna vez lo ha deseado? —dijo después del silencio.

—A veces mucho —contesté. La niña había abandonado la ventana en cuanto las sombras se cerraron sobre ella.

~¡Ah! Yo también, pero creo que no está permitido… ¿Dónde vive usted?

—Justo al otro extremo del condado: a más de noventa kilómetros, y ya tendría que estar regresando. He venido sin los faros grandes.

—Pero todavía no está oscuro. Lo noto.

—Me temo que lo estará para cuando llegue a casa. ¿Podría mandar conmigo a alguien que me indicara el camino? Estoy totalmente desorientado.

—Mandaré a Madden con usted hasta el cruce. Estamos tan apartados del mundo; ¡no me extraña que se haya desorientado! Yo lo guiaré hasta la fachada de la casa;

pero irá despacio, ¿verdad?, hasta que salga del jardín. No creerá que digo ninguna tontería, ¿eh?

—Le prometo que iré así —dije, y dejé que el auto bajara por su propia inercia por la pendiente del sendero de losas.

Rodeamos el ala izquierda de la casa, cuyas gárgolas de plomo de fundición primorosa bien valían por sí solas todo un viaje; traspusimos un gran arco cubierto de rosales que se abría en el muro rojo y después doblamos hacia la fachada principal de la mansión, que en belleza y majestuosidad superaba a la de atrás igual que a todas las otras que había visto.

—¿Tan hermosa es? —me preguntó melancólica cuando escuchó mis arrebatos —. Y ¿también le gustan las figuras de plomo? Detrás está el viejo jardín de las azaleas. Dicen que este es un sitio que debieron de construir para los niños. ¿Me ayuda a salir, por favor? Me gustaría acompañarlo hasta el cruce, pero no puedo abandonarlos. ¿Eres tú, Madden? Quiero que le indiques a este señor el camino hasta el cruce. Se ha perdido, pero… los ha visto.

Un mayordomo apareció sin hacer el menor ruido en aquel portento de roble antiguo que debían llamar la puerta principal, y se deslizó hacia un costado para tomar su sombrero. Ella me miraba con aquellos ojos, azules abiertos que no veían nada, y por primera vez advertí que era guapa.

—Recuerde —me dijo con sosiego—, si le gustan volverá. —Y desapareció en el interior de la casa.

En el auto el mayordomo no dijo nada hasta que nos aproximamos a la verja de entrada, donde, al atisbo de una camisa azul en un matorral, me desvié generosamente para que el demonio que impulsa a los niños a jugar no me convirtiera en un infanticida.

—Perdone —preguntó de pronto—, pero ¿por qué ha hecho esto, señor?

—Por el niño de allí.

—¿Nuestro señorito de azul?

—Claro.

—Corretea mucho. ¿Lo vio usted junto a la fuente, señor?

—Oh, sí, varias veces. ¿Doblamos por aquí?

—Sí, señor. Y ¿por casualidad no los habrá visto también en la planta alta?

—¿En la ventana? Sí.

—¿Antes de que la señora saliera a hablar con usted, señor?

—Un poquito antes. ¿Por qué está interesado en saberlo?

Hizo una breve pausa.

—Solo para asegurarme de que… de que ellos habrían visto el auto, señor, porque con niños rondando por aquí, aunque estoy seguro de que usted conduce con especial cuidado, podría producirse un accidente. Solo para eso, señor. Hemos llegado al cruce. Desde aquí ya no puede perder el camino. Gracias, señor, pero no es *nuestra* costumbre, no con…

—Lo siento —dije, y me guardé la plata británica.

—Oh, como norma, es lo que se estila con los demás. Adiós, señor.

Se recluyó en la torre fortificada de su casta y se alejó. Evidentemente un mayordomo cuidadoso del honor de su casa e interesado, probablemente por mediación de una doncella, en las labores de crianza.

Cuando hube pasado los postes del cruce miré hacia atrás, pero las colinas apeñuscadas se entrelazaban con tanto celo que no fui capaz de distinguir el emplazamiento de la mansión. Cuando pregunté su nombre en una casita que encontré en la carretera, la mujerona que allí vendía confites me dio a entender que los poseedores de automóviles apenas tenían derecho a vivir… y mucho menos a «ir por ahí charlando como quien va en coche de caballos». No era una comunidad muy afable.

Cuando aquella noche reconstruí mi ruta sobre el mapa adquirí un poco más de sabiduría. Antigua Granja de Hawkin parecía ser la denominación catastral, y la vieja *County Gazetteer*, por lo común tan exhaustiva, no la mencionaba. La gran mansión de aquellos parajes era Hodnington Hall, georgiana con adornos del primer periodo Victoriano, según testimoniaba un horrendo grabado en acero. Trasladé mis dificultades a un vecino —un árbol de profunda raigambre en aquella región— y me dio el nombre de una familia sin ningún poder de evocación.

Más o menos un mes más tarde… volví, o tal vez fue mi auto quien tomó la carretera en un acto de volición. Pasó los promontorios estériles del sur, se abrió paso entre todos y cada uno de los recodos del laberinto de senderos a los pies de las colinas, se manejó a través de los bosques cercados hasta arriba, impenetrables en la plenitud de su foliación, salió al cruce donde me había dejado el mayordomo, y un poco después desarrolló cierto trastorno interior que me obligó a desviarlo hasta un claro herboso en un bosque de avellanos sumido en el silencio estival. En la medida en que podía estar seguro gracias al sol y a un mapa del Estado Mayor, aquella tenía que ser la carretera que flanqueaba el bosque que la otra vez había explorado viniendo de la cima de las colinas. Convertí mis reparaciones en un asunto de auténtica trascendencia, y en un deslumbrante taller mi equipo de herramientas, llaves inglesas, bombas de aire y demás, que esparcí con orden sobre una manta de viaje. Era una trampa para cazar a toda la chiquillería, pues en semejante día, argüí, los niños no debían de andar lejos. Mientras hacía pausas en la labor prestaba atención, pero el verano resonaba tan profusamente en el bosque (aunque las aves se habían apareado ya) que en un primer momento fui incapaz de percibir el paso de unos piececitos cautelosos que se deslizaban sobre la hojarasca. Toqué la bocina a modo de reclamo seductor, pero los pies volaron, conque me arrepentí, pues para un niño no hay mayor terror que el de un ruido imprevisto. Debía de llevar media hora manos a la obra cuando oí en el bosque la voz de la ciega gritando:

—Niños, eh, niños, ¿dónde os habéis metido? —Y el silencio se tornó más lento para coronar la perfección del grito. Ella se dirigía hacia mí, medio tanteando el

camino entre los troncos de los árboles, y aunque llevaba, al parecer, a un niño pegado a las faldas, al acercarse más se escabulló este como un conejo en la espesura.

—¿Es usted? —dijo—. ¿El del otro extremo del condado?

—Sí, soy el del otro extremo del condado.

—Entonces, ¿por qué no ha venido por los bosques de las colinas? Ellos estaban allí ahora mismo.

—Estuvieron aquí hace unos minutos. Creo que se enteraron de que tenía una avería y vinieron a ver el espectáculo.

—No se tratará de algo grave, espero. ¿Cómo se averían los autos?

—De cincuenta formas distintas. Solo que el mío ha escogido la cincuenta y una.

Rio alegremente la pequeña chanza, con carcajada arrulladora y deliciosa, y se echó el sombrero hacia atrás.

—Déjeme escuchar —dijo.

—Un momento —repuse—, que le traeré un almohadón.

Puso los pies en la manta cubierta de piezas desmontadas y se inclinó sobre ellas con ilusión.

—¡Qué cosas tan encantadoras! —Las manos con las que veía exploraron el terreno irregularmente iluminado por el sol—. Aquí hay una caja… ¡y aquí otra! ¡Caramba, las ha acomodado usted como en una juguetería!

—Ahora confieso que las saqué para atraerlos. Lo cierto es que no necesito ni la mitad de todo esto.

—¡Qué amable por su parte! Oí su bocina desde el bosque de la colina. ¿Dice usted que antes de eso estaban aquí?

—Estoy seguro. ¿Por qué son tan tímidos? El chiquillo de azul que venía ahora mismo con usted debería haber superado ya su miedo. Me ha estado observando como un piel roja.

—Habrá sido la bocina —dijo—. Oí a uno de ellos pasar por mi lado todo nervioso cuando venía hacia aquí. Son tímidos… mucho, incluso conmigo. —Volvió la cabeza sobre el hombro y gritó de nuevo—: ¡Niños! ¡Eh, niños! ¡Venid a ver!

—Habrán ido todos a ocuparse de sus cosas —sugerí, pues a nuestras espaldas sé oía un murmullo de voces apagadas salpicado por las agudas risitas súbitas de la niñez. Volví a mis chapuzas y ella se inclinó hacia adelante, apoyado el mentón en una mano, atento el oído.

—¿Cuántos son? —dije al fin. El trabajo estaba terminado, pero no veía razón para marcharme.

Ella arrugó un poco el entrecejo, pensativa.

—En realidad lo ignoro —dijo sinceramente—. A veces más, a veces menos. Vienen y se quedan conmigo porque los quiero, ya lo ve.

—Debe de ser graciosísimo —dije, poniendo un cajón en su sitio, y mientras lo decía reparé en la inanidad de mi comentario.

—¡¿No… no se estará riendo de mí?! —exclamó—. Yo… yo no tengo hijos propios. Nunca me casé. A veces la gente se ríe de mí a causa de ellos porque… porque…

—Porque son unos salvajes —afirmé—. No hay por qué soliviantarse. Los de esa ralea se ríen de todo lo que no sea sus satisfechas vidas.

—No lo sé. ¿Cómo iba a saberlo? Es solo que no me gusta que se rían de mí a causa de *ellos*. Duele; y cuando una no ve… No querría parecer tonta —la barbilla le temblaba como a un niño mientras hablaba—, pero los ciegos solo tenemos una piel, en mi opinión. Todo lo de fuera nos golpea directamente en el alma. Con ustedes es distinto. Ustedes tienen unas defensas excelentes en los ojos; antes de que alguien pueda herirlos de veras en el alma pueden verlo. Con nosotros la gente se olvida de eso.

Permanecí en silencio, mientras pasaba revista a aquella cuestión inagotable: la brutalidad, no solo heredada (pues es también escrupulosamente enseñada), de los pueblos cristianos, en comparación con la cual es limpia y mesurada la simple idolatría del negro de la Costa Occidental. Esto me llevó muy lejos dentro de mí.

—¡No haga eso! —dijo de pronto, cubriéndose los ojos con las manos.

—¿El qué?

Hizo un ademán.

—¡Eso! Es… es todo púrpura y negro. ¡No lo haga! Ese color lastima.

—¡Pero ¿cómo diantres conoce los colores?! —exclamé, pues esto encerraba toda una revelación.

—¿Los colores en cuanto colores? —preguntó.

—No. *Esos* Colores que acaba usted de ver.

—Usted lo sabe tan bien como yo —dijo riendo— o de lo contrario no habría hecho esa pregunta. No están en el mundo. Están *en usted*… cuando se ha puesto tan furioso.

—¿Se refiere a algo así como una mancha de un tenue color púrpura, como vino de oporto mezclado con tinta? —dije.

—Nunca he visto ni tinta ni oporto, pero los colores no están mezclados. Están separados… bien separados.

—¿Se refiere a algo así como rayas y motas negras sobre el púrpura?

Asintió.

—Sí… si es que son así —y de nuevo trazó un zigzag con el dedo—, pero es más rojo que púrpura ese color malo.

—Y ¿cuáles son los colores que ocupan el primer puesto en… lo que sea que usted ve?

Se agachó despacio y trazó sobre la manta la figura del Huevo.

—Así los veo —dijo señalando con un tallo de hierba—, blanco, verde, amarillo, rojo, púrpura, y cuando la gente está enojada o es mala, negro sobre rojo… como usted ahora.

—¿Quién le habló de estas cosas… en un principio? —demandé.

—¿De los colores? Nadie. Cuando era pequeña preguntaba de qué color eran manteles y cortinas y alfombras, ¿sabe?, porque algunos me lastimaban y otros me ponían contenta. La gente me lo decía; y cuando me hice mayor fue así como vi a las personas. —Otra vez trazó la silueta del Huevo que solo a unos pocos nos es dado ver.

—¿Todo usted sola? —insistí.

—Todo yo sola. No tenía a nadie más. Solo más tarde descubriría que hay otras personas que no ven los Colores.

Estaba recostada en el tronco de un árbol trenzando y destrenzando tallitos de hierba arrancados al azar. Los niños del bosque se habían acercado. Los veía por el rabillo del ojo jugueteando como ardillas.

—Ahora estoy segura de que usted jamás se reirá de mí —prosiguió después de una larga pausa—. Ni de *ellos*.

—¡Por el amor de Dios! ¡No! —exclamé arrancado de golpe a mis pensamientos —. ¡Un hombre que se ríe de un niño (a menos que el niño se ría también) es un pagano!

—No era eso lo que yo quería decir, por descontado. Usted nunca se reiría de un niño, pero pensé… antes pensaba… que tal vez sí podría reírse sobre *ellos*. Conque ahora le pido disculpas… ¿De qué está por reírse?

No salió de mí el menor sonido, pero ella sabía.

—De la sola idea de que me pida disculpas. Si usted hubiera cumplido con su deber como pilar del Estado y terrateniente, habría debido denunciarme por violación de propiedad cuando irrumpí en sus bosques el otro día. Fue vergonzoso por mi parte, imperdonable.

Me miró, con la cabeza apoyada en el árbol, larga y fijamente: esta mujer que podía ver el alma al desnudo.

—Qué curioso —dijo en un susurro—. Qué curioso de veras.

—Pues ¿qué he hecho?

—No entiende… y sin embargo sí entiende los Colores. ¿No entiende?

Hablaba con una pasión que nada había justificado, y la miré perplejo mientras se ponía de pie. Los niños se habían reunido en corro detrás de un zarzal. Una cabeza lustrosa se inclinó sobre algo más pequeño, y por la posición de los hombritos deduje que tenía los dedos sobre los labios. También ellos tenían algún terrible secreto infantil. Solo yo estaba perdido sin ninguna esperanza bajo la luz del ancho sol.

—No —dije, y negué con la cabeza como si los ojos sin vida pudieran advertirlo —. Sea lo que fuere, no lo entiendo todavía. Tal vez lo entienda más adelante… si me permite volver.

—Volverá —respondió—. Seguro que volverá a pasear por el bosque.

—Quizá para entonces los niños me conozcan lo bastante para dejarme jugar con ellos… como un favor. Ya sabe cómo son los niños.

—No es cuestión de favor sino de derecho —replicó, y mientras yo me preguntaba qué querría decir, una mujer desgreñada apareció corriendo en el recodo de la carretera, revueltos los cabellos, rojo el semblante, casi agonizando por la carrera. Era mi gorda amiga maleducada de la confitería. La ciega escuchó y avanzó un paso—. ¿Quién es? ¿La señora Madehurst? —preguntó.

La mujer se llevó con violencia el delantal a la cara y literalmente se arrastró por el polvo, lloriqueando que su nieto estaba enfermo de muerte, que el médico de la localidad estaba de pesca, que Jenny la madre estaba fuera de sí, y así sucesivamente, con reiteraciones y clamores.

—¿Dónde se puede encontrar a otro médico por aquí cerca? —pregunté entre dos paroxismos.

—Madden se lo indicará. Vaya a la casa y llévéselo con usted. Yo me ocuparé de esto. ¡Dese prisa! —Sostuvo a medias a la gorda y se la llevó a la sombra. Dos minutos después hacía sonar yo todas las trompetas de Jericó ante la fachada de la Casa Hermosa, y Madden, desde la despensa, acudió a la crisis como un mayordomo y como un hombre.

Un cuarto de hora a velocidad ilegal nos proporcionó un médico después de ocho kilómetros. Otro cuarto de hora después lo depositábamos, interesadísimo en los automóviles, a la puerta de la confitería, y nos quedamos en la carretera a aguardar el veredicto.

—Cosas útiles los autos —dijo Madden, todo hombre y nada mayordomo—. Si hubiera tenido uno cuando la mía enfermó, no habría muerto.

—¿Qué ocurrió? —pregunté.

—Garrotillo. La señora Madden no estaba. Nadie sabía qué hacer. Recorrí doce kilómetros en un carro de carga en busca del médico. Se había asfixiado cuando volvimos. Este auto la habría salvado. Ahora tendría casi diez años.

—Lo lamento —dije—. Sabía cuánto le gustaban los niños por lo que me dijo camino del cruce el otro día.

—¿Ha vuelto a verlos, señor… esta mañana?

—Sí, pero ven un auto y echan a correr. No logré que uno solo se acercara a menos de veinte metros de él.

Me miró con atención de la misma manera que un explorador examina a un desconocido… no como un sirviente debería alzar la vista ante el superior adjudicado a él por la divinidad.

—Me pregunto por qué —dijo mientras respiraba hondo.

Seguimos esperando. Una ligera brisa marina erraba de un lado a otro de la larga sucesión de bosques, y la hierba de la orilla de la carretera, ya blanqueada de polvo estival, se erguía y curvaba en oleadas cetrinas.

Una mujer, sacudiéndose el jabón de los brazos, salió de la casa contigua a la confitería.

—He estado escuchando desde el patio de atrás —dijo con animación—. Dice que Arthur está terriblemente mal. ¿Lo oyeron gritar hace un momento? Terriblemente mal. Sospecho que la semana que viene le llegará a Jenny el turno de pasear por el bosque, señor Madden.

—Disculpe, señor, pero se le escurre la manta del regazo —dijo deferente Madden. La mujer se sobresaltó, hizo una reverencia y se marchó corriendo.

—¿Qué quiere decir con eso de «pasear por el bosque»? —pregunté.

—Debe de ser un modismo de estos andurriales. Yo soy de Norfolk —dijo Madden—. En este condado son gente muy independiente. Lo tomó por un chófer, señor.

Vi que el médico salía de la casa seguido por una muchacha desaliñada que se colgaba de su brazo como si él pudiera interceder en un pacto con la Muerte.

—Estos niños —plañía— son para nosotras que los tenemos igual que si fueran hijos legítimos. ¡Igual igual! Y Dios se alegraría tanto si salvara a uno de ellos, doctor. No me lo quite. La señorita Florence le dirá lo mismo. ¡No lo abandone, doctor!

—Ya sé, ya sé —dijo el hombre—, pero ahora va a quedarse tranquilo un rato. Traeremos a la enfermera y los medicamentos cuanto antes. —Me hizo una seña para que me acercara con el auto, y yo me esforcé en desentenderme de lo que iba a seguir; pero vi el rostro de la muchacha, cuarteado y helado por el dolor, y noté su mano sin anillo tratando de aferrarse a mis rodillas justo cuando arrancábamos.

El médico era hombre de cierto carácter, pues recuerdo que requirió mi auto amparándose en el juramento de Esculapio, y se valió de él y de mí sin misericordia. En primer lugar trasladamos a la señora Madehurst y a la ciega a casa del enfermo para que lo velaran hasta que llegase la enfermera. A continuación invadimos una bonita población en busca de medicamentos (el médico dijo que se trataba de meningitis cerebroespinal), y cuando el Hospital del Condado, rodeado y flanqueado por reses de mercado asustadas, se declaró carente de enfermeras por el momento, literalmente nos lanzamos sobre todo el condado. Conferenciamos con propietarios de grandes mansiones, magnates al final de arboledas abovedadas cuyas huesudas hembras abandonaban sus mesas de té para escuchar al imperioso doctor. Finalmente, una dama de cabellera blanca sentada bajo un cedro del Líbano y rodeada por una corte magnificente de galgos rusos —todos ellos hostiles a los automóviles— le dio al médico, que las recibió como de manos de una princesa, órdenes escritas que portamos a velocidad máxima durante muchos kilómetros, a través de una hacienda, hasta un convento de monjas francesas, donde recibimos a cambio una hermana pálida y temblorosa. Se arrodilló al fondo del asiento trasero pasando las cuentas de su rosario sin pausa hasta que, utilizando atajos de la invención personal del médico, llegamos a la confitería una vez más. Fue una tarde prolongada repleta de episodios demenciales que se levantaban y disolvían como el polvo de nuestras ruedas; fragmentos de vidas remotas e incomprensibles por las cuales acelerábamos girando

en ángulo recto; y volví a casa ya de anochecida, extenuado, y soñé con un fragor de reses cornudas; con monjas de ojos redondos paseando por un jardín de tumbas; con tés deliciosos a la sombra de los árboles; con los corredores pintados de gris, que olían a ácido fénico, del Hospital del Condado; con pasos de niños tímidos en el bosque, y con manos que se aferraban a mis rodillas al arrancar el automóvil.

Tenía intención de volver al cabo de uno o dos días, pero al Destino lo complugo mantenerme alejado de esa parte del condado, con muchos pretextos, hasta que el saúco y el rosal silvestre dieron su fruto. Llegó al fin un día resplandeciente, despejado por el viento del sudoeste, que me puso las colinas al alcance de la mano: un día de corrientes inestables y altas nubes tenues. Sin mérito alguno por mi parte estaba libre, y por tercera vez conduje el auto por la carretera que ya conocía. Al llegar a las cimas de los promontorios del sur sentí que la suave brisa cambiaba, la vi ponerse vidriosa bajo el sol; y mirando abajo hacia el mar contemplé en aquel instante el azul del Canal tornándose de plata bruñida, luego de acero mate, y finalmente de peltre deslucido. Un carguero de carbón que bordeaba la costa ponía rumbo a aguas más profundas, y a través de una calina cobriza vi desplegar una vela tras otra en la anclada flota pesquera. En un valle boscoso y profundo a mis espaldas tamborileaba un remolino súbito de viento al abrigo de los robles y levantaba los primeros ejemplares de hojarasca otoñal. Cuando llegué a la carretera de la playa, la niebla marina se extendía sobre el empedrado y la marea contaba a todos los rompeolas el ventarrón que venía de más allá de Ushant. En menos de una hora la Inglaterra estival se desvaneció en un escalofrío gris. Éramos otra vez la isla cerrada del norte, con todos los barcos del mundo vociferando ante nuestras peligrosas puertas; y entre su vocerío sonaban los chillidos de las gaviotas asombradas. Mi gorra rezumaba humedad, los pliegues de la manta la acumulaban en charquitos o la vertían en hilillos, y la escarcha salada se me adhería a los labios.

Tierra adentro, el aroma del otoño impregnaba la niebla espesa entre los árboles, y la llovizna se transformó en un chaparrón continuo. No obstante, las flores tardías —la malva de la orilla del camino, la escabiosa del campo y la dalia del jardín— manifestaban un poco de alegría entre la bruma, y, en todo cuanto quedaba lejos del soplo del mar, pocos signos de falta de lozanía se observaban entre las hojas. En las aldeas, de todos modos, las casas estaban abiertas de par en par, y niños de piernas desnudas y cabeza descubierta se sentaban a sus anchas en los húmedos escalones de los portales para gritar «pip-pip» al forastero.

Me armé de valor para llamar a la puerta de la confitería, donde la señora Madehurst me recibió con las lágrimas hospitalarias de una mujer gorda. El hijo de Jenny, dijo, había muerto dos días después de la llegada de la monja. Mejor así, creía ella, mejor sin él, a pesar de que las compañías de seguros, por motivos que ella no pretendía comprender, rehusaban asegurar vidas tan extraviadas. «Y no crea, que

Jenny cuidó a Arthur como si fuera a quedar bien del todo al primer año… tan bien como Jenny misma». Gracias a la señorita Florence, el niño había tenido un entierro con una pompa que, en opinión de la señora Madehurst, tapaba con creces la pequeña irregularidad de su nacimiento. Describió el ataúd, por dentro y por fuera, el coche fúnebre de cristales y el ornato de siempreviva de la tumba.

—Pero ¿cómo está la madre? —pregunté.

—¿Jenny? Oh, lo superará. Yo tuve que pasar lo mismo con uno o dos de los míos. Lo superará. Ahora pasea por el bosque.

—¿Con este tiempo?

La señora Madehurst me miró desde detrás del mostrador entrecerrando los ojos.

—No lo sé, pero es algo que abre el corazón, ¿sabe usted? Sí, abre el corazón. Allí es donde perder y concebir se vuelven a la larga la misma cosa, decimos nosotros.

Ahora bien, la sabiduría de las viejas matronas es mayor que la de todos los Padres, y este último oráculo me dejó tan profundamente reflexivo mientras enfilaba la carretera que a punto estuve de atropellar a una mujer y a un niño en la boscosa revuelta próxima a la verja de entrada de la Casa Hermosa.

—¡Qué mal tiempo! —exclamé, disminuyendo la marcha para coger la curva.

—No es tan malo —replicó con placidez la mujer saliendo de la niebla—. El mío está acostumbrado. Los de usted estarán adentro, supongo.

Adentro, Madden me recibió con cortesía profesional y un amable interés por la salud del automóvil, el cual llevó a cubierto.

Aguardé en un salón silencioso de color nuez, adornado con bonitas flores tardías y caldeado por un fuego de leños delicioso: un sitio de buenos auspicios y gran paz. (Los hombres y las mujeres pueden a veces, tras grandes esfuerzos, hacer creíble una mentira; pero una casa, que es su templo, no puede decir nada que no sea la verdad sobre quienes han vivido en ella). Un carrito de juguete y una muñeca descansaban en el suelo blanco y negro, donde había una alfombra arrugada. Comprendí que los niños acababan de huir —casi seguramente para esconderse— por los múltiples recodos de la gran escalera de madera labrada que ascendía sin claudicaciones desde la sala, o para espiarme agazapados tras los leones y rosas esculpidos de la galería de la planta alta. Oí entonces la voz de ella desde arriba cantando como cantan los ciegos, con el alma:

En los hermosos huertos cercados.

Y todo mi primer verano acudió de nuevo bajo esa invocación.

En los hermosos huertos cercados
pedimos a Dios que bendiga nuestras ganancias.
Pero que Dios bendiga nuestras pérdidas
es más propio de nuestra condición

Prescindió del ripioso verso quinto y repitió:

La vi apoyada en la galería, con sus enclavijadas manos blancas como una perla contra el roble.

—¿Es usted… el del otro extremo del condado? —llamó.

—Sí, yo el del otro extremo del condado —respondí riendo.

—Cuánto tiempo se ha tomado para volver. —Bajó deprisa la escalera, tocando apenas con una mano el ancho pasamanos—. Hace dos meses y cuatro días. ¡Ha pasado el verano!

—Quise venir antes, pero el Destino lo impidió.

—Lo sabía. Por favor, haga algo con ese fuego. No me dejan tocarlo, pero sé que se está portando mal. ¡Atícelo!

Miré a ambos lados de la profunda chimenea y solo encontré una estaca de seto medio chamuscada con la cual empujé un leño negro hasta las llamas.

—Nunca lo apagamos, ni de noche ni de día —dijo a modo de explicación—. Por si llega alguien con los pies helados, ya sabe.

—Es aún más bonita por dentro que por fuera —murmuré. La luz roja se derramó en todos los paneles de madera oscura pulidos por el tiempo, hasta que las rosas Tudor y los leones de la galería cobraron color y movimiento. Un antiguo espejo convexo rematado por un águila conjugaba los elementos del cuadro en su corazón misterioso, deformando aún más las ya deformadas sombras y curvando las líneas de la galería en las curvas propias de un barco. El día se cerraba en un medio vendaval en tanto que la niebla se deshacía en flecos. A través de los parteluces sin cortinas del amplio ventanal veía yo los valientes jinetes de la pradera retrocediendo y avanzando ante el viento que los escarnecía con legiones de hojas muertas.

—Sí, debe de ser bonita —dijo—. ¿Le gustaría recorrer la casa? Todavía hay luz suficiente.

La seguí por la impávida escalera, ancha como un vagón, a la galería, donde abrió las puertas isabelinas de estrías finas.

—Vea a qué baja altura están los picaportes, por mor de los niños. —Abrió una puerta liviana hacia el interior de una habitación.

—A propósito, ¿dónde están? —pregunté—. Hoy ni siquiera los he oído.

No respondió enseguida. Luego repuso con suavidad:

—Yo solo puedo oírlos. Esta es una de sus habitaciones; todo está dispuesto, vea.

Indicaba una habitación toda revestida de gruesos paneles de madera. Había mesitas plegables bajas y sillas de niño. Delante de una casa de muñecas, con la fachada medio despegada, había un gran caballo de balancín, moteado, desde cuya silla almohadillada cualquier niño podría cubrir de un salto el espacio hasta el asiento amplio de la ventana que miraba a la pradera. Una escopeta de juguete yacía en un rincón al lado de un cañón de madera dorada.

—Seguramente se acaban de ir —susurré. En la luz menguante crujió una puerta con cautela. Oí el frufrú de un vestido y el golpeteo de unos pies… unos pies veloces

que cruzaban otra habitación.

—Lo he oído —exclamó triunfante—. ¿Y usted? Niños, eh, niños, ¿dónde estáis?

La voz resonó en las paredes, que la sostuvieron amorosamente hasta la última nota perfecta, pero no se escuchó ningún grito de respuesta como el que yo había oído en el jardín. Corrimos de una habitación a otra por pisos pavimentados de roble; un peldaño arriba aquí, tres peldaños abajo allá; entre un laberinto de pasillos; burlados siempre por nuestra presa. Era como si hubiéramos tratado de invadir una madriguera abierta de conejos con un solo hurón. Había bocas innumerables, huecos en las paredes, alféizares de ventanas hundidas en lo más hondo, desde donde podían ponerse en pie de un salto a nuestras espaldas; y chimeneas que no se usaban, cavadas dos metros dentro de la mampostería, así como una maraña de puertas de comunicación. Sobre todo, ellos tenían el crepúsculo como aliado suyo en nuestro juego. Habían llegado a mis oídos una o dos jocosas risitas evasivas, y una o dos veces había visto la silueta de un vestido infantil recortada contra una de las ventanas en penumbra en el extremo de un pasillo; pero regresamos a la galería con las manos vacías, justo cuando una mujer de edad madura colocaba una lámpara en su hornacina.

—No, yo tampoco la he visto esta tarde, señorita Florence —la escuché decir—, pero ese tal Turpin dice que desea verla por lo de su establo.

—Oh, seguro que el señor Turpin está apuradísimo por verme. Dígale que pase al salón, señora Madden.

Miré abajo hacia el salón, cuya única iluminación era el fuego mortecino, y en lo profundo de la sombra los vi por fin. Debían de haber bajado sin hacer ruido mientras nosotros recorríamos los pasillos, y ahora se creían perfectamente ocultos detrás de un biombo antiguo de cuero dorado. Con arreglo a la ley de los niños, mi persecución infructuosa valía como una presentación en regla, pero en vista de las molestias que me había tomado resolví obligarlos a salir recurriendo al sencillo truco, que los niños detestan, de fingir no hacerles caso. Estaban cerca, en un corrillo: nada más que sombras excepto cuando una breve llamarada delataba uno de sus perfiles.

—Y ahora tomaremos un poco de té —dijo—. Me parece que debí ofrecérselo antes, pero una nunca llega a saber lo que son los modales, en cierta medida, cuando vive sola y es considerada… uhm… peculiar. —Y con sorna evidente añadió—: ¿Quiere una lámpara para ver lo que come?

—El fuego de la chimenea es más agradable, opino. —Descendimos a aquella penumbra deliciosa y Madden sirvió el té.

Tomé asiento de espaldas al biombo a fin de poder pillar, o ser pillado, según se desarrollara el juego, por sorpresa a los niños, y, con el permiso de mi anfitriona, pues el fuego del hogar siempre es sagrado, me agaché para remover las brasas.

—¿De dónde saca estos leños cortos tan preciosos? —pregunté ociosamente—. ¡Pero si son tarjas!

—Pues claro —dijo—. Como no puedo leer ni escribir he tenido que volver a las antiguas tarjas inglesas para mis cuentas. Deme una y le diré lo que pone.

Le alcancé una tarja de avellano que aún no había ido a parar al fuego, casi de treinta centímetros de largo, y ella deslizó el pulgar por las muescas.

—Esta es la partida de leche para la granja correspondiente al mes de abril del año pasado, en galones —dijo—. No sé lo que habría sido de mí sin las tarjas. Uno de mis antiguos guardabosques me enseñó el sistema. Ahora resulta anticuado para todo el mundo; pero mis arrendatarios lo respetan. Acaba de llegar para verme uno de ellos. Oh, no se preocupe. Él nada tiene que hacer aquí fuera de las horas de despacho. Es un hombre codicioso e ignorante… muy codicioso, o de lo contrario… no vendría aquí después del anochecer.

—¿Posee usted muchas tierras, pues?

—Solo un par de cientos de acres dependen personalmente de mí, a Dios gracias. Los otros seiscientos están casi todos arrendados a familias que conocieron a mi familia antes que a mí, pero este Turpin es completamente nuevo… y un salteador de caminos.

—Pero ¿está usted segura de que no seré…?

—Ciertamente no. Usted está en su derecho. Él no tiene niños.

—¡Ah, los niños! —dije, y deslicé hacia atrás mi silla baja hasta casi tocar el biombo que los ocultaba—. Me pregunto si saldrán a conocerme.

Hubo un murmullo de voces —la de Madden y otra más grave— en la baja y oscura puerta lateral, y un gigantón pelirrojo con polainas de lona, ejemplar inequívoco de granjero arrendatario, entró dando un traspié, o bien de un empujón.

—Acérquese al fuego, señor Turpin —dijo ella.

—Si… si no le importa, señorita, prefiero… prefiero quedarme junto a la puerta. —Se aferró al picaporte mientras hablaba, como un niño aterrado. De improviso me di cuenta de que era presa de un pánico casi indominable.

—¿Y bien?

—El establo nuevo para las reses jóvenes: solo quería hablarle de eso. Estas primeras tormentas de otoño no cesan… pero ya volveré otro día, señorita. —Sus dientes no castañeteaban mucho más que el picaporte.

—Me parece mejor que no —repuso ella llanamente—. El establo nuevo… uhm… ¿Qué le escribió mi apoderado el día 15?

—Yo… pensé que tal vez si venía a verla… de hom… de hombre a hombre, señorita… pero…

Sus ojos recorrían todos los rincones de la sala, desorbitados de espanto. Entreabrió la puerta por donde había entrado, pero luego la vi cerrada otra vez: desde afuera y con firmeza.

—Mi apoderado le escribió lo que yo le dije que escribiera —prosiguió—. Ya tiene usted reses en exceso. Dunnett’s Farm nunca mantuvo más de cincuenta terneros, ni siquiera en tiempos del señor Wright. Y *él* estercolaba. Usted tiene

sesenta y siete y no estercola. Ha incumplido el contrato en ese respecto. Le está chupando la sangre a la granja.

—Yo… yo voy a traer fertilizantes… superfosfatos… la semana próxima. Ya he pedido que me manden un carro lleno. Mañana iré a la estación de carga para arreglar eso. Puedo venir después a verla de hombre a hombre, señorita, a la luz del día… Este caballero no se marcha, ¿verdad? —Casi lo gritó.

Yo me había limitado a deslizar la silla un poco más atrás, hasta tocar ligeramente el cuero del biombo, pero él saltó como una rata.

—No. Por favor, présteme atención, señor Turpin. —Ella se volvió hacia él en su asiento y lo enfrentó mientras él seguía con la espalda contra la puerta. Fue una estratagema vieja y sórdida lo que ella lo obligó a confesar: la construcción de un establo nuevo a expensas de la arrendadora, con lo cual él podría pagar de sobra la renta del año siguiente con el importe del estiércol protegido, como ella dejó claro, después de haber exprimido hasta la médula los pastizales fertilizados. No pude sino admirar la intensidad de su codicia al verlo arrostrar en pro de sus beneficios el pánico que corría goteando por su frente.

Dejé de tocar el cuero —de hecho estaba calculando el coste del establo— y entonces noté las manos suaves de un niño que asían y daban con suavidad la vuelta a mi mano relajada. Así que por fin había triunfado. Dentro de un instante me daría la vuelta y conocería a aquellos vagabundos escurridizos…

Un beso breve acarició el centro de la palma de mi mano: como un regalo que esperase, por una vez, que los dedos se cerraran sobre él: como la señal, toda fe, mitad reproche, de un niño que espera y que no está acostumbrado a la desatención incluso cuando los mayores están más ocupados… un fragmento de un código tácito de tan antigua invención.

Entonces supe. Y fue como si hubiera sabido desde el primer día cuando desde la pradera miré a la ventana de la planta alta.

Oí que se cerraba la puerta. La mujer se volvió hacia mí en silencio y comprendí que ella sabía.

Cuánto tiempo pasó después de esto, no lo sabría decir. Me despabiló un leño que caía, y maquinalmente me levanté para volver a colocarlo en su sitio. Volví luego a mi asiento cerquísima del biombo.

—Ahora entiende —susurró ella desde las tupidas sombras.

—Sí, entiendo… ahora. Gracias.

—Yo… yo solo los oigo. —Bajó la cabeza y la escondió entre las manos—. No tengo ningún derecho, ¿sabe?… ningún otro derecho. Ni los he concebido ni los he perdido… ¡ni concebido ni perdido!

—Alégrese mucho, pues —dije, pues se me había desgarrado el alma.

—¡Perdóneme!

Guardó silencio, y yo volví a mi pena y mi gozo.

—Fue porque yo los quería tanto —dijo por fin con voz entrecortada—. Fue *por eso* y incluso desde el momento en que empezó… antes incluso de que supiera que ellos… qué ellos eran todo cuanto tendría alguna vez. ¡Y los quería tanto!

Extendió los brazos hacia la sombra y hacia las sombras dentro de la sombra.

—Vinieron porque los quería, porque los necesitaba. Yo… yo debo de haber sido quien los hizo venir. ¿Hice mal, cree usted?

—No, no.

—Le… le aseguro que los juguetes y… y todo ese tipo de cosas eran una tontería, pero… pero yo misma odiaba tanto las habitaciones vacías cuando era niña. —Señaló la galería—. Y los pasillos todos vacíos… Y ¿cómo habría podido tolerar que la puerta del jardín permaneciera cerrada? Suponga que…

—¡No! ¡Por piedad, no! —grité. El crepúsculo había traído una lluvia fría con ráfagas ventosas que tiraban de las ventanas emplomadas.

—Y lo mismo con lo de tener el fuego encendido toda la noche. *A mí* no me parece tan demencial, ¿y a usted?

Contemplé la gran chimenea de ladrillo, vi, creo que a través de lágrimas, que no había ningún guardafuego de hierro en la boca ni cerca de ella, y agaché la cabeza.

—Hice todo eso y otras muchas cosas… solo por fingir. Entonces vinieron ellos. Los oía, pero no supe que no eran míos por derecho hasta que la señora Madden me dijo…

—¿La esposa del mayordomo? ¿El qué?

—A una de ellos… yo la oí… ella la vio… y supimos. ¡Suya! *No* para mí. Yo lo ignoraba al principio. Tal vez estuviera envidiosa. Después empecé a comprender que solo era porque los quería, no porque… Oh, *hay* que concebir o perder —dijo lastimera—. No hay otra forma… y, sin embargo, ellos me quieren. ¡Deben quererme! ¿No?

No sonaba en la sala otro ruido que las voces chisporroteantes del fuego, pero los dos escuchamos abstraídos, y al menos para ella fue consolador lo que escuchó. Se rehízo y se incorporó a medias. Yo permanecí sentado inmóvil en la silla al lado del biombo.

—No me considere una desgraciada por lamentarme de mí misma de este modo, pero… pero yo vivo solo en la oscuridad, ya lo sabe, y *usted* puede ver.

En verdad podía ver, y mi visión me fortaleció en mi resolución, aunque era una verdadera dicotomía de espíritu y carne. Sin embargo quise quedarme un poco más porque era la última vez.

—¿Cree usted que está mal, pues? —preguntó con intensidad, aunque yo no había dicho nada.

—En su caso no. Mil veces no. En su caso está bien… No hay palabras para expresarle mi gratitud. En mi caso estaría mal. Únicamente en mi caso…

—¿Por qué? —dijo, pero se pasó la mano por la cara igual que en nuestro segundo encuentro en el bosque—. Ah, ya veo —continuó sin más, como un niño—.

En su caso estaría mal. —Y con una risita contenida añadió—: Y, ¿se acuerda?, yo lo llamé hombre afortunado… una vez… al principio. ¡A usted que no debe volver aquí jamás!

Permitió que siguiese sentado junto al biombo un rato más, y escuché morir el sonido de sus pasos en la galería de la planta alta.

EL TORO QUE PENSABA

De una población situada en las bocas del Ródano parte hacia el oeste una carretera tan matemáticamente recta, tan barométricamente rasa, que figura entre las millas medidas del mundo y los automovilistas la utilizan para establecer récords.

Yo había acometido la distancia varias veces, pero siempre soplando el mistral o cuando el ganado vacuno de esa zona rondaba peligrosamente cerca. Pero en una ocasión, viniendo del este, hacia una puesta de sol estratificada, casi egipcia, hubo una noche que habría sido pecado desaprovechar. Era cálida con el aliento del verano anticipado; iluminada por la luna de tal modo que hasta la sombra de cada guijarro redondo y ciprés puntiagudo, pantalla contra el viento, yacía como algo sólido en aquel vasto yermo de suelo liso; y el señor Leggatt, que había salido a cerciorarse, informó de que la superficie de la carretera estaba sin mácula.

—*Ahora* —sugirió— sí podríamos ver lo que es capaz de hacer con la carretera en condiciones buenas. Ha tirado todo el día como el Blue de Luxe. O mucho me equivoco o es su gran noche.

Concertamos la prueba para después de la cena; treinta kilómetros lo más rápido posible; y veintidós de ellos sin siquiera un paso a nivel.

Se sentaba a mi lado en la *table d'hôte* un francés barbado y de edad que llevaba puesta la escarapela de no precisamente el grado más ínfimo de la Legión de Honor y que había llegado en un Citroën parlanchín. Inferí que había pasado buena parte de su vida en el servicio colonial francés en Anam y Tonkin. Cuando llegó la guerra, excluido del frente por su edad, había supervisado a los leñadores chinos que con hacha y dinamita despoblaron de árboles el centro de Francia para cavar trincheras. Me dijo que mi chófer le había contado que yo proyectaba hacer un experimento. Lo interesaban los automóviles, había admirado el mío y me quedaría agradecidísimo, en suma, si le permitía participar en calidad de observador. Costaba negarse; y conociendo al señor Leggatt se me ocurrió pensar que asimismo podría haber una apuesta en juego.

Mientras él iba en busca de su abrigo pregunté su nombre al dueño.

—Voiron, *Monsieur* André Voiron —fue la respuesta.

—Y ¿a qué se dedica?

—*Mon Dieu!* ¡Es Voiron! ¡Es todas esas cosas, mire!

El dueño agitó las manos señalando brillantes carteles publicitarios sobre las paredes del comedor, que declaraban que los Hermanos Voiron comerciaban en vinos, maquinaria agrícola, abonos químicos, comestibles y otros productos del agro en toda aquella zona del globo.

Habló poco durante los cinco primeros minutos de nuestro viaje, y nada en absoluto durante los diez siguientes, siendo, como había intuido Leggatt, la gran

noche de *Esmeralda*. Pero, cuando el indicador alcanzó cierta cifra y se mantuvo en ella tres cegadores kilómetros, se declaró satisfecho y me propuso que celebrásemos el acontecimiento en el hotel.

—Allí guardo —dijo— un vino sobre el cual apreciaría su opinión.

A nuestro regreso desapareció durante unos minutos y lo oí trajinar en una bodega. Enseguida el dueño me invitó a pasar al comedor, donde debajo de una luz frugal había sido dispuesta una mesa con platos locales de renombre. Había también una botella de tamaño mayor que los habituales, con una marca negra sobre rojo y una fecha. *Monsieur* Voiron la abrió y brindamos a la salud de mi automóvil. El licor perfumado, aterciopelado, de un color entre la gamuza y el topacio, ni demasiado dulce ni demasiado seco, espumaba en su copa generosa. Pero yo no conocía ningún vino compuesto del susurro de las alas de los ángeles, el aliento del Edén y la espuma y la cadencia de la Juventud renacida. Conque pregunté qué podía ser.

—Es champaña —dijo él con gravedad.

—Entonces, ¿qué he estado bebiendo toda mi vida?

—Si tuvo suerte, antes de la guerra, y pagó treinta chelines la botella, es posible que haya bebido alguna de nuestras *tisanes* de mejor clase.

—Y ¿dónde se consigue esto?

—Aquí, celebro decirlo. En otras partes quizá no sea tan fácil. Los cultivadores intercambiamos entre nosotros estos vinos regios.

Incliné la cabeza en signo de admiración, rendición y gozo. Allí estaba la enorme botella y no eran aún las once de la noche. Se cerraron puertas y retumbaron postigos en todo el establecimiento. Algún criado rezagado bostezaba camino de la cama. *Monsieur* Voiron abrió una ventana y la luz de la luna entró a raudales desde un pequeño patio de gravilla. Casi se escuchaba a la ciudad de Chambres respirando en su primer sueño. Enseguida sonó un rumor denso en el aire: el tráfico de pies y cascos, mugidos y uno o dos ladridos sofocados. El polvo se elevó por encima de la pared del patio, seguido de un intenso olor a ganado.

—Están trasladando algunas cabezas —dijo *Monsieur* Voiron aguzando un oído —. Mías, me parece. Sí, oigo a Christophe. A nuestro ganado no le gustan los automóviles; conque los desplazamos de noche. ¿No conoce nuestra región: el Crau, donde estamos, o la Camargue? Yo era… vuelvo a serlo… de aquí. Toda Francia está bien; pero esto es lo mejor.

Hablaba, como solo sabe hacerlo un francés, de la parte amada de su hermoso país.

—Personalmente, si no estuviera tan comprometido con todos estos negocios —señaló los anuncios— viviría en nuestra granja con mi ganado y lo adoraría como un hindú. ¿Conoce nuestro ganado de la Camargue, *monsieur*? ¿No? No es una relación con la cual se pueda tratar a la ligera. No hay reses como ellas. Tienen una mentalidad superior a la de las demás. Pastan y rumian, por gusto, de cara a nuestro

mistral, que es más de lo que pueden hacer algunos automóviles. También tienen la potencialidad del pensamiento, y cuando una res piensa… ya he visto lo que sucede.

—¿Tan inteligentes son? —pregunté ociosamente.

—*Monsieur*, cuando vuestro chófer bromista ha camuflado su limusina para que pareciese una camioneta de su Ejército no he creído en sus capacidades. Le aposté… ah… dos a uno… que no llegaría a los noventa kilómetros. Se ha demostrado que llega. No puedo aportarle pruebas, pero ¿me creerá si le digo lo que puede hacer una res que piensa?

—Después de la guerra —dije espaciosamente—, todo es creíble.

—¡Cierto! Todo lo inconcebible ha sucedido; pero seguimos sin aprender ni creer nada. Cuando yo era niño en casa de mi padre (antes de convertirme en administrador colonial) dirigía mi interés y mi afecto a nuestro ganado. Los de la vieja cepa vivimos aquí, ¿ha visto?, en granjas grandes como castillos. En realidad puede ser que algunas hayan sido sarracenas. Alrededor se agrupan los establos: grandes establos de paredes blancas, y corrales sólidos como nuestras casas. Una puerta lo encierra todo. Es un mundo aparte; una administración de todo lo relativo al ganado vacuno. Allí fue donde aprendí algo de reses. ¿Sabe?, son nuestros juguetes en la Camargue y el Crau. El mozo mide su fuerza contra el ternero que lo embiste jugando entre los montones de estiércol. Trata constantemente con las vacas, que son… no tan simpáticas. Cabalga con el mayoral al aire libre conduciendo la manada. Tarde o temprano ve convertirse en toros a los becerritos que lo derribaban. Esa fue mi historia… hasta que se me hizo necesario partir a nuestras colonias. —Rio—. Muy necesario. Hay un buen momento de la juventud, *monsieur*, en que uno hace esas cosas que escandalizan a nuestros padres. ¿Por qué será siempre el padre el más escandalizado y quien jamás ha oído hablar de semejantes cosas… y la madre quien proporcioná las excusas? Y cuando mi hermano mayor (que se quedó y fundó el negocio) me rogó que volviese para ayudarlo, abandoné bien gustoso mi carrera colonial. Regresé a nuestras propias tierras y a mis queridas y resabiadas^reses blancas y amarillas de la Camargue y el Crau. A fe mía que podría hablar de ellas toda la noche, pues es asunto que desata el corazón, sin arrepentirme mañana por la mañana… ¡Sí! La cosa ocurrió después de la guerra. Había un ternero, entre Dios sabe cuántos otros, una criatura que no se distinguía de sus compañeros. Estaba enfermo y lo habían llevado con su madre al corral grande de la casa. Por supuesto, los chicos de nuestros vaqueros practicaron con él desde el principio. Lo llevan en la sangre. Los españoles convierten en un culto la corrida. Nuestros diablillos de aquí azuzan a los toros tan espontáneamente como un mocoso inglés lanza o da puntapiés a una pelota. Este novillo los perseguía con los ojos abiertos, como una vaca cuando embiste a un hombre. Ellos se refugiaban detrás de nuestros tractores y carretas de vino en el centro del corral: él los acosaba una y otra vez como un perro a las ratas. Más que eso, estudiaba la psicología de los chicos, mirándolos a los ojos. Sí, observaba sus rostros para adivinar hacia qué lado correrían. Él, a su vez, a veces fingía que cargaba

directamente contra uno. Entonces giraba a la derecha o a la izquierda (nunca se sabía) y revolcaba a algún niño que se creía a salvo arrimado contra una pared. Después se quedaba quieto encima de él, sabiendo que sus compañeros acudirían en su auxilio; y cuando estaban todos juntos, agitando sus blusones por delante de sus ojos y tirándole del rabo, los dispersaba, ¡pero cómo lo hacía! Coceaba, también, de lado como una vaca. Conocía las distancias de tiro tan bien como nuestros artilleros, y era tan rápido de remos como nuestro Carpentier. Lo observé a menudo. Christophe (el hombre que acaba de pasar), nuestro mayoral, que me había enseñado a llevar el ganado cuando yo tenía diez años, Christophe me dijo que descendía de una vaca amarilla de aquellos tiempos que nos había perseguido una vez hasta hacernos entrar en los pantanos. «Cocea igualito que ella —dijo Christophe—. Sabe cocear de costado al mismo tiempo que salta. ¿Se ha fijado, además, en que no se deja engañar por un blusón cuando un mozo lo agita? Lo usa para localizar al mozo. Ellos creen que lo tientan. Es él quien los tienta siempre. Ese bicho piensa». Yo había llegado a la misma conclusión. Sí: el animal era un pensador para las mañas necesarias a su oficio; y también era un humorista, como tantos asesinos natos. Se da esa tipología entre las reses no menos que entre los hombres. Tiene una curiosa hilaridad truculenta… casi indecente pero infaliblemente reveladora…

Monsieur Voiron llenó nuestras copas con el magnífico vino que mejoraba conforme descendía.

—Lo tuvieron algún tiempo en los corrales para practicar con él. Naturalmente se volvió un poco brutal; conque Christophe lo sacó para que aprendiera modales entre sus iguales en los pastos, donde la Camargue se une al Crau. ¿Qué edad tenía entonces? Unos ocho o nueve meses, creo. Volvimos a vernos unos meses después: él y yo. Montaba uno de nuestros caballos medio salvajes, por un sendero del Crau, cuando de pronto estuve a punto de caerme de la silla. ¡Era él! Se había escondido al otro lado de una empalizada contra el viento hasta que pasamos, y luego había embestido a mi caballo por detrás. ¡Sí, había engañado incluso a mi montura! Pero lo reconocí. Le asesté un fustazo en el hocico y dije: «¡Apis, por esto vas a ir a Arles! Ha sido indigno de ti, dicho sea entre nosotros dos». Pero aquel astado carecía de vergüenza. Se marchó riéndose, como un truhán. Si me hubiera desmontado no creo que me habría reído… añal como él era.

—¿Por qué quiso enviarlo a Arlés? —pregunté.

—A la plaza de toros. Cuando sus encantadores turistas nos abandonan organizamos allí nuestras pequeñas diversiones. No es una corrida auténtica, entiéndame, sino novillos con los cuernos acolchados, y nuestros mozos de la ciudad y sus inmediaciones van a jugar con ellos. Claro está que antes de enviarlos los ponemos a prueba en nuestros corrales. Así que sacamos a Apis de sus pastos. Al punto supo que se encontraba entre los amigos de su juventud, casi les estrechó la mano, y se sometió como un bendito al enguatado de los cuernos. Examinó las carretas y los tractores de los corrales, para elegir su estrategia de defensa y ataque. Y

luego… embistió con tal *élan* y se defendió con tal tenacidad y previsión que nos entusiasmó. En verdad estábamos tan complacidos que me temo que abusamos de su paciencia. Queríamos que se repitiese, lo cual no tolerará ningún verdadero artista. Pero nos dio un aviso claro. Salió al centro del corral, donde había algo de tierra seca; se arrodilló y… ¿ha visto alguna vez a un ternero que afila sus astas arremetiendo y clavándolas en la ribera de un río? Pues eso hizo él, muy concienzudamente, hasta que se hubo quitado el almohadillado de los cuernos. Luego se levantó, bailando sobre aquellos remos maravillosos que tintineaban, y dijo: «Ahora, amigos míos, ya está quitado el botón del florete. ¿Quién empieza?». Comprendimos. Desistimos en el acto. Fue devuelto a los pastos hasta que llegara el momento de entretener a los mozos en nuestra pequeña metrópoli. Pero, algún tiempo antes de ir a Arlés (sí, creo que recuerdo bien), Christophe, que había estado ausente en el Crau, me informó de que Apis había asesinado a un novillo que había dado indicios de erigirse en rival. Estas cosas ocurren, por supuesto, y nuestros vaqueros deberían evitarlas. Pero Apis había matado a su estilo, al anochecer, emboscado detrás de una empalizada para el viento, por medio de una acometida oblicua por detrás, que derribó a la otra res. Luego la había desventrado. Todo muy posible, *pero*, consumado el crimen, Apis fue al terraplén de una empalizada, se arrodilló y, cuidadosamente, como había hecho en el corral, se limpió los cuernos en la tierra. Christophe, que en su vida había visto semejante cosa, se apresuró a tomar prestada (¿sabe usted que es más eficaz expresado de este modo?) un poco de agua bendita de la capillita de nuestros pastos, asperjó a Apis (a quien no lo afectó) y vino en su caballo a contármelo. Era evidente que un pensador como aquel toro sería también meticuloso en su aseo; de modo que cuando fue enviado a Arles previne a los consignatarios de que tuvieran precaución con él. Por fortuna, el cambio de escenario, la música, la atención general y el reencuentro con viejos amigos (acudieron todos nuestros mozos más granujas) lo distrajeron agradablemente. Por un rato volvió a ser un *farceur* puro; pero sus giros, sus acometidas, su caza de ratas eran más soberbias que nunca. En ellas había ahora, fíjese, una calidad técnica que brota del arte razonado y, por encima de todo, la pasión que llega después de la experiencia. ¡Lo que había aprendido en el Crau! Al final de su pequeña exhibición se acordó, conforme a las reglas locales, que sería lidiado en todas las suertes menos en la espada, que era una vara, como un toro profesional que debe morir en el ruedo. Lo indujeron a adoptar, o la adoptó por sí mismo, la actitud adecuada; ejecutó su embestida; recibió la vara en la paletilla y a continuación… se dio media vuelta y regresó al trote corto hacia la puerta por la cual había entrado en la arena. Dijo al mundo: «Amigos míos, la representación ha terminado. Gracias por los aplausos. Voy a reposar». Pero nuestros arlesianos, que son… no tan listos como otros, pidieron un bis, y Apis fue sacado de nuevo. Los de esta comarca sabíamos lo que ocurriría. Fue al centro del ruedo, se arrodilló y, despacio, con pleno alarde, hincó los pitones alternativamente en la tierra hasta arrancarse el acolchado. Christophe grita: «¡Dejadlo en paz, imbéciles narizotas!

Dejadlo antes de que sea tarde». Pero el público exigía emoción; pues Roma siempre había corrompido a su amada provincia con *panem et circenses*. Estaba hecho. ¿Ha visto alguna vez, *monsieur*, a un criado, con escoba y recogedor, barriendo alrededor del zócalo de una habitación? En medio minuto, Apis había barrido a todos haciéndolos saltar por encima de la barrera. Luego reclama nuevamente que le abran la puerta del chiquero. La abren y se retira, por así decirlo (lo cual en verdad es el caso), cargado de laureles.

Monsieur Voiron llenó de nuevo las copas y se concedió un pitillo, del cual dio bocanadas durante un rato.

—¿Y después? —dije.

—Lo estoy ordenando en mi memoria. Cuesta hacerle justicia. Después (sí, después), Apis volvió a sus pastos y a sus concubinas y yo a mis negocios. Ya no soy el antiguo *sportif* escandaloso que en mangas de camisa alienta a gritos al hijo de una vaca. Vuelvo a ser el Voiron de Voiron Frères: vinos, abonos químicos, etcétera. Y al año siguiente, en virtud de alguna triquiñuela que no tengo tiempo de desentrañar, y también gracias a nuestro sistema patriarcal de pagar a los hombres más antiguos con el incremento de las manadas, el viejo Christophe se convirtió en dueño de Apis. Oh, sí, lo demuestra apelando a la descendencia de cierta vaca que mi padre le había dado al suyo antes de la República. ¡Guárdese, *monsieur*, de la memoria de los analfabetos! Un antepasado de Christophe había sido soldado a las órdenes de nuestro mariscal Soult contra el Beresford de ustedes, cerca de Bayona. Cayó en manos de guerrillas españolas. Christophe y su esposa solían contarme los detalles algunos días de Todos los Santos cuando yo era un niño. Ahora bien, comparada con nuestra guerra reciente, la campaña de Soult y la retirada a través del Bidasoa…

—Pero ¿permitió usted a Christophe que se adueñara del toro? —demandé.

—Usted no conoce a Christophe. Lo había vendido a los españoles antes de informarme. Los hispanos pagan en metálico: duros de plata purísima. Nuestros campesinos desconfían de nuestro papel. Ya sabe el dicho: «Un papel de mil francos; metal de ochocientos y la vaca es suya». Sí, Christophe vendió a Apis, que entonces tenía dos años y medio y, que Christophe supiera, por lo menos tres muertes en su haber.

—¿Cómo fue eso? —dije.

—Oh, solo con ejemplares de su especie; y siempre, según me dijo Christophe, con la misma embestida oblicua por detrás, el mismo derribo lateral y el mismo destripamiento raudo, seguido de aquella levítica limpieza de pitones. En la vida humana, este minotauro habría tenido un manicuro. Así, pues, Apis desaparece de nuestro país. Eso no me inquieta. Sé que en su momento seré informado. ¿Por qué? Porque en esta tierra, *monsieur*, ni un casco se mueve entre Berre y las Saintes Maries sin el conocimiento de especialistas como Christophe. Las reses son para ellos la substancia y el drama de su vida. Conque cuando Christophe me notifica, poco antes del Domingo de Resurrección, que Apis debuta en la plaza de una pequeña localidad

catalana en la carretera hacia Barcelona, al momento avío mi automóvil y cruzo la frontera con el mayoral. El lugar carecía de importancia y de industrias, pero era la cuna de un matador de cierta reputación, que había condescendido a exhibir su arte en su patria chica. Hasta habían puesto un tren especial para llegar a ella. Ahora bien, nuestro sistema ferroviario francés es ciertamente execrable, pero el español…

—Usted fue por carretera, ¿no? —dije.

—Naturalmente. No era demasiado buena. El torero se llamaba Villamartí. Pensaba matar dos toros en honor de su lugar de nacimiento. Apis, según me dijo Christophe, sería su segundo. Fue un viaje interesante y aquella poblacioncita junto al mar era preciosa. Su plaza de toros data de mediados del siglo XVII. Desborda sentimiento. Y el ceremonial también; cuando los jinetes entran y piden al alcalde que arroje desde su palco las llaves del toril; una liturgia exquisita. Verá usted, si las llaves caen dentro del sombrero del alguacilillo se considera un buen presagio. Cayeron en el sitio exacto. Nuestras localidades estaban en la fila delantera junto a las puertas por donde entran los toros, así que lo vimos todo.

»Villamartí no despachó mal a su primer toro. El segundo diestro, de cuyo nombre no puedo acordarme, mató al suyo sin distinción: un realce para su compañero de cartel. Y el tercero, Chisto, un esforzado profesional de edad madura que nunca había rebasado una cierta aptitud gris, pertenecía igualmente al montón. ¡Oh, esos matadores son tan celosos como las muchachas de la Comédie Française! La cuadrilla de Villamartí estaba presta para su segunda res. Se abrieron las puertas y vimos a Apis, hermosamente equilibrado sobre sus remos, lanzar una mirada coqueta alrededor, lo mismo que si estuviera en casa. Un picador (un hombre a caballo con la vara larga) estaba cerca de la barrera, a su derecha. Ni siquiera se había tomado la molestia de girar a su montura, pues los de la cuadrilla avanzaban con sus capas a tentar a Apis: a tantear su psicología e intenciones, según las normas hechas para toros que no piensan… ¡No me percaté del asesinato hasta que estuvo consumado! El giro, la carrera, la acometida oblicua por detrás, la caída del hombre y del caballo fueron todo uno. Apis saltó por encima del bruto, contra el cual no tenía nada, y aterrizó, con las cuatro patas juntas (era suficiente), entre los hombros del picador, enderezó sus bellos remos sobre el cuerpo y se alejó, fingiendo que casi se caía de hocico. ¿Me sigue? En aquel instante, por aquel traspié produjo la impresión de que su adorable homicidio había sido una mera pifia bestial. Entonces, *monsieur*, empecé a comprender que tratábamos con todo un artista. No se quedó encima del cuerpo para atraer al resto de la cuadrilla. Prefirió reservarse esa argucia. Dejó que retiraran al muerto y siguió divirtiéndose con los cuadrilleros. Ahora bien, para Apis, adiestrado por nuestros chicos en los corrales, la capa no era más que una guía para el muchacho que estaba detrás. Perseguía, ¿me entiende?, a la persona, no a la propaganda; al propietario, no al periódico. ¡Si un tercio de nuestro electorado francés fuera tan avispado, amigo mío…! Pero él lo hacía pausadamente, con humor y un toque de truculencia. Retozaba detrás de la capa como un perro torpe, pero

observé que mantenía al hombre en su terrible flanco izquierdo. Christophe me susurró: "Mire el quiebro de su madre. Lo va a hacer cuando el torero se haya confiado". Lo hizo en mitad de un brinco. ¡Dios mío! Atacó en el aire mientras saltaba. El hombre se desplomó como un saco, levantó una mano un poco hacia la cabeza y… nada más. Así que, ya ve, otra vez tenía un cuerpo a su disposición; por segunda vez las capas corrieron al quite, pero, por segunda vez, Apis rehusó su gran escena. Por segunda vez fingió que su crimen había sido un accidente y… ¡convenció al respetable! Era como si hubiera derribado por error la compuerta de un puente en los pantanos. ¿Increíble? Yo lo vi».

El recuerdo empujó de nuevo hacia el champaña a *Monsieur* Voiron, y yo lo secundé.

—Pero Apis no era el único artista presente. Dicen que Villamartí procede de una familia de actores. Lo vi mirar a Apis de un modo distinto. Él también empezó a entender. Cogió la capa y salió a trastearlo antes de que saliera un nuevo picador. Era un diestro de prestigio. Quizá Apis lo supo. Quizá Villamartí le recordaba a algún chico con el cual había practicado en casa. En cualquier caso, Apis se dejó hacer… hasta un cierto punto: pero no cedió el escenario a Villamartí. Le puso todo género de trabas. Humilló la testa y acometió torpe y lentamente, pero siempre con peligro y arrimando. Vimos que el hombre se supeditaba al toro, no el toro ál hombre; pues Apis lo estaba llevando al centro del ruedo, y, enseguida (yo le vi la cara), Villamartí lo supo. Pero no supe prever la intención del bicho. «Espere —dijo el viejo Christophe—. Quiere allí al picador del caballo blanco. Cuando esté a la distancia exacta lo enganchará. Usa a Villamartí de tapadera. Cierta vez hizo lo mismo conmigo». ¡Y así fue, amigo mío! Con el mismo estampido que hace uno de nuestros rifles del setenta y cinco, Apis apartó a Villamartí con el pecho y ya estaba junto a su objetivo cerca de la barrera. La misma embestida oblicua; la testa baja para el barrido de pitones; la aparatosa caída lateral del caballo, con los remos rotos y medio paralizado; el hombre sin sentido en la arena y… miré a Apis entre ellos, con los cuartos traseros contra la barrera, su costado derecho protegido por el caballo y el izquierdo por el cuerpo del hombre a sus pies. ¡Qué simplicidad! A falta de las carretas y tractores de su antigua plaza de armas, el animal, que era un genio, había improvisado con los materiales a su alcance y había entrado en la liza. La cuadrilla se acercó otra vez, con el ala izquierda rota por el pataleo de la montura y la derecha inmovilizada por el picador tendido al cual Apis franqueó con arrogancia. Villamartí casi se arrojó entre los cuernos, pero fue más una llamada que un ataque. Apis lo rechazó. Mantuvo su terreno. Le mandaron un picador… forzosamente de frente, el único lado abierto. Apis embistió, ¡él, que hasta entonces, fíjese, no había usado las astas! El caballo volcó patas arriba y casi aplastó a su jinete. Apis se detuvo, le clavó el cuerno debajo del corazón y lo lanzó contra la barrera. Escuchamos el choque de la cabeza, pero estaba muerto antes de estrellarse contra la madera. El público no reaccionó. ¡Él también había empezado a reconocer a este Foch de los toros! De

nuevo los de la plaza tuvieron que ocuparse de un cadáver. Dos de la cuadrilla trataron de darle unos pases indecisos, ¡Dios sabe con qué esperanza!, pero él se retiró al centro del ruedo. «¡Mire! —dijo Christophe—. Ahora va a limpiarse. Eso siempre me ha aterrado». El bicho se arrodilló; comenzó a limpiarse las astas. La tierra era dura. Se consagró a su incómoda tarea en un éxtasis de ensimismamiento. Al tiempo que movía la cabeza y agitaba las orejas, parecía estar interrogando a los mismísimos Demonios acerca de sus secretos, diciendo con impaciencia: «Sí, eso lo sé, y *eso*, ¡y *eso*! Decidme más, ¡*más*!». En el silencio que nos envolvía, una mujer gritó: «¡Está cavando una tumba! ¡Santo cielo, está cavando una tumba!». Algunos corearon este grito, en voz baja, como una ola resuena en una gruta del mar.

»Y cuando tuvo los pitones limpios se levantó y estudió a la pobre cuadrilla de Villamartí, mirándolos a los ojos, uno por uno, con la gravedad de un igual en intelecto y la resolución distante y despiadada de un maestro en su arte. Fue más aterrador que su aseo».

—¿Y ellos, los hombres de Villamartí? —pregunté.

—Al igual que el público, estaban dominados. Habían dejado de citarlo, de dar la pisada en el suelo o de dirigirle insultos. Se le sometían. Los otros dos matadores se miraron. Solo Chisto, el más viejo, rompió el silencio con alguna llamada, y Apis volvió la testa hacia él. Por lo demás estaba aislado, inmóvil…, sombrío, meditando sobre los que estaban a su merced. ¡Ah!

»Por alguna razón sonó la trompeta para el tercio de banderillas, esas alegres saetas ganchudas que se plantan en el lomo de los toros que no piensan, después de que los músculos del cuello se han fatigado levantando caballos. Cuando esos toros sienten el dolor se detienen un instante: un instante que el banderillero aprovecha para hacerse grácilmente a un lado. El de Villamartí respondió a la trompeta maquinalmente… como un condenado. Se adelantó, alzó las picas y tartamudeó la invitación acostumbrada… ¿Y después? No diré que Apis se encogió de hombros, pero redujo el episodio a sus elementos ínfimos, como solo podría un toro de la Galia. En su truculencia había siempre (debido a lo corto de su rabo) un cierto abandono rabelaisiano, sobre todo mirado desde atrás. Christophe lo había comentado a menudo. Ahora, Apis puso esta cualidad en juego. Circuló en torno a aquel muchacho, obligándolo a romper sus bellas poses. Lo examinó desde varios ángulos, como un fotógrafo incompetente. Le ofreció cada porción de su anatomía excepto las paletillas. A intervalos fingió una acometida. ¡Dios mío, fue cruel! Pero su intención era evidente. Buscaba una carcajada de los espectadores que sincronizase con la fractura de la moral humana. Lo consiguió. El muchacho dio media vuelta y corrió hacia la barrera. Apis fue tras él antes de que la risa cesara; lo rebasó, lo encaminó, ¿qué digo?, lo desvió como a una oveja hacia la izquierda, con los cuernos al lado y un poco más adelantados que su pecho: quería impedirle que buscara refugio. Algunos de la cuadrilla habrían ido al quite, pero Villamartí gritó: “Si quiere matarlo lo matará. ¡Quietos!”. No se movieron. No pude ver si el muchacho resbaló o si Apis

lo tumbó con el hocico. Pero se derrumbó sollozando. Apis se detuvo como un automóvil de cuatro frenos, adoptó una pose, lo olisqueó de arriba abajo y se alejó. Fue un desprecio más ignominioso que la degradación en presencia del batallón propio. La representación había terminado. Solo restaba que Apis despejara de escena a los personajes secundarios.

»¡Ah! ¡Qué gesto puso entonces! Tuvo un desplante dramático aquel Cyrano de la Camargue, lo mismo que si los viera por primera vez. Avanzó. El centelleo de los hermosos pantalones de la fiesta asomó por un segundo sobre el borde de la barrera. ¡Estaba solo en escena! ¡Pero Christophe y yo temblamos! Pues fíjese en que ahora se había comprometido en un drama formidable cuyo tercer acto podía proporcionarlo solo él. Y, con excepción del público, en el filo de la emoción, había agotado su material. Hasta Molière (hemos olvidado, amigo mío, brindar a la salud de aquel gran espíritu) se habría sentido desorientado. Y la Tragedia se halla a un solo paso del Fracaso. Veíamos a los cuatros cinco guardias civiles, que siempre están presentes para mantener el orden, tocando ya la recámara de sus fusiles. No esperaban sino una palabra del alcalde para disparar contra la res, como a veces hacen contra el toro que salta la barrera hacia los espectadores. Habrían, por supuesto, matado o herido a varias personas… pero ello no habría salvado tampoco a Apis».

Monsieur Voiron ahogó el pensamiento al punto y se secó la barba.

—En aquel momento, la Fortuna (el genio de Francia, si se quiere) designó la intervención en el incomparable epílogo de nada menos que Chisto, el más viejo, y yo habría dicho (¡pero nunca jamás volveré a juzgar!) que el menos inspirado de todos; la mediocridad personificada, pero en el fondo, y es el fondo lo que conquista siempre, amigo mío, en el fondo un artista. Entró erguido en el ruedo, solo y sereno. Apis lo miró directamente a los ojos. El hombre tomó postura con la capa y citó al toro como a un igual: «Ahora, señor, juntos vamos a enseñarles algo a estos honorables caballeros». Avanzó de este modo hacia el pensador, que, de una acometida, una coz, un empellón, habría podido, todos lo sabíamos, liquidarlo. Mi querido amigo, ojalá fuera capaz de transmitirle algo de la *bonhomie* espontánea, el humor, la delicadeza, la consideración rayana incluso en respeto, con que Apis, el artista supremo, respondió a su invitación. Era el Maestro, fatigado después de una hora extenuante en el taller, desabrochado y a gusto con un discípulo no inexperto pero limitado. La telepatía fue instantánea entre ellos. ¡Y con razón! Christophe me dijo: «Todo va bien. Ese Chisto empezó entre toros. Lo he visto claro al escucharlo citar. Ha sido mayoral. Hará faena». Hubo un poco de tanteo y ajuste, al principio, de las distancias y concesiones mutuas.

»¡Ah, sí! Y en esas se produjo una impertinencia burda de Villamartí. Al cabo de un intervalo había seguido a Chisto, para recobrar su reputación. ¡Palabra de honor! Puedo imaginarme a Dumas padre cerrando la puerta en las narices a un intruso exactamente como hizo Apis. En el acto obligó a Villamartí a correr en busca de

refugio. Dio una patada en tierra delante del burladero y resopló: “¡Vete! Estoy ocupado con un artista”. Villamartí se fue, con su prestigio abandonado para siempre.

»Apis volvió adonde Chisto diciendo: “Disculpa la interrupción. No siempre soy dueño de mi tiempo, pero ¿ibas a decir, querido colega?”. Entonces empezó el juego. Por deferencia hacia Chisto, Apis escogió como objetivo (cada toro varía en este respecto) la arista interna de la capa, la más próxima al cuerpo del torero. Esto permite tan solo unos milímetros de margen en la embestida. Pero Apis confiaba en sí mismo tanto como Chisto confiaba en él, y esta vez se supeditó al hombre, con juicio y temple inimitables. Consintió en que lo llevase al sol o a la sombra, conforme exigiese el público deleitado. Rabió enormemente; fingió derrota; se entregó a un abandono estatuario, y de ahí pasó a nuevos paroxismos de ira, pero siempre con el despego del artista verdadero que sabe que no es más que el vehículo de una emoción que otros, no él, deben absorber. Y ni un segundo olvidó que la honrada capa de Chisto era para él el indicador para no tocarle siquiera un pelo de la piel. También inspiró a Chisto. ¡Dios! En aquel meritorio matarife de bueyes renació la juventud: el deseo, la gracia y la belleza de sus sueños de antaño. Casi se podía ver a aquella muchacha del pasado por la cual él se elevaba, se elevaba a aquellas cimas presentes de destreza y audacia. Era su hora también, una hora milagrosa de alba que retorna para dorar el crepúsculo. Todo su saber estaba a disposición de Apis. Apis expresó su reconocimiento con cuanto había aprendido en casa, en Arlés y en sus crímenes solitarios en nuestra tierra de pastos. Fluyó en torno a Chisto como un río de muerte, en torno a sus rodillas, saltando hasta sus hombros, coceando a escasos centímetros de un costado u otro de la cabeza del hombre; pasándole por la espalda, silbando al rozarlo; y una o dos veces, ¡inimitable!, se alzó enteramente mientras Chisto retrocedía ante la avalancha de aquel cuerpo ejercitado. La pareja, querido amigo mío, hizo enmudecer a cinco mil personas que no exhalaban más sonido que el de su respiración, regular como una bomba de agua. Era insufrible. Animal y humano comprendieron que necesitábamos un cambio de tono: una *détente*. Lo rebajaron hasta la pura bufonada. Chisto se replegó y le habló insultantemente. Apis fingió no haber escuchado nunca semejante lenguaje. El público aullaba de júbilo. Chisto lo abofeteó; se tomó libertades con su rabo corto, agarrado a él mientras Apis giraba; lo trasteó en todas las posturas; era de nuevo el jinete de dehesa: zafio, descuidado, brutal, pero comprensivo. Y Apis fue en todo momento el payaso más consumado. Todo aquel tiempo (Christophe y yo lo vimos), Apis se encaminó hacia las puertas del toril por donde salen tantos toros, pero ¿ha oído hablar de alguno que volviera? *Nosotros* sabíamos que Apis sabía que del mismo modo que había salvado a Chisto, Chisto lo salvaría a él. La vida es dulce para todos nosotros; dulcísima para el artista que vive muchas vidas en una. Chisto no le falló. Por último, cuando ya nadie podía más de risa, el torero tendió su capa sobre la grupa del toro y le estrechó el cuello con el brazo. Levantó una mano en dirección a la puerta, como habría podido levantarla Villamartí, joven y dominador pero *no* vaquero, y gritó: “Caballeros, abran el

chiquero para mí y mi honorable mulito”. Abrieron, ¡juzgué mal a los españoles en mi época!; aquellas puertas se abrieron para el torero y el toro, y se cerraron tras ellos. ¿Y después? Desde el alcalde hasta la Guardia Civil, todos enloquecieron durante cinco minutos, hasta que sonaron las trompetas y salió a la plaza el quinto de la tarde: un andaluz negro que no pensaba. Supongo que lo mató alguien. Amigo mío, queridísimo amigo mío, a quien he abierto mi corazón, confieso que no miré. Christophe y yo estábamos llorando juntos como hijos de la misma Madre. ¿Bebemos a la salud de Ella?».

Notas del traductor

[1] Expresión inglesa que alude al valor debido a la influencia de la bebida. <<